JACQUES – LOUIS DOUCHIN

LA VIDA ERÓTICA DE MAUPASSANT

Traducción de José M. Ramos González

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

La presente traducción no pretende ser ni rigurosa ni profesional. En ambos casos porque el autor de la misma carece de los suficientes conocimientos en tan artística y difícil tarea. No obstante, al tratarse de un libro de carácter estrictamente divulgativo, se ha acometido con la única intención de dar a conocer a los lectores de habla hispana esta faceta, si bien conocida, poco estudiada, en la vida de Guy de Maupassant.

Por todo ello, y aun creyendo que se ha cumplido el objetivo, ruego, a toda persona que lea este libro, que sea indulgente con la traducción.

José Manuel Ramos González
Pontevedra, 3 de abril de 2006

A Jean-Jacques Pauvert,
en prueba de amistad.

PRÓLOGO

« He prohibido del modo más riguroso, que se escribiese cualquier cosa sobre mi persona y mi vida.»

Guy de Maupassant, carta a la Srta. Bogdanoff, octubre de 1891.

Acometer el relato de la vida erótica de Maupassant es todo un desafío.

La reputación del autor de *Bel-Ami* en ese terreno no permite hacer mucho, y parece haberse dicho todo cuando se le atribuye el título de campeón, en todas las categorías, de todos los ruedos de los « combates de Venus ». « El hombre de las trescientas mujeres », como se ha calificado a si mismo, ha dejado muy atrás a los Don Juan y a los Casanova de todas las épocas. ¿ Pero qué se sabe con certeza ? Se supone mucho, pero con frecuencia se ha demostrado poco.

De donde procede la dificultad – sino la temeridad – de la empresa que he querido imponerme. Pienso muchas veces haber logrado difundir potentes rayos de luz en los rincones de un cierto número de esas « habitaciones secretas », en las que el « toro normando » ha podido ejercer sus talentos y desarrollar sus asombrosas capacidades naturales.

Me he tropezado, en efecto, con dos dificultades importantes.

Contrariamente a Flaubert, que se dedicaba a gritar a todo pulmón sus proezas viriles, Maupassant tomaba muchas precauciones para cubrir con un tupido velo sus devaneos, sus relaciones y todas esas múltiples aventuras que colmaron su corta existencia.

Naturalmente he podido realizar el relato cronológico de la vida erótica de Flaubert, por la sencilla razón de que poseemos de él una voluminosa correspondencia bien datada y unos documentos muy numerosos y muy « fiables ».

Resulta imposible adoptar el mismo método para Maupassant. La correspondencia, actualmente en nuestro poder, se encuentra publicada muy parcialmente, y sobre todo es de una desesperante imprecisión. La mayoría de las cartas no están datadas, los corresponsales son a menudo desconocidos, algunas frases (veremos ejemplos) parecen haber sido detenidamente sopesadas al objeto de

que una « tercera persona » no pueda aclarar en ningún momento las alusiones. ¡ Que gran handicap para el biógrafo !

En cuanto a los documentos paralelos, éstos nos proponen un asombroso repertorio de misteriosas iniciales. ¡ Cuántas Sra N..., Srta. S..., Sra. X... ¡ El alfabeto al completo. O, sencillamente, ¡ Sra de *** ¡ Los *Souvenirs* [1] del famoso – ¡ e inquietante ¡ – mayordomo François Tassart son un modelo del género. Y los « biógrafos » de principios de siglo han « cargado las tintas » sobre ello. Las « manos piadosas », que habían jurado preservar la imagen de un Guy de Maupassant en traje de primera comunión con un virginal brazalete, han destruido, manipulado y enterrado un montón de documentos. Todavía hoy, en 1986, cien años más tarde, unas « manos piadosas » se resisten a difundir textos inéditos de un interés primordial imponiendo un silencio hipócrita.

En esas condiciones, queda excluida la posibilidad de que adopte el plan cronológico que se plantea en mi *Vie erótique de Flaubert* [2]. Por tanto he dedicado un cierto número de capítulos a realizar la exposición, menos superficial que hasta el presente, de las relaciones más destacadas de Maupassant: Marie Bashkirtseff, Hermine Lecomte du Noüy, Emmanuela Potocka, Marie Kann, Gisèle d'Estoc... Otros capítulos revelan aspectos casi desconocidos de la vida y obra de Maupassant, aquellos que los diccionarios, los manuales escolares, los críticos pasan devotamente bajo una bóveda de silencio. ¿Quién conoce el « Cahier d'Amour » de Gisèle d'Estoc? ¿Quién ha leído las poesías eróticas o pornográficas de Guy de Maupassant? Aquí publico largos y edificantes extractos. Después de todo, este aspecto de su obra no es en absoluto despreciable. ¿Por qué diablos empeñarse en idealizar (¿en nombre de qué moral?) a nuestros grandes hombres?

La segunda dificultad con la que me he visto enfrentado ha sido el hecho de que poseemos de Maupassant unas biografías

[1] *Souvenirs sur Maupassant*. François Tassart. Plon-Nourrit et Cª. Paris, 1911 y *Nouveaux souvenirs sur Maupassant*. François Tassart. (N. del T.)

[2] *La Vie érotique de Flaubert*. Jacques-Louis Douchin. Éditions Carrère. 1985.

estimables. Los lectores de *La Vie erótique de Flaubert* han podido constatar que el autor de *Madame Bovary* no se ve todavía beneficiado de la gran biografía a la que tendría derecho. Se sabe ahora a que atenerse acerca del valor de los trabajos de un Gérard-Gailly o los de un Dumesnil. No ocurre así con Maupassant.

Desde 1906, Édouard Maynial publicaba *La Vie et l'oeuvre de Guy de Maupassant* [3], obra honesta, pero habida cuenta de la fecha, estaba escrita con unos medios parcos , que, en la época no estaban demasiado al alcance del autor. Veinte años más tarde, el *Maupassant* [4] de Georges Normandy aportaba algunas luces. Paul Morand, en 1942, publicaba una *Vie de Maupassant* [5], admirablemente escrita, pero superficial y sobre todo reprobable por sus tomas de posición, marcadas bajo la impronta del más lamentable y debil antisemitismo. Pero estábamos en 1942, claro... En 1954, apareció la tesis de André Vial, *Maupassant et l'art du roman*, obra notable desde todos los puntos de vista, esencialmente consagrada a la crítica literaria, pero que aclaraba un cierto número de datos biográficos. En 1968, *Maupassant, l'homme sans Dieu*, de Pierre Cogny, aportaba un retrato nuevo y ricamente documentado.

Pero es sobre todo a Armad Lanoux a quién debemos lo mejor de nuestro conocimiento actual sobre el autor de *Bel-Ami*. *Maupassant, le Bel-Ami* [6], publicado en 1965 y reeditado en 1979, es un hermoso estudio, escrito con claridad y humor, rico en documentos aclaratorios.

Únicamente un pero: Armand Lanoux, por razones que pueden adivinarse fácilmente, no ha dicho todo, ¡lejos de ello ¡

---

[3] *La Vie et l'oeuvre de Guy de Maupassant*. Edouard Maynial. Société du Mercure de France. Paris 1906 (N. del T.)

[4] *Maupassant*. Vald. Rasmussen editeur. Paris. 1926 (N. del T.)

[5] *Vie de Guy de Maupassant*. Paul Morand. Flammarion. Paris. 1942 (N.del T.)

[6] *Maupassant, le Bel-Ami*. Armand Lanoux, Editions Fayard. Paris 1965 (N. del T.)

De donde considero el interés y novedad de esta obra que hoy presento al público. Se desvelarán en ella numerosos aspectos ignorados y secretos del « misterio Maupassant »

La palabra « misterio » aparece con frecuencia bajo mi pluma, y con razón. Todos sabemos que ese término no explica nada. Eso no impide que repetidas veces haya podido aportar documentos inéditos. Es de este modo como creo, por ejemplo, haber finalmente logrado descubrir la verdadera identidad de la legendaria « Dama de gris. »...

Es posible que esta obra, escrita sin prejuicios ni falso pudor, ayude a comprender mejor a aquel hombre excepcional que fue Guy de Maupassant. Se captará mejor, espero, lo que ese destino de « meteoro » ha contenido, al mismo tiempo de deseo desesperado de lo absoluto, y también, entre esas innumerables fiestas carnales en las que participó activamente, lo que ese destino tiene finalmente de trágico y de profundamente humano.

Mis agradecimientos a todos aquellos que me han ayudado en la preparación de esta obra.

Doy las gracias a mi amigo Pierre Cogny, cuyo amplísimo conocimiento acerca de Maupassant me ha sido muy útil, a Jacques Suffel, editor de la *Correspondence*, al doctor Germain Galérant que, una vez más, se puso a mi disposición para brindarme ayuda con sus conocimientos científicos y aclarar la historia de la sífilis que se llevó al autor de *Bel-Ami,* a Artine Artinian, a Gaston Paravy, adjunto de los asuntos culturales en la alcaldía de Aix-les-Bains, a Jean Guy Ricord, quién posee los derechos de autor de Louis Bertrand y a Claude Hohl, director de los sercicios de Archivos del departamento de l'Yvonne.

Pero tengo que dar las gracias, muy en especial, a los descendientes directos de Guy de Maupassant, fruto de su relación con Joséphine Litzelmann, a Albert Belval, casado con la segunda hija de Maupassant, a las Sras. Paulette Dagois y Denise Belval, sus nietas, a Roger Gouthéraud, su bisnieto. He encontrado junto a esta familia una acogida tan calurosa como fructífera. A ellos, una vez más, mi más profundo agradecimiento.

París, diciembre 1985

Toute femme m'a plu, j'ai joui sur chacune: Sur la blonde qu'un soir on baise au clair du lune, Auprès d'un ver luisant, avec des mots très doux; Sur la brune qui râle et vous brûle de fièvres, Vous étrangle et vous boit avec ses quatre lèvres, Et vous pince et vous branle et vous suce à genoux; Sur la molle géante et la femme velue Commo un ours, et qui sent le bouc, et qui vous mord, Vous chevauche au galop toute la nuit, goulue Du vit, et vous laisse exsangue comme un mort; Sur l'épouse d'un outre, et sur la jeune fille Qui pleure et dit: « Encor !», d'une façon gentille.	Me han gustado todas las mujeres y he gozado sobre cada una: Sobre la rubia que una noche se besa al claro de luna, Junto a una luciérnaga brillante, con palabras muy dulces; Sobre la morena que tiembla y os quema de fiebres, Os estrangula y os bebe con sus cuatro labios, Y os pellizca y os masturba y os chupa hasta las rodillas; Sobre la flexible gigante y la mujer peluda Como un oso, que se siente macho cabrío, y que os devora, Os cabalga al galope toda la noche, golosa De polla, y os deja exangüe como a un muerto; Con la esposa de otro, y con la muchachita Que llora y dice: « ¡ Más ¡ », de un modo gentil.

Guy de Maupassant, *Égloga amorosa*.

I

UN TORO DE BUENA RAZA

> « El individuo que se conforme con una mujer toda su vida, estará tan completamente fuera de las leyes de la naturaleza como aquél que no vive más que de ensalada.»
>
> Maupassant, prefacio de *L'amour à trois*, de Paul Ginisty (1884).

Himno a la raza normanda – Hacer el amor, no la guerra – Donde se descubre a un buen muchacho – El vértigo de los números – Del arte de hacer decir a las personas no importa que – Donde se le conoce por un escandaloso británico – Contribuciones al Libro de los Records *– Como un alguacil debe saber hacer de todo – «Toro», sí, ¿pero hasta que punto?*

En octubre de 1885, a la edad de treinta y cinco años, Guy de Maupassant, en su cuento *Les Bécasses*, ensalza en estos términos a la raza normanda, « la vieja y poderosa raza de conquistadores que invadieron Francia, sometieron Inglaterra y extendieron su dominio sobre todas las costas de Europa. Construyeron ciudades, pasaron como una ola sobre Sicilia y crearon un arte admirable; derrotaron a los reyes y se apoderaron de sus riquezas; fueron más ladinos que los papas, y sobre todo, dejaron hijos en todas las camas de la tierra.».

Digno descendiente de esos valerosos caballeros, Guy no conoció, de la « gloria » militar, más que la desastrosa derrota de los pantalones rojos en 1870, pero supo compensar este lamentable episodio sobre unos campos de batalla más pacíficos, honrando – ¡oh, cuanto! – la memoria de sus vigorosos ancestros con innumerables torneos amorosos a los que consagra una gran parte de su corta existencia. Desde entonces, nos preguntamos, cuantos hijos debió « dejar » y en cuantas camas. ¡ Problema irresoluble ¡ Es cierto que los tres que conocemos han tenido, aquí o allá, un cierto número de hermanos y hermanas. A finales del siglo diecinueve, no existía la milagrosa píldora.

¿ Don Juan, Casanova, Bel-Ami ? ¿ Cómo calificar a Maupassant ? No es tan sencillo...

Las fotografías que poseemos de él vislumbran de inmediato uno de los componentes de ese conjunto que los hombres han definido tan mal y que las mujeres llaman el « encanto »: Maupassant es un ser robusto, fornido, sólido. La comparación con el toro se impone por si misma, inevitablemente. Pero un toro de rasgos regulares, de mirada dulce, y – personalmente me lo parece – aderezado con una cierta melancolía...

Las descripciones que de él han hecho aquellos que lo conocían bien, son unánimes. « Era un muchacho fornido, escribe Pol Neveux, de talla un poco corta pero proporcionada, con una frente amplia bajo un cabello castaño, nariz recta sobre un bigote militar, un mentón largo, un poderoso cuello. El aspecto era resuelto y fuerte, un poco rudo y sin esos matices que determinan la cualidad de espíritu y la condición social. Las manos sin embargo eran finas y

delicadas y los ojos rodeados de bellas sombras. (...) Muy cortés pero poco expansivo. Con una sonrisa apagada, dejaba hablar y su tranquilidad desconcertaba. Su mirada parecía poco dispuesta a mirar de hito en hito o de escrutar, y sin embargo uno se sentía vigilado.» (*Oeuvres* de Maupassant, 1908, prefacio, pag. XXVII.) « Apenas de estatura media, era robustísimo y guapo; la frente alta y cuadrada, el perfil griego, la mandíbula fuerte y sin dureza, los ojos gris-azulados profundamente hundidos, el bigote y el pelo casi negros. Tenía modales perfectos, pero en un primer momento parecía reservado y poco propenso a hablar de sí mismo o de sus obras.» (*My life and loves*, 1934, p. 30). Édouard Maynial, demasiado joven para haberse encontrado con Maupassant, sintetiza: « Sus fotografías, sus retratos, los recuerdos de aquellos que lo han conocido, nos lo muestran con su sólido porte, su poderoso cuello de toro joven, toda la energía indomable de un « goloso de la vida », como se llamaba a si mismo » (*La vie et l'oeuvre de Guy de Maupassant*, 1906, p. 35).

En cualquier caso, pocas mujeres – y de toda condición – pudieron resistirse al « encanto » del autor de *Bel-Ami*.

Si se cree al propio Guy, que sabía de lo que hablaba, y que, por lo que yo sé, nunca se las dio de presuntuoso, convendría adelantar un número aproximado de trescientas conquistas femeninas en veinticinco años, a *grosso modo*, de « actividad ». Lo que, si he calculado bien, supone de media la « utilización » (si puedo permitirme una expresión tan...insolente) de una mujer nueva cada mes, durante un cuarto de siglo. André Vial ha llegado incluso a pretender (*Maupassant et l'art du roman*, p. 186) que un investigador americano, Artine Artinian, habría obtenido, uno se pregunta por que milagro de la ciencia estadística, la cuenta exacta de ciento veintiséis mujeres « ¡ seguras ¡ » Es demasiado bueno para ser verdad y el mismo Sr. Artinian, al que interrogué al respecto, me aseguró que él no había nunca concluido una cifra tan precisa, – lo que, de todos modos, habría estado sin ninguna duda lejos de la realidad.

En el relato titulado *Un fils*, extraído de los *Contes de la Bécasse*, se lee: « Si recapitulamos, considerando los contactos

pasajeros, los de una hora, creo que no andaríamos descaminados al calcular en doscientas o trescientas las mujeres con las que hemos tenido relaciones íntimas entre los dieciocho y los cuarenta años.» Se trata aquí, como dicen los economistas, de « prospección », dado que *Un hijo* fue escrito en 1882, cuando Guy no tenía más que treinta y dos años. Pero él conocía sus posibilidades.

Conviene en efecto, inclinarse ante esta evidencia: Guy de Maupassant estaba dotado, por la Madre Naturaleza, de una « facultad genésica », en el sentido etimológico del término, absolutamente excepcional.

Poseemos dos testimonios. ¿ Pero que valor tienen ?, objetaron los escépticos o los prudentes. Mi amigo Pierre Cogny desconfía, por ejemplo – y no le falta razón – de Edmond de Goncourt (quiero precisar al respecto que no se mencionará aquí más que el *Journal* de Edmond, pues Jules murió en 1870 y no conoció a Maupassant) y yo mismo tuve la ocasión de comprobar, a propósito de Flaubert, con cuanta circunspección hay que examinar ese famoso *Journal*.

Goncourt, en varias ocasiones, manifiesta efectivamente las « hazañas » de Guy, y Pierre Cogny no duda en calificar esos testimonios de « habladurías », lo que no le impide, sin embargo, añadir: « Se puede afirmar que Maupassant ha sido más o menos un obseso sexual y que las únicas investigaciones de geografía humana a las que se ha dedicado en los países por los que ha pasado, han sido sobre las mujeres, su morfología, su psicología, sus costumbres y su grado de facilidad » (*Maupassant, l'homme sans Dieu*, p. 75).

¿ « Habladurías » ? Yo no estoy tan seguro. Pues Goncourt no fue el único en constatar las facultades « fisiológicas » de Maupassant, las que deberían, pienso, interesar a los sexólogos.

¿ Entonces, qué nos muestra el *Journal* de Edmond Goncourt ? Esto, por ejemplo: « Hennique (un amigo de Zola, novelista y autor dramático) habla de Maupassant y se extiende sobre el sadismo del ser y su poder de erección. Pues tenía erecciones a voluntad y apostaba que al cabo de algunos instantes de cara a la pared, se volvía con la verga enhiesta ganando su apuesta.» (9 de abril de 1893).

¿Historia inventada? ¿Gran (o pesada) broma, que Goncourt tomó al pie de la letra, como le ha pasado muy a menudo? No está tan claro. Pues ese tipo de hazaña, que (si las reglas más elementales de buenos modales no le hubiesen prohibido) habría podido conducir a Maupassant a exhibirse en las barracas de feria, se encuentra confirmada por alguien que Goncourt no conoció, y que es el famoso Frank Harris.

Frank Harris, nacido en 1865 y muerto en 1931, amigo de Oscar Wilde, de Bernard Shaw, de Herbert George Wells, publicó una autobiografía erótica en la que hace crudamente – es lo menos que se puede decir – el relato de sus múltiples amores, *My life and loves* (1923-1927), obra que, dicho sea de paso, estuvo prohibida en Inglaterra hasta... ¡1968¡ En Francia – hay que creer que somos menos puritanos o, si se prefiere, más liberales – circuló una traducción de esta obra desde 1934, publicada por Gallimard, bajo el título *Ma vie et mes amours*, traducción al francés debida a Madeleine Vernon y Henri D. Davray.

Harris conoció a Maupassant, quién tenía seis años más que él, hacia 1880, por intermediación de Blanche Roosevelt (ninguna relación con el futuro presidente de los Estados Unidos), convertida por matrimonio en Blanche Macchetta. Esta bella americana, instalada en Milán, conocía desde hacía tiempo (se ignoran los detalles) a Maupassant, el qué, presumo, no se contentaba probablemente con disertar con ella sobre la estética de la Escuela Naturalista.

Así pues, Harris, que no tenía por costumbre ocultar nada que le concerniese, no se priva, y se le comprende, en referir lo que pudo ver con sus ojos, cuando le correspondió ser el testigo de proezas análogas a las suyas por parte de su « colega ».

Y he aquí lo que se lee, en las páginas 35 y 36 de *Ma vie et mes amours*: «Supongo, le dijo un día Maupassant, cuando ambos amigos se paseaban a lo largo de un sendero por los alrededores de Cannes, que siempre he sido normal en la práctica del amor, aunque sé que prolongo el acto sexual más que la mayoría de los hombres. Probablemente soy un poco especial desde el punto de vista

puramente sexual, porque me basta desearlo para tener una erección. ¡Mire! ... dijo sonriendo.

«Se detuvo y allí en medio de la calle, la tela tirante de sus pantalones demostraba que no mentía.

—Efectivamente, dije yo, no es normal. Yo también creía ser especial porque tengo erecciones muy rápidas y porque, generalmente, los hombres dicen no estar preparados para el coito hasta al cabo de un cierto tiempo. Pero, sinceramente, tiene usted una facultad que supera todo lo que he oído decir. ¿Siempre ha sido así? — no pude evitar preguntarle.

—Siempre, y durante el servicio militar era el asombro de todos.»

Se comprende la reacción de los compañeros del servicio militar... Y en esas condiciones, uno imagina sin pena las consecuencias que pudo tener tal « facultad » sobre las relaciones de Maupassant con las mujeres. Harris, por lo demás, no deja de evocarlas de inmediato:

«—Debe usted ser el amante ideal para una mujer apasionada —dije.

—Eso es lo grave —contestó con calma—. Si semejante reputación se propaga, estás apañado. ¡Todas las mujeres están dispuestas a ofrecerse!»

Debo decir que dejo a Maupassant la responsabilidad de tal afirmación, pero constato, en efecto, que su « facultad genésica » le llevaba en ocasiones a hacer gala de unos modales record en el género.

Frank Harris, de nuevo, se nos revela, en ese terreno, un precioso agente de información: «Maupassant me habló de doce coitos seguidos con la mayor naturalidad del mundo. Riendo, le recordé al señor *Six-Fois* de Casanova; pero no aceptó la autoridad de aquella acreditada voz.

— ¡Seis! —exclamó—,¡necesito sólo una hora para eso! (*O.C.*, p. 34).

Edmond de Goncourt, a su vez, nos refiere la siguiente anécdota: « Hennique nos cuenta que un día, Boborikine, el autor

ruso, había ido a cenar con ellos y que Maupassant le había dicho: “ Es necesario que asombre al moscovita.” Fueron a los Folies -Bergère, de donde Maupassant se había llevado una mujer, y todo el grupo se fue a su casa. Allí, ante el ruso observando y no creyendo lo que sus ojos veían, había consumado seis coitos seguidos, y aún no satisfecho, pasando a otra habitación donde estaba acostada una amiga, le había dado placer tres veces » (9 de abril de 1893).

Un año más tarde, Goncourt escribe de nuevo: «Se rememoran los coitos de Maupassant con público. Del célebre coito pagado por Flaubert donde, a la vista del viejo novelista, una muchacha había gritado: “ ¡Toma, Béranger¡» al coito ante el ruso Boborikine, que asistió a cinco polvos echados de una tirada» (11 de marzo de 1894).

¿Cinco o seis? Pequeño detalle... En cuanto al « célebre coito pagado por Flaubert» (el cual había efectivamente «pagado el burdel » a su « discípulo»), la confirmación fue dada a Frank Harris, treinta años después de la muerte de Maupassant, en 1923, por Georges Maureverte, quién relata, en efecto, que «Maupassant, llevado al límite por la incredulidad de Flaubert, se fue en una ocasión, a una casa de citas, acompañado de un alguacil para que fuese testigo de que en una hora había poseído a seis pensionistas ». Se puede soñar sobre los avatares de la profesión de alguacil y, como Frank Harris, «dar crédito o no a esta anécdota». «Ella no constituye, en todo caso, concluye él con un humor muy británico, una injuria hacia Maupassant, o aún menos hacia las costumbres francesas contemporáneas» (*O.C*., pág. 34).

Esos «dones fisiológicos», por hablar sabiamente, del individuo Maupassant me parecen difícilmente cuestionables y se puede compartir, en cierta media, lo que dice Alberto Savinio de « ese toro normando, cuya vida no difiere de la de un toro verdadero más que porque las montas del verdadero toro están reguladas y controladas por el veterinario, mientras que las de Maupassant eran libres y no podían ser más irregulares» (*Maupassant et l’outre*, traducido del italiano por Michel Arnaud, 1977, pág. 26).

Dicho esto, ¿puede reducirse la vida erótica de Maupassant a una serie monótona de « montas » bestiales, tan desordenadas como se quiera?

En realidad, el «caso Maupassant», se comprenderá más adelante, es infinitamente más complejo.

Guy de Maupassant

Maupassant de caza

Maupassant a los 19 años

Maupassant, funcionario en el Ministerio de la Marina

Maupassant. *Foto Nadar*

Maupassant. *Foto Benque*

II

LOS ALMUERZOS DEL REMERO

« Él me llamaba su tesoro, su mozita,
Me paseaba en el barco durante el día,
Por la noche, loco de amor, me acariciaba,
¡ Había que ver como ¡...
¡ Era un muchacho, era un hombre ¡ »

Fragmento de *Fleur de Berge*, letras de
Jean Lorrain, música de Yvette Guilbert.

Un ejemplo de « estilo laudatorio » – Una bucólica iniciación – Del arte de hacerse expulsar del internado – Un emprendedor bachiller – Donde se ve a Guy ponerse los manguitos – El jefe de la banda – Como los mosqueteros pueden alcanzar el número de cinco – Las altas esferas de las orillas del Sena: de casa Fournaise» a «la Grenouillère» – De Berthe, que no tenía frío en los ojos, a la «pequeña Mouche», que lloraba por su mosquita – Mimi, Nini y las «ranas del Sena» – La cuestión de un monaguillo poco católico – Un «buen chico» – El gusto por las bromas – Unas bromas discutibles – ¿Maupassant, bisnieto del divino Marqués? – Un «pétalo de rosa» singularmente picante – En la que se descubre una princesa que no duda de nada – Un patio de butacas escogido – Unas damas pudibundas – Ese aguafiestas de Edmond de Goncourt – El entusiasmo del padre Flaubert – Como la pornografía de « fin de siglo » supera ampliamente la nuestra.

Si se consulta la extravagante obra de Alberto Lumbroso, titulada *Souvenirs sur Maupassant*, publicada en 1905, intrincado batiburrillo de más de 700 páginas sin pies ni cabeza, redactada en un pasmoso estilo laudatorio, que nos presenta un Maupassant casi virgen y digno de recibir un premio a la virtud, uno es feliz de saber, página 303, que «su infancia ha sido absolutamente casta» y que «nunca buscará más que relaciones elevadas» (sic).

Pero abandonemos a Alberto Lumbroso y dejémosle trenzar sus coronas. Frank Harris ha recogido, en cuanto a Guy, unas confidencias más serias. «Reflexionando, escribe el autor de *My life and amours*, me preguntaba si todo esto se debería a un retraso en su trato con las mujeres o si durante la adolescencia habría prescindido de la masturbación. Me propuse preguntárselo.»

«—En absoluto, la primera lección me la dio el destino. Tenía alrededor de doce años, cuando un marino se masturbó ante mí. Como todo muchacho robusto hice lo mismo de vez en cuando, pero sin llegar a abusar. Fue sobre los dieciséis años, cuando empecé a hacer el amor, el placer que me produjo me curó de la masturbación » (pág. 35).

¿Quién fue la que inició en estas lides al autor de Bel-Ami? No se sabe nada de esto. Sobre este punto, como sobre tantos otros, por desgracia, los documentos son escasos. Según Lumbroso, de quien no nos podemos fiar, «fue a los dieciséis años cuando se le conoció su primera relación con la bella E...» (probablemente la «bella Ernestine» de quién hablaré más adelante). La edad corresponde, pero nada es menos seguro. Si, además, se lee el poema titulado *Égloge bien amoureuse,* nos debemos remontar en el transcurso del tiempo, unos...tres años. Es decir, a los trece años. Maupassant relata, en efecto, en ese poema, un suceso que podría bien haber sido real.

J'avais alors treize ans. Ce jour-là, sous la grange,	*Tenía entonces trece años. Ese día, allí, bajo el granero,,*
Je m'étais endormi par hasard dans un coin.	*Me había dormido por casualidad en un rincón.*
Mais je fus réveillé par un bruit fort	*Pero fui despertado por un ruido muy*

étrange	*extraño*
Et j'aperçus, couché sur un gros tas de foin,	*Y pude percibir, acostado sobre un gran montón de heno,*
Jean, le valet, tenant dans ses bras notre bonne.	*a Jean, el criado, teniendo en sus brazos a nuestra criada.*
Ils étaient enlacés je ne sais trop comment	*Estaban enlazados no sé muy bien como*
Et leurs derrières nus s'agitaient vivement.	*Y sus traseros desnudos se agitaban vivamente.*
Je compris qu'ils faisaient une chose très bonne.	*Comprendí que hacían algo muy bueno.*

Este espectáculo desencadena en el joven adolescente el deseo inmediato de mostrarse el digno émulo de su criado. Y va a buscar, en el acto, a su pequeña compañera Jeannette, que tenía catorce años, un año más que él. La tal Jeannette no pide más que iniciarse, ella también, en los placeres del amor.

Elle me dit tout bas: « Oh! tu me fais plaisir !»	*Ella me dijo muy bajito: « ¡ Oh ¡ ¡ que gusto me das ¡ »*
Et je sentis sudain ses deux bras me saisir:	*Y sentí de repente sus dos brazos estrechándome:*
Elle serra mes reins autant qu'elle était forte;	*Apretando mis riñones con todas sus fuerzas;*
Un gand feu de bonheur nous tordit jusq'aux os.	*Una gran llama de felicidad se nos escurrió hasta los huesos.*
Elle criait: « Assez, assez ! » et sur le dos	*Ella gritaba: « ¡ Basta, basta ¡ » y sobre la espalda*
Elle tomba les yeux fermés comme une masse.	*Cayó, con los ojos cerrados, como un fardo.*

Y Maupassant no ha olvidado a Jeannette, ¡quizás la primera (¿sin duda?) de una larga serie!

Hélas! depuis ce temps, j'ai tenu dans mon lit	*Por desgracia, desde esos tiempos, he tenido en mi cama*
Bien des corpos différents, des ventres et des cuisses:	*Muchos cuerpos diferentes, vientres y muslos:*

Des flancs si bien tournés, des seins tellement lisses,	*Costados bien torneados, senos totalmente lisos,*
Qu'ont les eût dit taillés dans l'ivoire poli.	*Como si estuviesen tallados en mármol pulido.*
Eh bien, malgré cela, je n'ai pas oublié	*Pues bien, a pesar de eso, no he olvidado*
Et tout mon souvenir à Jeannette est lié !	*¡ Y todo mi recuerdo está ligado a Jeannette ¡*
Je la revois toujours, mignonne, fraîche et blonde,	*Siempre vuelvo a verla, delgada, fresca y rubia,*
Qui s'en va devant moi, montrant sa croupe ronde.	*Caminando ante mí, mostrando su redonda grupa.*

Como dice Armand Lanoux: «Así, era Jeannette...» (*Maupassant le Bel-Ami*, pag. 39). ¡Admitamos que fue Jeannette¡

En todo caso, a los dieciséis años, Maupassant es alumno en el Seminario de Yvetot. Lo menos que puede decirse, es que la atmósfera del internado no le conviene demasiado: « No sé si conoces esta barraca, escribe a su primo Louis Le Poittevin en abril de 1868, triste convento, donde reinan los curas, la hipocresía, el aburrimiento, etc., y de donde se exhala un olor a sotana que se expande por toda la ciudad de Yvetot permaneciendo incluso durante los primeros días de vacaciones.»

Se las arregla para hacerse expulsar, componiendo una pieza en verso dedicada a una lejana prima que acababa de casarse y con la que él mantenía, nos dice, «afectuosas relaciones» (A. Lanoux, pág. 35). Los jesuitas de Yvetot no apreciaron ese tipo de poesía, de la que aquí tenemos un breve fragmento:

Vous avez dit: « Chantez des fêtes	*Tu has dicho: « Disfrutad de las fiestas*
« Où les fleurs et les diamants	*« Donde las flores y los diamantes*
« S'enlacent sur de blondes têtes,	*« Se enlazan sobre rubias cabezas,*
« Chantez le bonheur des amantas. »	*« Disfrutad de la alegría de los amantes. »*
Mais dans le cloître solitaire	*Pero en el solitario claustro*
Où nous sommes ensevelis	
Nous ne connaissons sur la terre	

Que soutanes et que surplis...

Donde estamos enterrados
No conocemos sobre la tierra
Más que sotanas y suplicios...

Salida de Guy de Maupassant de las galeras clericales de Yvetot. Acabará sus estudios secundarios en Rouen, bajo la tutela poética de Louis Bouilhet y, una més después de la muerte de éste, en julio de 1869, irá a realizar su bachillerato en Caen, donde celebrará su graduación, si se cree a Armand Lanoux, «en las casas de las afueras de Vaugueux», lo que es más que verosímil. Como también es posible que date de ese día de gloria una misteriosa y sin ninguna duda muy efímera relación: En efecto, he encontrado, hace poco, una persona que me ha afirmado que, según una «tradición familiar», una de sus bisabuelas habría «follado», en Caen precisamente, con Maupassant. Ahora bien, según lo que sé, Maupassant no tuvo la ocasión de permanecer en la capital de la baja Normandía, más allá de 1869.

¡Todo eso son minucias! El toro normando no hace de momento más que afilar sus armas.

Sin embargo, hay que vivir bien y los de Maupassant, a pesar de su partícula, no poseen patrimonio suficiente para permitirse mantener al primogénito durante un tiempo indefinido. Guy va a verse entonces en la obligación de «obtener un empleo». Se va a convertir en uno de esos burócratas que se encuentran reiteradamente a lo largo de las páginas de sus relatos. Al principio, en el Ministerio de Marina, luego en el de Instrucción Pública. Evidentemente eso no es ninguna alegría. El padre Flaubert, quién tuvo la suerte de no tener el deber de «trabajar» – en el sentido ordinario del término – lo comprende muy bien y compadece los males de su «discípulo»: «Vive usted, le escribe el 15 de agosto de 1878, en un universo de mierda, lo sé, y lo lamento de todo corazón.» Además el joven empleado no parece muy dotado para abrazar el papeleo, si se creen los informes del Ministerio de la Marina, que, por otra parte, no están exentos de un humor involuntario: «Empleado flojo, sin energía. Temo que sus aptitudes lo alejen de los trabajos administrativos» (1

de enero de 187). «Capacidad ordinaria. Redacta mal» (!) (19 de octubre de 1878).

Conviene pues armarse de paciencia, y, esperando el éxito y la gloria (que no tardarán, gracias a *Boule de Suif*), Guy va en la procura de distracciones.

El joven macho tiene necesidad de gastar su exceso de energía. En los años 1875-1880, entre los veinticinco y treinta años, Maupassant es un hombre de un vigor poco común. Una famosa anécdota, referida entre otras, por Armand Lanoux, nos muestra a Guy venciendo un día a un forzudo de feria, bajo las aclamaciones de su pandilla de compañeros que lo izaron en volandas.

¡Los amigos! He aquí el primer antídoto a la monotonía cotidiana de su «universo de mierda».

Guy va, muy pronto, a endosarse el uniforme del jefe de la pandilla. El clan Maupassant, o más bien el clan «Joseph Prunier», seudónimo bajo el cual va a publicar, en 1875, sus primeros relatos, cuenta bajo sus órdenes a cuatro pillos que adoran el aire libre, las canciones de los cuerpos de guardia, las copas, los ejercicios físicos de todo tipo, incluido, por supuesto – y sobre todo – los «combates de Venus», como se dice en el lenguaje noble.

Cada uno de esos exuberantes mozos posee su sobrenombre. Robert Pinchon (quién, convertido en hombre público, acabó por dar su nombre la la calle principal de Boisguillaume-lès-Rouen), alias «La Toque», llamado también «Termómetro», llamado «Centígrado», llamado «Réaumur», era el mayor del grupo. Tenía cuatro años más que Maupassant. Hijo de un brillante profesor de Rouen y de una mujer originaria de Bohemia, había sido alumno en el Instituto Corneille sobre los mismos bancos que el primo de Guy, Louis Le Poittevin, hijo de Alfred, el amigo de Flaubert. Pinchon era un artista, estudió escultura en la escuela de Bellas Artes, se hizo autor dramático, hizo representar, entre otras, en el Teatro Italiano, en 1873, un drama en cuatro actos, *La mort de Molière*, y escribió numerosos artículos de crítica para los periódicos de Rouen. Robert Pinchon fue el amigo predilecto de Maupassant, aquél al que Guy describirá, en la historia de *Mouche*, como « el hombre de teatro

nacido espiritual y perezoso », y que él prefería quizás a Léon Fontaine, alias « Petit Bleu », «el menos escrupuloso», quién no lo fue demasiado, en efecto, en ciertas circunstancias, se tendrá la ocasión de comprobarlo. El cuarto mosquetero, Albert de Joinville, alias «Le Monocle», llamado también «No tiene más que un ojo», llamado «Hadji», aquel que «más amaba a la pequeña Mouche» convertido, más tarde, en un serio personaje, director de la Compañía de ferrocarriles del Este. En cuanto al quinto, «Tomahawk», pienso, como Armand Lanoux, que se trataba de Henri Brainne, el hijo de Léonie Brainne, «ángel» y amante de Flaubert en los años 1875, y al que, por otra parte, Flaubert no apreciaba demasiado, si se le cree en una carta a su sobrina fechada el 19 de noviembre de 1879, en la que le confía que « el joven Brainne (le) golpea considerablemente sobre el sistema ».

Esos cinco muchachos se encontrarán, cada sábado, y a veces en el transcurso de la semana y el domingo, sobre las orillas del Sena y se integrarán con entusiasmo, en el universo de los «Remeros», inmortalizado por Renoir.

Joseph Prunier, La Toque, Petit Bleu, No tiene más que un ojo y Tomahawk habrían podido figurar en el famoso cuadro que Renoir pintó en 1881. Los «años de remo» del toro normando coinciden en efecto con los más hermosos días del impresionismo. Guy de Maupassant, cabellos negros caídos sobre la frente, bigote – es ciertamente el caso decirlo – «conquistador», tez tostada por los vientos del Sena, torso ceñido en el uniforme de los remeros, el maillot blanco con rayas azules horizontales, ha debido, más de una vez (aunque él no haya hecho nunca alusión a ellos) codearse con Renoir, Manet, Sisley o Berthe Morizot, desde Argenteuil a Chatou, pasando por los dos santuarios que fueron el restaurante Founaise y la Grenouillère.

Le déjeuner des canotiers, de Renoir, donde puede reconocerse, entre otros, al mismo artista con sombrero bombín y su futura esposa Alice Charigot en primer plano, fue esbozado desde 1880 en la casa de Alphonse Fournaise, en Chatou. Alphonse Fournaise es recordado en la posteridad como el « el hombre de la

pipa » y su hija Alphonsine, que era muy hermosa – y que Maupassant, sin duda alguna, ha debido (¡ por lo menos ¡) cortejar – sirvió de modelo a Degas y en tres ocasiones a Renoir, en 1875, 1879 y 1880. El sábado y el domingo, el tren dispersaba en Rueil a los parisinos que buscaban el aire libre, sombreros bombín, sombreros de paja, vestidos largos y sombrillas... Toda una exuberante juventud surcaba el río en canoa, llamando a los paseos largos burguesmente los caminos del halago.

Desde la casa Fournaise, se podía acceder a la Grenouillère, otra Meca de los remeros, curioso barco-restaurante-baile al aire libre flotante, unido a tierra por una pasarela, que estaba dividida en dos por una isla artificial de madera de forma redondeada denominada el «Camembert».

Desgraciadamente, La Grenouillère desapareció en la primavera de 1924, e incluso no se sabe donde se encontraba exactamente su emplazamiento. Se ha reducido a la contemplación de los cuadros de Renoir (1868 y 1869) o de Monet (1869). Algunas fotografías amarillentas y unas tarjetas postales hacen renacer igualmente aquel «Eldorado del Domingo», como lo denomina Armand Lanoux (*O.C.*, pag. 89), y sobre todo, las páginas que, más tarde, hacia el final de su corta existencia, Maupassant le consagra, con la fuerza de precisión que suscita la melancolía del «nunca más», – y en el intervalo de dos atroces jaquecas... «¡He visto cosas inéditas, y también chicas curiosas, en mis tiempos de remero! Yo era un empleado sin un céntimo; ahora soy un hombre que ha triunfado, y que puede despilfarrar grandes sumas por el capricho de un segundo. ¡Qué sencillo era, y qué agradable, y qué difícil vivir así, entre la oficina en París y el río en Argenteuil y Bougival! (...) ¿Recordáis los días de vagabundeo en los alrededores de París, nuestra radiante pobreza, nuestros paseos por los bosques, nuestras borracheras al aire libre en los cabarets a orillas del Sena, y nuestras aventuras de amor tan banales y tan deliciosas? » (*Mouche*)

Los cinco camaradas se las arreglaron para comprar una yola que bautizaron «Hoja al revés [7]», denominación con sobreentendidos

[7] La feuille à l'envers.

socarrones que rápidamente les hizo célebres, desde Argenteuil a la Grenouillére, entre los aficionados al remo y los trabajadores de las esclusas.

La correspondencia de Maupassant – o, con más precisión, la que Jacques Suflé ha podido reunir, pues un gran número de cartas están dispersas a todos los vientos y, por el momento son inaccesibles – permite esbozar la reconstrucción de los « años más bellos » del futuro autor de *Bel-Ami*. Es de este modo como el 14 de julio de 1873, Guy escribía a Petit Bleu (Léon Fontaine): « Como te he prometido, vengo a darte noticias de la colonia de Aspergópolis » (¡Argenteuil, por supuesto¡). «El domingo, hemos recibido la visita de Paul, que venía de Chatou con Berthe. Para colmo de males, un compañero de Paul que había venido con ellos se encontró bastante indispuesto e incapaz de regresar a Chatou, de modo que me vi obligado a embarcarme a las diez de la noche para trasladar a su nido a esos dos tortolitos viajeros. He realizado sin contratiempos ese peligroso viaje y para recompensarme, Berthe me ha enseñado su culo.»

Berthe Lamarre, una de las «remeras» más vista, sabía entonces como gratificar los servicios prestados. ¿Es quién se habría de convertir, más tarde en la « Señorita Mouche»? Es posible, aunque yo participo más de la opinión de Armand Lanoux, para quién Berthe era «muy vulgar» para servir de modelo a esta deliciosa y emocionante «pequeña Mouche». En cuanto a la historia de la «mosquita» compartida, después de todo, nunca se sabrá. Los cinco acólitos eran muy capaces de trabajar en equipo... Y en la misma carta a Léon Fontaine, habla de «Mimi», de «Nini», especímenes de esas «ranas del Sena» que, con desenfado, procuraban a Guy el «reposo del remero».

Un mes más tarde, el 28 de agosto de 1873, nueva carta a Léon Fontaine, pastiche (muy logrado) del antiguo lenguaje, titulado «Epístola de Maese Joseph Prunier, remero en las aguas de Bezons y lugares circundantes, al muy honorable Petit Bleu», carta en la que Maupassant hace el relato de una « comida pantagruélica » y de la piadosa aventura ocurrida a «ese viejo tonto de La Toque», quién ese

día, se salda a muerte. «E hizo Prunier, precisa Maupassant, muchas cosas, tan asombrosas, maravillosas y superlativas proezas de navegación, remolcando desde Bezons hasta Argenteuil un espantoso gran barco velero que se dejó la piel de las manos en los remos (dos bellas putas estaban en ese barco velero).» Louis Le Poittevin, quién, probablemente para su desgracia (pero estaba casado), no formaba parte del equipo, recibía, de vez en cuando, una relación escrita (e ilustrada con dibujos...) de los arrebatos de su primo. Él debía contentarse con ese tipo de saludo: «¡En nombre de la Unión, salud y alegría Bracquemard¡» (Carta de 1874.) En cuanto a Robert Pinchon, «ese viejo tonto de La Toque», alternaba con maestría hazañas amorosas con tareas de «hombre de teatro». «Puedes enviarme en el acto, le escribía Guy el 7 de agosto de 1880, una lista de comedias de salón de dos a cinco personajes para ser representadas en unas casas que no son Tellier, pero donde les gusta divertirse (envía también un pequeño catálogo para vírgenes). Si ya tienes algunas, mándalas impresas por correo que hay unas damas que están muy excitadas. Si hay un papel para ti, ven a representarlo.» Y Maupassant (que, como en sus cuentos normandos, utiliza el patois[8] de la región de Caux), acaba firmando: «Tu viejo Germiny »

«Germiny», otro sobrenombre. Ese tal Germiny, conde, consejero municipal de París, alguacil de Santo Tomás de Aquino y director de *La Revue Catholique*, personaje muy conocido y muy serio, había sido sorprendido, en diciembre de 1876, en pleno régimen del «Orden Moral», en los bosquecillos de los Embajadores (y en una actitud poco equívoca), con un joven adolescente que, con toda evidencia, no se encontraba allí para aprender a ayudar a misa. Uno imagina el formidable júbilo de los viejos anticlericales como Flaubert o Tourgueneff, que gritaba a quién quería entenderlo: « ¡Germiny es piramidal! ¡Esto haría creer en la existencia de un dios personal, irónico y burlón!» Y Maupassant había adoptado el sobrenombre de «Germiny», alias, por otra parte, poco afortunado,

[8] Dialecto de la región de Caux.

pues lo que es cierto es que a Guy no le faltaba nunca ocasión de proclamar su aversión visceral hacia la pederastia.

¡Ah, los hermosos años que Guy de Maupassant ha vivido en las orillas del Sena ¡François Tassart es testigo de la fuerza física de su señor: «Capaz de remar cuatro horas sin parar, según confesión de todos sus conocidos, era un remero fuera de serie. Esas alabanzas, añade el inenarrable servidor, me resultaron muy agradables» (François Tassart, *Souvenirs sur Guy de Maupassant*, 1911, pág. 17-18). Esta fuerza física, este esparcimiento de todos sus recursos vitales, Maupassant los dispensa sin límites durante una década. Todos los retratos que sus amigos hacen de él lo confirman: « Si la brisa cesaba, recuerda su colega burócrata Henri Roujon, remaba firme o bien tiraba él mismo de la cuerda sobre el canal; llevaba a las damas al embarcadero, acomodaba los objetos, tensaba los cordajes, siempre con un cuchillo y un cordel en su bolsillo, alrededor de los tafetanes y de los odres, llenos de recetas y remedios: dentista, curandero, sanador, carpintero, carretero, cocinero, – buen chico» (*La Galerie des Bustes*, 1909, pag. 5)

Fue este desbordamiento de vitalidad lo que explica, al menos en parte, la actividad sexual de Guy, lo que explica también su gusto muy pronunciado por las payasadas, muy a menudo obscenas y escatológicas, de la que su famosa pieza *A la Feuille de Rose, maison Turque*, puede considerarse el ejemplo más significativo.

En su época de remero a orillas del Sena, Guy había fundado unas «Sociedades», la «Sociedad de los Chulos», la «Unión de los Crepitadores» (que data precisamente de agosto de 1873), nombre derivado del pequeño dios «Crépitus[9]» – especie de Bajo-Eolo o de Eolo «especializado»– al que Maupassant descubrió en casa de Flaubert, en el manuscrito de *la Tentation de Saint-Antoine*, antes de su publicación. Como Flaubert, mistificador nato y gran aficionado a las bromas (dicho sea de paso, es una de los múltiples «características comunes» entre el «Maestro» – ¿el padre? – y el «discípulo»), «para disfrutar verdaderamente de él, informa Henri

[9] Dios romano procedente del culto egipcio, al que se ofrecían eructos y flatos en las fiestas. (N. del T.)

Roujon, era necesario pasar un domingo en su compañía en Argenteuil, en Sartrouiville o en Bezons. Tocado con los restos de un sombrero de pescador de caña, el torso embutido en una camiseta a rayas, sus gruesos brazos de remero desnudos hasta los hombros, esperaba a sus amigos en la estación. Nunca dejaba de pronunciar, con voz potente, unas palabras inmodestas de bienvenida si advertía la proximidad de personas renombradas por su pudor u ocupando en el Estado puestos destacados (...) Adoraba mistificar al burgués. Izaba de inmediato la vela y nos paseaba dos horas, contando tanto historias de ahogados, como historias de magistrados y de altos dignatarios sorprendidos en posiciones indecentes. Reía hasta hacer zozobrar el barco» (*O.C.* pág. 5). «Mi joven amigo Guy, escribía Flaubert a la Sra. Brainne el 25 de febrero de 1875, continúa remando con unos remeros. La visión de esta auténtica juventud me resulta muy gratificante todos los domingos.»

Joris-Karl Huysmans es testigo igualmente, desde 1876, año en el transcurso del cual conoció a Maupassant en casa de Catulle Mendès, de esa alegría de vivir que Guy ha conocido, – antes de ensombrecerse... «Nos encontrábamos en una horrorosa tasca de Montmartre donde él despedazaba carnes exorbitantemente crudas y donde bebía un vino horrible. Maupassant era el alma de esas fiestas. Aportaba su buen humor, sus historias socarronas, su alegría... muy cordial y afectuoso bajo una apariencia de me importa todo un bledo» (citado por Armand Lanoux, *O.C*., pág. 109).

Y Huysmans reveló un día a Goncourt unas bromas maupassantianas de un tipo muy especial: «Huysmans hablaba de las sorpresas que a Maupassant le gustaba dar a las personas, mujeres y hombres, a las que recibía en su intimidad: pintarse un coño en el ombligo con figuración de los pelos y unos grandes y pequeños labios, o pintarse unos sarpullidos formidables sobre su pene totalmente enrojecido.» Y Goncourt, profundamente afectado, comenta: «Bromas groseras de viajante de comercio » (*Journal*, 5 de febrero de 1888).

Aún mejor, Goncourt nos dice que, en ocasiones, ese gusto por la mistificación arrastraba a Maupassant a «negras maldades

sádicas». Es, una vez más, Léon Fontaine al que documenta Edmond de Goncourt: « (Hennique) ha asistido a un pintado de la verga de Maupassant, una pintura simulando la viruela, a continuación de lo que, Maupassant, yendo a buscar a una amante que tenía para la ocasión, se lamentó sobre la horrorosa enfermedad que le carcomía sus genitales y, tras esta declaración, tomó a la fuerza a esa pobre mujer, que quedó aterrorizada con los espantosos trastornos futuros que él le había descrito, con un serie de espantosos detalles.

«También me habla de la recepción de un ingenuo funcionario del Ministerio de la Marina, de un colega de Maupassant en aquel tiempo, de la iniciación de ese desgraciado en la Sociedad de los Chulos, una masónica sociedad de remeros ferozmente obscenos, del que Maupassant se había hecho el presidente. En esta sociedad, se masturba al novicio con todas las fuerzas con un guante de esgrima, se le hunde una regla en el recto... Y Hennique afirma que murió algún tiempo después, sin poder afirmar que fuera a consecuencia de su rito iniciático. » (1 de febrero de 1891).

¿Sadismo? Si se quiere. En cierta medida, se puede admitir. Pero estoy persuadido que, en el espíritu de Maupassant (que no medía sin duda muy claramente las consecuencias de sus «bromas»), no se trataba, ante todo, más que de «divertirse». Pero convengo que eran «diversiones» de un gusto discutible.

Fuese lo que fuese, la predilección de Maupassant por la chanza pornográfica le condujo a componer, en colaboración con Pinchon y sus demás compinches, una piececilla todavía poco conocida hoy, titulada *A la Feuille de Rose, maison Turque*, que fue representada dos veces - ¡con carácter privado! – en 1875 y en 1877.

El título, a primera vista desconcertante, debe ser interpretado a la vez como una ojeada pícara, la «rosa» significando, según el *Dictionnaire érotique moderne* de Delvau, «la naturaleza de la mujer» (¡bonita definición!), y como homenaje indirecto a Flaubert, por alusión a «la turca», la encargada del burdel de Nogent-sur-Seine, que evocan Frédéric Moreau y Charles Deslauriere, en la conclusión de *L'Education Sentimental*.

El tema de esta pieza es tan simple como escabroso: la esposa de un buen burgués, Beauflanquet, alcalde de Conville *(sic)*, en Normandía, tiene un amante, Léon, el cual la ha citado en un « hotel », que en realidad se trata de un burdel. Partiendo de este dato por lo menos escabroso, se pueden imaginar los resultados... El patrón del establecimiento hace creer a Beauflanquet que las mujeres que engalanan el « salón » con su presencia son unas odaliscas, especímenes elegidas salidas del harén del embajador turco. Y se ve desfilar a los clientes: un jorobado, un capitán, un marsellés, un soldado, un inglés, un pocero... Todos esos graciosos fornican a cada cual mejor en medio de la escena, y ese ballet, dominado por la presencia (¡simbólica!) de un gigantesco falo en erección, está dirigido por un « botones del hotel » llamado Cresta de Gallo, antiguamente abad Lecoq, ex-seminarista, al que se descubre, desde el principio, dedicado a lavar unos preservativos y que, frustrado por ser constantemente rechazado por una de las pensionistas, Raphaële, por quién experimenta un tierno sentimiento, cierra el espectáculo con la siguiente reflexión, que da el tono de esta obrita sin mayores pretensiones: «¡Eso es, tendré que seguir masturbándome, como en el seminario¡»

La primera representación tuvo lugar el 13 de abril en casa del pintor Leloir, calle Voltaire. Flaubert organizó los ensayos, ocupándose de la puesta en escena, – a pesar de los cinco pisos a subir y que comenzaban a pesar ya en sus viejas piernas. Los roles femeninos fueron representados por actores travestidos. Maupassant hacía de Raphaële y Pinchon, que parece haber tenido una gran parte en el éxito de la representación, interpretaba a la vez al jorobado, al capitán, al inglés y al pocero. De los demás miembros titulares de la «banda de Prunier», se notaba la presencia activa de un autor dramático célebre (o a punto de serlo), Octave Mirbeau, futuro académico Goncourt, quién representaba al marido y Leloir, el pintor, era Cresta de Gallo.

Flaubert, entusiasmado como en los más hermosos días de las « locuras » de su juventud, había hecho leer el manuscrito a la princesa Mathilde (!) a quién tuvo que disuadir de asistir a la

representación, pues la princesa, que no detestaba encanallarse, ardía en ganas de ver ese tipo de espectáculos.

Durante la segunda – y última – representación que se produjo el 31 de mayo de 1887 en el taller del pintor Becker, en el nº 26 de la calle de Fleurus, el «patio de butacas» estaba compuesto por: otra vez Flaubert y Tourgueneff, que ya habían visto la obra; es de destacar la presencia de Gustave de Maupassant, el padre (¡al menos oficialmente¡) de Guy, Zola, Goncourt, y algunas mujeres de gran reputación, tales como Suzanne Lagier y la medio mundana Valtesse de la Bigne, principal «modelo» de Nana. Esas damas quedaron impactadas. Lagier incluso llegó a levantarse antes del final para mostrar su desaprobación. Zola, a quién todos los periódicos considerados formales trataban de «pornógrafo» y que, de hecho era un casto, permaneció serio y muy molesto, no queriendo dar la imagen, a pesar de todo, de ser un puritano, pero no pensándolo menos. Tourgueneff y Flaubert, por el contrario, aplaudían a rabiar y se tronchaban de risa. En cuanto a Goncourt... Pero dejémosle a él mismo contar el espectáculo: « Esa noche, en un taller de la calle de Fleurus, el joven Maupassant hace representar una pieza obscena de su autoría, titulada *Feuille de Rose* y representada por él y sus amigos. Resulta patético ver a esos jóvenes travestidos en mujeres, con el dibujo de un gran sexo entreabierto sobre sus camisetas; y no sé que involuntaria repulsión os viene hacia esos comediantes tocándose y haciendo entre ellos el simulacro de la gimnástica del amor. La obertura de la pieza, es un joven seminarista que lava unos condones. Hay en medio una danza oriental bajo la erección de un monumental falo y la obra se termina con una masturbación casi real.

«Yo me preguntaba de que bella ausencia de pudor natural hacía falta estar dotado para escenificar eso ante un público, aún esforzándome en disimular mi disgusto, que habría podido parecer singular por parte del autor de *La Fille Elisa* [10]. Lo monstruoso, es que el padre del autor, el padre de Maupassant, asistía a la representación.

[10] Edmond de Goncourt es el autor de la novela *La Ramera Elisa* (*La Fille Elise*), novela sobre la prostitución clandestina.

«Cinco o seis mujeres, entre ellas la rubia Valtesse, se encontraban allí, riendo entre dientes por continencia, pero apuradas por la enorme ordinariez de la obra. La propia Lagier no quedó hasta el final de la representación.

«Al día siguiente, Flaubert, hablando de la representación con entusiasmo, encontraba, para caracterizarla, la frase: "¡Sí, es muy fresca!" *Fresca*, para esta bufonada, es realmente todo un hallazgo» (*Journal*, 31 de mayo de 1877).

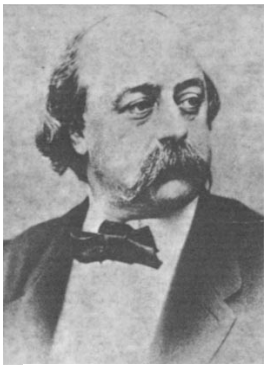
Catorce años más tarde, Goncourt todavía no había «digerido» *la Feuille de Rose*. He aquí lo que podemos leer en su *Journal*, con fecha 5 de marzo de 1891: «De las cosas desagradables, como esa representación de *Feuille de Rose*, donde disfrazado de mujer, con una camiseta representando unos grandes labios de color verdín de la más horrorosa vagina, (Maupassant) se frotaba amorosamente sobre las rodillas de un compañero, ¿cómo es que jamás fue atacado en un periódico?»

¿Qué juicio se puede emitir en 1986 sobre esta pieza de Maupassant? ¿Se debe compartir lo que dice Armand Lanoux para quién «esta obrita es una execrable escatología» (*O.C.*, pág. 127)?

Desde luego, uno no se puede adherir sin reservas al entusiasmo de Flaubert y no se ve demasiado en que aspecto este espectáculo podía ser calificado de «fresco». Pero tampoco se trata de condenar todo, y, ciertas escenas, o al menos ciertos pasajes, no están desprovistos de humor y, a la simple lectura, provocan al menos una sonrisa, sino (no temo confesarlo) provocan una risa irreprimible. La escena en la que aparece el marsellés o el quiproquo, muy bien llevado, entre la burguesa Sra. Beauflanquet, y la puta Raphaële, no son de despreciar. Hay que tomar *la Feuille de Rose* por lo que es: una pieza canular compuesta, montada y representada por una panda de diablillos a los que no le faltaba talento y que, sobre todo, se daban el gusto de «desafiar a la honestidad» y... a la hipocresía de ciertos aguafiestas del temple de Edmond de Goncourt. Después de todo, – coronando los más alegres años de su vida – la pieza de Maupassant es mejor (con mucha diferencia) que los más sonados «éxitos» del cine erótico.

¿Para cuando una «reposición» de *La Feuille de Rose*?

Louis Bouilhet



Gustave Flaubert

Maupassant con Robert Pinchon (La Toque) y una « rana del Sena »

Maupassant paseando a dos damas por el Sena

La Grenouillerie por Monet

III

LA LIRA DE VENUS

> « Maupassant indignará sin tregua a los buenos espíritus por su sensualidad animal y su tranquila inmoralidad. »
>
> Jean-Jacques Pauvert, *Anthologie historique des lectures erotiques. De Sade à Fallières*, pág. 554.

En donde se ve al joven Maupassant sacrificando a la Musa – Unos poemas a la gloria de Venus – Un émulo de Mallarmé – Como cuando el autor de La Maison Tellier sabía también bromear agradablemente – Donde se descubre a un adorador del cuerpo femenino – Un fauno histérico – ¡Pudibundez, cuando nos tienes¡ – La magistratura al acecho – El aplauso del padre Flaubert – Piadoso descalabro de los defensores del «Orden Moral» – Una provocativa «Venus rústica» – El poeta del deseo – Una publicación picante – Como Lagarde y Michard nos han ocultado algo – Una «Fuente» muy atractiva – De la vellosidad femenina vislumbrada como tema de inspiración poética – «Un cierto número de dos cifras...» – Un comentario «autorizado».

«Mi joven discípulo, Guy de Maupassant, continúa haciendo obras maestras de poesía erótica», escribía Flaubert a la Sra. Brainne, el 18 de febrero de 1876.

Maupassant, en efecto, no solamente se consagró a la prosa, no fue únicamente autor de relatos, de novelas o de artículos de prensa, también fue un poeta, incluso comenzó su carrera de escritor (como la mayoría de sus colegas) componiendo versos. Louis Bouilhet, que fue, durante un año, su preceptor, le había insuflado el fuego sagrado.

La obra poética de Maupassant es considerable, al menos cuantitativamente hablando. Desde luego se sitúa, por su calidad, muy por debajo de los genios de los que el siglo anterior nos proporciona un impresionante catálogo. Su poesía, es demasiado a menudo (pero no siempre) prosa rítmica y rimada. O se nace prosista o poeta, raramente ambos. No todo el mundo es Víctor Hugo.

Por lo demás, Maupassant parece haberlo comprendido enseguida. Después de 1880, año que marca el giro decisivo en su carrera con el triunfo de *Boule de Suif*, abandona la escritura poética con carácter definitivo. Ese año, publica, en la editorial de Charpentier, el editor de los naturalistas, su única antología, modestamente titulada *Des vers*, – y se habrá acabado.

Así pues, su «obra poética» es una obra de juventud. Los poemas que poseemos han sido escritos entre 1870 y 1880 aproximadamente, a *grosso modo*, de los veinte a los treinta años. La mayoría fueron publicados en la antología de 1880, pero un buen número de otros permanecieron inéditos – tan difíciles de acceso y de reproducción como las cartas – y tres, que voy a presentar en este capítulo, aparecieron «bajo cuerda», en una publicación clandestina, impresa en Bélgica, bajo el título de *Nouveau Parnasse Satyrique du XIX^e^ siècle.*

La inspiración de la gran mayoría de estos poemas es francamente erótica y, del erotismo propiamente dicho, llega a veces a franquear el umbral de la pura y simple pornografía. En definitiva, la experiencia de Maupassant (o, más bien, sus múltiples experiencias) forma la columna vertebral de esta producción poética

que, e insisto en ello, no merece, según mi opinión, el soberano desprecio bajo el que la crítica la ha sepultado. «¡Versos mediocres!» exclama Armand Lanoux. Sin duda, un buen número merecen este apelativo poco brillante, pero algunas piezas, se va a poder juzgar, me parecen lejos de estar desprovistas de talento.

En primer lugar se descubren, en medio de esta abundancia de poemas, pequeñas «piezas de circunstancia» bien torneadas, y que no habrían sido seguramente renegadas por Stéphane Mallarmé, autor de numerosos poemas del mismo estilo, y, además, gran amigo de Maupassant.

Sur un éventail	*Sobre un abanico*
On m'a dit qu'à des mains exquises *Cet éventail est destiné.* *Pour y mettre votre nom, je n'ai* *Aucune des vertus requises.*	*Se me ha dicho que ese abanico* *Estaba destinado a unas manos exquisitas.* *Para poner ahí tu nombre, no tengo* *Ninguna de las virtudes requeridas.*
Mais en rêvant à la Beauté *Qui me fait cet honneur insigne* *Dont s'exalte ma vanité,* *C'est à genoux que je le signe.*	*Pero soñando en la Belleza* *Que me hace ese insigne honor* *Del que mi vanidad se exalta,* *Es de rodillas como lo escribo.*

(*Des Vers*, ed. Pascal Pia, pág 366.)

En el comedor del Restaurante Fournaise se podía leer un medallón, firmado por Maupassant, ilustrando y comentando el retrato de un perro.

Sous une gueule de chien	*Bajo la cola de un perro*
Save-toi de lui, s'il aboie: *Ami, preds garde au chien qui mord.* *Ami, prends garde à l'eau que noie;* *Sois prudent, reste sur le bord.* *Prends garce au vin dont sort l'ivresse,* *On souffre trop le lendemain.* *Prends surtour garde à la caresse* *Des filles qu'on trouve en chemin.*	*Cuídate de él, si te ladra:* *Amigo, cuidado con el perro que muerde.* *Amigo, cuidado con el agua que ahoga;* *Se prudente, permanece en la orilla.* *Cuidado con el vino que embriaga,* *Se sufre demasiado al día siguiente.* *Cuidado sobre todo con las caricias* *De las muchachas que se encuentran en el camino.*

Pourtant, ici, tout ce que j'aime,
Et que je fais avec ardeur,
Le croirais-tu, c'est cela même,
Dont je veux garder ta candeur.

Sin embargo, aquí, todo lo que amo,
Y que hago con ardor,
Lo creerás, es precisamente lo mismo,
De lo que quiero preservar tu candor.

(*Des vers*, pág. 364.)

Esos doce versos, ellos solos, dicen mucho más que los más sabios comentarios.

He aquí, a continuación, un tercer poema de inspiración análoga que Maupassant dirige a una «dama» (?) «enviándole un extremo de cuerda de un péndulo».

Voici la corde d'un pendu
Que je met à vos pieds, madame,
C'est, pour une charmante femme,
Un présent bien inattendu.

Mais si, comme on l'a prétendu
Cette corde est un sûr dictame
Pour les maux du corps et de l'âme,
Gage du bonheur assidu;

Moi qui, plaignant le pauvre diable
D'avoir été si misérable,
Accusais le ciel malfaisant,

Moi dont le coeur était si tendre ¡
Voilà que je trouve à présent
Qu'il a fort bien fait de se poendre!

He aquí la soga de una horca
Que yo pongo a vuestra disposición, señora,
Es, para una encantadora mujer,
Un obsequio muy inesperado.

Pero si, como se ha supuesto,
Esta cuerda es un seguro remedio
Para los males del cuerpo y del alma,
Prenda de asidua felicidad;

Yo que, compadeciendo al pobre diablo
De haber sido tan miserable,
Acusaba al cielo maléfico,

Yo, cuyo corazón era tan tierno
He aqui que encuentro ahora
Que él ha hecho muy bien colgándose.

Pequeña obra maestra de humor, ese corto poema respeta las reglas del género: ligera broma, «caída» espiritual. El talento de Maupassant, se ve, no consistía solamente en contar pequeñas historias bien dispuestas.

Pero él no se contenta con bromear agradablemente. Varios poemas manifiestan con crudeza la violencia del deseo, la turbación de los sentidos, la sed, nunca saciada totalmente, del cuerpo femenino, – mezcla embriagadora de llamada al placer y de violencia más o menos consciente. No sé de muchos poetas que se hayan atrevido a *describir*, con este grado de autenticidad, la llamada del instinto en la «bestia humana».

Un coup de Soleil (extrait)	*Insolación (extracto)*
Une femme passait; elle me regarda.	*Pasaba una mujer; me miró.*
Je ne sais pas quel feu son oiel sur moi darda,	*No sé que fuego me quemó con su mirada,*
De quel emportemente mon âme fut saisie,	*De que arrebato fue sacudida mi alma,*
Mais il me vint soudain comme une frénésie	*Pero de pronto me invadió como un frenesí*
De me jeter sur elle, un désir furiex	*Un deseo furioso de arrojarme sobre ella,*
De l'etreindre en mes bras et de baiser sa bouche ¡	*De estrecharla en mis brazos y de besar su boca.*
Un nuage de sang, rouge, couvrit mes yeux,	*Un velo de sangre roja, cubrió mis ojos*
Et je crus la presser dans un baiser farouche.	*Y creí apretarla en un beso feroz.*
Je la serrais, je la ployais, la renversant.	*La estreché, la doblegué, asombrándola.*
Puis, l'enlevant soudain por un effot puissant,	*Luego, elevándola de súbito con un poderoso esfuerzo,*
Je rejetais du pied la terre, et dans l'espace	*Me elevé, y en el espacio*
Ruisselant de soleil, d'un bond, je l'emportais.	*Reluciente de sol, de un brinco, la llevé.*
Nous allions par le ciel, corps a corps, face à face.	*Íbamos por el cielo, cuerpo a cuerpo, cara a cara*
Et moi, toujorus, vers l'astre embrasé je montais,	*Y yo subía siempre hacia el astro inflamado*
La pressant sur mon sein d'une étreinte si forte	*Apretándola contra mi pecho con un abrazo tan fuerte*
Que dans mes bras crispés je vis qu'elle était morte...	*Que en mis brazos crispados vi que estaba muerta...*

¿Son éstos versos «mediocres»?

Veamos otro extracto, de análoga inspiración, en el que deseo y violencia, intimamente confundidos, traducen las constantes del hombre Maupassant:

Le Mur (extrait)	*La pared (extracto)*
La lune nous couvrait de ses rayon pális	*La luna nos cubría con sus pálidos rayos*
Et, nous enveloppant de sa clarté laiteuse,	*Y nos envolvía con su lechosa claridad.*
Faisait fondre nos coeurs à sa vue amollis.	*Viéndola, nuestros corazones se derretían.*
Elle glissait très haut, très placide et très lente,	*Se deslizaba muy alta, muy plácida y muy lenta,*
Et penetrait nos chairs d'une langueur troublante.	*Y se introducía en nuestras carnes una languidez turbadora.*
J'epiais ma compagne, et je sentais grandir	*Yo espiaba a mi compañera y sentía crecer*
Dans mon être crispé, dans mes sens, dans mon âme,	*En mi ser crispado, en mis sentidos, en mi alma,*
Cet étrange torument où nous jette une femme	*Ese extraño tormento en el que nos arroja una mujer,*
Losrque fermente en nous la fièvre du désir!	*¡Cuando fermenta en nosotros la fiebre del deseo!*
Lorsqu'on a, chaque nuit, dans le trouble du rêve,	*Cuando uno tiene cada noche, en la turbación del sueño,*
Le baiser qui consent, le «oui» d'un oeil fermé,	*El beso consentido, el « sí » de unos ojos cerrados,*
L'adorable inconnu des robes qu'on soulève,	*La adorable incógnita de los vestidos levantándose,*
Le corps qui s'abandonne, immobile et pâmé,	*El cuerpo que se abandona, inmóvil y desfallecido,*
Et qu'en realité la dame ne nous laisse	*Y que en realidad la dama no nos deja*
Que l'espoir de surprendre un moment de faiblesse!	*Más que la esperanza de sorprender un momento de debilidad*
Ma gorge était aride; et des frissons ardents	*Mi garganta estaba seca; y unos estremecimientos ardientes*
Me vinrent, que faisaient s'entrechoquer mes dents,	*Me invadieron haciendo entrechocar mis dientes*
Une furerur d'esclave en révolte, et la joie	*Una ira de esclavo amotinado y la alegría de mi fuerza podrían tomar como una presa,*

De ma force pouvant saisir, comme une proie, *Cette femme orgueilleuse et calme, dont soudain* *Je ferais sangloter le tranquille dédain!* *Elle riait, moqueuse, effrontément jolie;* *Son haleine faisait une fine vapeur* *Dont j'avais sof. Mon coeur bandit; une folie* *Me prit. Je la saisis en mes bras. Elle eut peur,* *Se leva. J'enlaçai sa taille avec colère,* *Et je baisai, ployant sous moi son corps nerveux,* *Son oeil, son front, sa bouche humide et ses cheveux.*	*A esa mujer orgullosa y tranquila, a la que de pronto haría sollozar su interior.* *Ella reía, burlona, espantosamente bella;* *Su aliento arrojaba un fino vapor* *Del que tenía sed. Mi corazón brincaba; una locura* *Me invadió. La tomé en mis brazos. Ella tuvo miedo.* *Se paró. Enlacé su talle con cólera,* *Y la besé, doblando su cuerpo nervioso bajo el mío,* *Sus ojos, su frente, su boca húmeda, sus cabellos.*

Loa incomparable, desde mi punto de vista, al deseo físico, Maupassant se descubre completamente en ella.

A continuación tenemos otro extracto de un poema de la misma época, titulada – simplemente – «Désirs», en el que la belleza formal me parece incuestionable. Poema de la «pluralidad» del deseo, himno a la poligamia desenfrenada, «Désirs» resume el poder de las pulsiones más íntimas del futuro autor de *Bel-Ami*.

Désirs (extrait)	*Deseos (extracto)*
Moi, ce que j'aimerais, c'est la beauté charnelle; *Je voudrais ëtre beau comme les anciens dieux,* *Et qu'il restät aux coeurs une flamme éternelle* *Au lointain souvenir de mon corps radieux.*	*A mí, lo que me gustaría, es la belleza carnal;* *Me gustaría ser bello como los antiguos dioses,* *Y que permaneciera en los corazones una llama eterna* *por el lejano recuerdo de mi radiante cuerpo.*
Je vourais que pour moi nulle ne restât sage, *Choisir l'une aujourd'hui, prendre*	*Me gustaría que por mí ninguna fuese casta,* *Elegir una hoy, tomar otra mañana;*

l'autre demain;
Car j'aimerais cueillir l'amour sur mon passage,
Comme on cueille des fruits en étendant la main.

Ils ont, en y mordant, des saveurs différentes;

Ces arômes divers nous les rendent plus doux.
J'aimerais promener mes coresses errantes
Des fronts en cheveux noirs aux fronts en cheveux roux.

J'adorerais surtout les rencontres des rues,
Ces ardeurs de la chair que déchaîne un regard,
Les conquêtes d'une heure aussitôt disparues,
Les baisers échangés au seul gré du hasard.

Je voudrais au matin voir s'éveiller la brune
Qui vous tient étranglé dans l'étau de ses bras;
Et, le soir, écouter le mot que dit tout bas
La blonde dont le front s'argente au clair de lune.

Puis, sans un trouble au coeur, sans un regard mordant,
Partir d'un pied léger vers une outre chimère.
–Il faut dans ces fruits-là ne mettre que la dent:
On trouverait au fond une saverur amère.

Pues me gustaría coger el amor a mi paso,
Como se cogen los frutos extendiendo la mano.

Al morderlos tienen sabores distintos;
Esos aromas diversos nos los hacen más dulces.

Me gustaría pasear mis caricias errantes
Por las frentes de cabellos negros, por las frentes de cabellos rubios.

Adoraría sobre todo los reencuentros en las calles,
Esos ardores de la carne que desencadenan una mirada,
Las conquistas de una hora tan efímeras,
Los besos intercambiados a merced del azar.

Me gustaría por las mañana ver despertarse a la morena
Que te tiene sofocado alrededor de sus brazos;
Y, por la noche, escuchar las palabras que muy bajito dice
La rubia cuya frente se ilumina al claro de luna.

Luego, sin una duda en el corazón, sin una mirada de reproche,
Partir ligero hacia otra quimera

– No hay más que hincar el diente en esos frutos:
En el fondo se encontraría un sabor amargo.

El siguiente poema, en el que presento igualmente un extracto, no ha sido publicado en la antología de 1880. Inspirado por Gisèle d'Estoc, entonces sin duda ligeramente posterior a ese año, ha sido recogido por Pierre Borel, quién lo ha reproducido en su integridad en la página 97 de su obra titulada *Maupassant et l'Androgyne* (1994).

Esos versos testimonian, con una fuerza y una precisión asombrosas, la fogosidad sexual, si se puede decir así, que ha invadido el cuerpo de Maupassant junto a esa excepcional mujer (¡en todos los sentidos del término¡) que fue Gisèle, «fauna» poseída de deseos insatisfechos.

Désirs de faune	*Deseos de fauno*
Oh! quand la chair se gonfle et se dresse brûlante ¡	*¡Oh! ¡cuando la carne se hincha y se erige abrasadora !*
Quand toute l'âme est là, tendue et pantelante,	*Cuando toda el alma está allí, extendida y palpitante.*
Et la tête affolée – ecumant de désirs,	*Y la cabeza turbada – bullendo de deseos,*
Ne sachant où chercher de plus cuisants plaisirs,	*No sabiendo donde buscar los más intensos placeres,*
Jeter sa langue ardente entre des cuisses nues!	*¡Meter su ardiente lengua entre unos muslos desnudos¡*
Et les deux bras crispés sous des fesses charnues,	*Y los dos brazos crispados bajo unas nalgas carnosas,*
La resperir, sentir son odeur, la lécher	*Respirarla, sentir su olor, lamerla*
Avec l'emportement du bouc et du satyre,	*Con el arrebato del cabrón y del sátiro,*
La sucer jusqu'au sang, la mordre, s'attacher	*Chuparla hasta que sangre, morderla, acapararla*
Comme une pieuvre humaine et la boire – et se rire	*Como un pulpo humano y beberla – y reírse*
De ses convulsions, et sentir tout son corps	*De sus convulsiones, y sentir todo su cuerpo*
Qui se brise et se gonfle en d'effrayants transports	*Que se estremece y se hincha en espantosos transportes*
Dans des crispations, des espasmes et des rages,	
Étouffant, sanglotant, hurlant des cris sauvages!	*Sofocante, sollozante, ¡profiriendo gritos salvajes!*

¿Se ha evocado mejor que aquí la embriaguez erótica? La violencia de las expresiones, los efectos de ritmo trasladan *poéticamente*, con asombrosa eficacia, la histeria de los sentidos y la jadeante culminación hacia el orgasmo. ¿«versos mediocres»?...¡Vamos, hombre!

El 11 de marzo de 1876, Guy escribía a Robert Pinchon: «He compuesto una poesía que va de pronto a hacerme sobrepasar la reputación de los más grandes poetas: aparecerá el 20 de este mes en *La République des Lettres*, si el editor y propietario no la lee, pues

ese hombre es un católico recalcitrante, y mi obra, casta en términos, es lo que se puede hacer de más inmoral, impúdico, etc., como imágenes y datos. Es complicado publicar la historia de dos jóvenes que mueren de tanto fornicar.» Pienso de este modo recuperar el texto auténtico de esta carta pues, en las diversas ediciones de la *Correspondance* de Maupassant, la última palabra de esta última frase está reemplazada por unos puntos suspensivos. Como es muy fácil de adivinar, eso prueba, una vez más, que la pudibundez de los editores no sirve más que para hacer resaltar su propio ridículo.

Tal es pues el tema de un poema titulado *Au bord de l'eau*, que apareció, efectivamente, pero «expurgado», en *La République des Lettres*, el 20 de marzo de 1876, bajo la firma de Guy de Valmont, pseudónimo habitual de Maupassant en esa época. Tres años y medio más tarde, el 1 de noviembre de 1879, *la Revue Moderne et Naturaliste*, impresa en Étampes, publicaba el texto íntegro del poema, bajo el título, más agresivo, de *Une Fille*.

¡Alboroto en la magistratura! El 12 de febrero de 1880, la Fiscalía de Étampes abre unas diligencias contra Maupassant por «atentado contra la moral pública». Dos días después, Flaubert conoce la noticia por la prensa. Se apresura a escribir a su «discípulo» solicitando detalles: «Lapierre me envió el ejemplar de *L'Événement* del viernes 13 de febrero (el de ayer) donde veo que el Señor Guy de Maupassant va a ser perseguido por versos obscenos. Yo me alegraría, mi querido hijo, si no tuviese miedo de la pudibundez de tu Ministerio. Esto tal vez pueda acarrearte problemas. Tranquilízame enseguida con unas palabras.» Recuerdo que en efecto, Guy era entonces funcionario en el Ministerio de Instrucción Pública, y una eventual condena tendría, necesariamente, consecuencias lamentables para el acontecer de su «carrera». Ahora bien, el asunto se presagiaba complicado y Maupassant, muy inquieto, sino presa del pánico, alertó a Flaubert y le suplicó intervenir. La autoridad moral de Flaubert, su prestigio, los recuerdos del proceso de *Madame Bovary* (que había tenido lugar bajo el Segundo Imperio, mientras que en 1880, se está bajo la República hace diez años y se puede entonces recitar el refrán de *La Fille de*

Madame Angot sobre la inutilidad de los cambios de gobierno) todo ese conjunto era, evidentemente, favorable a Maupassant. Flaubert intervino de inmediato y públicamente y el asunto fue archivado enseguida.

Armand Lanoux (*O.C*. pag. 106) se huele que ese proceso venía de una denuncia «de parte de Juliette Lamber, de casada Adam, que vivirá justo un siglo, de 1836 a 1936 ». Es muy posible, en efecto. Juliette Adam que tenía bastante mano larga, detestaba a los naturalistas en general y a Maupassant en particular. En el medio, se arreglan sus cuentas como se puede.

Esto no impidió que el poema fuese publicado, a continuación, en la antología *Des Vers*, bajo su título primitivo *Au bord de l'eau.* A fin de cuentas, Maupassant aprovechó el escándalo de esas persecuciones judiciales abortadas que le supusieron una inesperada publicidad, – consecuencia siempre infalible en semejante caso, y justo golpe devuelto a la estupidez humana.

Au bord de l'eau es un poema bastante largo, de unos 226 versos, que relata unos amores «fatales» entre el narrador y una «lavandera». Prisioneros de su sexualidad, unidos para siempre por «la afinidad de las carnes», los dos amantes mueren en brazos el uno del otro.

Este poema contiene algunos buenos pasajes. Una vez más, Maupassant canta lo embriagador del amor físico, detallando con una cierta suerte de expresión el retrato de esta impúdica moza:

Elle avait tout au plus la toilette permise;	*Tenía a lo sumo la colada permitida;*
Elle lavait son linge; et chaque mouvement	*Lavaba su ropa; y en cada movimiento*
Des bras et de la hanche accusait nettement,	*De los brazos y caderas se apreciaba claramente,*
Sous le jupon collant et la mince chemise,	*Bajo la falda ceñida y la fina camisa,*
Les rondeurs de la croupe et les rondeurs des seins. (...)	*Las curvas de su grupa y las redondeces de los senos. (...)*
Un rougeur montait à sa gorge san-	*Un rubor subió a su garganta,*
	Fijó en mí su descarada mirada,
	Desabrochó su camisa, y su redondo pecho

guine.	*Surgío, doble y hermoso, en plena libertad,*
Elle fixa sur moi son regard effronté,	*Mostrando dos cumbres de sólida amplitud.*
Dégrafa sa chemise, et sa ronde poitrine	*Ella golpeaba entonces su ropa, y cada golpe*
Surgit, double et luisante, en pleine liberté,	*Agitaba por momentos, con un rápido sobresalto,*
Écartée aux sommets et d'une ampleur solide.	*Las rosas floridas de carne que se erigían en lo alto (...)*
Elle battait alors son linge, et chaque coup	*Por su vestido entreabierto, a lo lejos, me perdía*
Agitait par moment d'un soubresaut rapide	*Adivinando sus interiores y sofocado por locos ardores;*
Les roses fluers de chair que se dresssent au bout.(...)	*Luego, como se iba, me dijo en voz baja*
Par sa robe entreouverte, au loin, je me perdais,	*De encontrarme, por la noche, al borde de la pradera.*
Devinant les dessous et brûlé d'ardeurs folles;	
Puis, comme elle partait, elle me dit tout bas	
De me trouver le soir au bout de la prairie.	

Otro pasaje que merece atención: el relato – clásico en Maupassant – del acto del amor, relato en el transcurso del cual, aquí, el poeta se contenta con *sugerir*... Si los jueces de Étampes hubiesen leído *Désirs de Faune*, habrían muerto de apoplejía.

Je pris et je baisai ses doigts; elle trembla.	*Tome sus dedos y los besé; ella temblaba.*
Ses mains fraîches senaient une odeur de lavande	*Sus frescas manos despedían un olor a lavanda*
Et de thym, dont son linge était tout embarmé.	*Y tilo, de lo que estaba su ropa impregnada.*
Sous ma bouche ses seins avaient un gout d'amande	*Bajo mi boca sus senos tenían un gusto de amanda*
Commo un laurier sauvage ou le lait parfumé	*Como un laurel silvestre o la perfumada leche*
Qu'on boit dans la montagen aux mamelles des chèvres.	*Que se bebe en la montaña de las ubres de las cabras.*

Elle se débattait; mais je trouvai ses lèvres:
Ce fut un baiser long comme une eternité
Qui tendit nos deux corps dans l'immobilité.
Elle se renversa, râlants sous ma caresse;
Sa pitrine oppressée et dure de tendresse
Haletait fortement avec de longs sanglots;
Sa joue était brûlante et ses yeux demiclos,
Et nos bouches, nos sens, nos soupirs se mêlèrent.

Puis, dans la nuit tranquille, dú la campagne dort,
Un cri d'amour monta, si terrible et si fort
Que des oiseaux dans l'ombre effáres. s'envolèrent.

Ella se debatía; pero yo encontré sus labios:
Fue un beso largo como una eternidad
Que dejo nuestros cuerpos inmóviles.
Se giró, temblando bajo mis caricias;
Su pecho oprimido de ternura
Jadeaba fuertemente con largos gemidos;
Sus mejillas estaban enrojecidas y sus ojos semicerrados,
Y nuestras bocas, nuestros sentidos, nuestros suspiros se mezclaron.

Luego, en la tranquila noche, donde la campiña duerme,
Un grito de amor se oyó, tan terrible y tan fuerte
Que unos pájaros en la sombra, espantados levantaron el vuelo.

Dos años más tarde, en la primavera de 1878, Maupassant interrumpía la redacción de su primera novela, *Une Vie*, que acababa de empezar, para componer un nuevo poema, *Vénus Rustique*, el más largo de todos, ya que va a contar con 506 versos.

Escribe a su madre, el 21 de marzo: «Procuro, con dificultad, no ser demasiado carnal. De todos modos será verde.» El 3 de abril, Maupassant experimenta siempre los mismos escrúpulos y su madre, de nuevo, recibe sus confidencias: «En cuanto a mi *Vénus Rustique*, estoy contento; he obtenido, creo, lo que quería, pero diablos, es picante, picante. En libro aún, pero en un periódico...» Finalmente, el 23 de abril, Pinchon es avisado de que el poema está casi acabado. Evidentemente, cuando escribe a «La Toque», Guy utiliza un registro diferente de vocabulario: «Casi he acabado mi *Vénus Rustique* y me gustaría follármela.»

Vénus Rustique cuenta la historia de una muchacha, casi una niña, que inflama el deseo de los aldeanos y se convierte en presa de

un espantoso y viejo pastor que acaba por asesinarla en una crisis de demencia sexual.

Veamos un extracto de este poema, que, en realidad, parece un «relato en verso».

Ses cheveux étaient blonds, presque roux. Sur sa face	*Era rubia, casi pelirroja. En su rostro*
Le dur soleil des champs avait marqué sa trace:	*El fuerte sol del campo había marcado sus rasgos:*
Des petits grains de feux, charmants et calirsemés.	*Unas encantadoras pecas luminosas.*
Le doux effort des seins en sa robe enfermés	*El dulce esfuerzo de los senos encerrados en su vestido*
Gonflait l'etoffe, usant aux sommets son corsage.	*Hinchaban la tela, marcando las cumbres de su cuerpo.*
Tout vêtement semblait taillé pour son usage,	*Toda prenda parecía tallada para su uso,*
Tant on la sentait souple et superbe dedans.	*De tanto que se la sentía ligera y enorme en su interior.*
Sa bouche était fendue et montrait bien ses dents,	*Su boca era digna y mostraba sus dientes,*
Et ses yeux bleus avaient une profondeur claire.	*Y sus azules ojos tenían una clara profundidad.*
Les homme du pays seraient morts pour lui plaire;	*Los hombres de la región se habrían muerto por gustarle;*
En la voyant venir, ils couraient audevant.	*Y viéndola venir, corrían delante.*
Elle reiait, sentant l'ardeur de leurs prunelles,	*Ella reía, sintiendo el ardor de sus pupilas,*
Puis passait son chemin, tranquille, et soulevant,	*Luego continuaba su camino, tranquila y despertando,*
Au vent de ses jupons, les passions charnelles. (...)	*Al movimiento de su falda, las pasiones carnales. (...)*
Les hommes se dressaient enla voyant de loin,	*Los hombres se levantaban viéndola pasar,*
Frissonant comme on fait quand un désir vous frôle,	*agitándose como se hace cuando un deseo os roza,*
Et semblaient aspirer avec des souffles forts	*Y parecían aspirar con fuerte respiración*
La troublante senteur qui venait de son corps,	*La turbadora fragancia que procedía de su cuerpo,*
	¡El gran perfume de amor de esta flor humana¡

¡ Le grand pargum d'amour de cette fleur humaine ¡

Como puede apreciarse, Maupassant poeta insiste en sugerir la fuerza del deseo. De hecho, incluso de la propia recurrencia obsesiva de ese tema, parece evidente que la creación poética se convierte finalmente para él en un exutorio a sus propias obsesiones.

Por último, voy a finalizar este capítulo mediante la presentación de tres poemas enterrados en una publicación extraña y preciosa, *Le Parnasse Satyrique du XIX^e siècle*, una de las joyas de los libros especiales de la Biblioteca Nacional.

La obra se presenta en un solo volumen dividido en tres partes, las dos primeras constituyen *Le Parnasse Satyrique* y la tercera (donde se encuentran los tres poemas de Maupassant) se titula *Le Nouveau Parnasse Satyrique.*

Le Parnasse Satyrique puede definirse como una «antología de piezas jocosas, escatológicas, picantes, pantagruélicas, desenfadadas y satíricas de los mejores autores contemporáneos, poetas, novelistas, periodistas, etc». La página del título está ilustrada con un dibujo mostrando un diablo a punto de leer un *in-folio,* con esta leyenda: «A costa de la compañía». Lugar y fecha de edición: «En Bruselas. Bajo la portada, 1881.» El editor era, en realidad, Poulet-Malassis, quién había publicado, en 1857, *Les Fleurs du Mal.*

Los «mejores autores» están en efecto representados en esta sabrosa publicación. ¡Que se juzgue¡

Veo, entre otros, los nombres del sabio Ampère, de Barbey d'Aurevilly (el «comandante» católico), de Balzac, de Banville, de Cambronne (¡que también era poeta¡), de Chateaubriand, del pintor Delacroix, de Octave Feuillet (el novelista «oficial» y bien pensante del Segundo Imperio), los de los hermanos Goncourt (y decir que Edmond se había declarado molesto por la *Feuille de Rose*...), de Guizot, de Hugo (¡evidentemente¡), del R.P. Lacordaire (!), de Lamartine, de Mallarmé (que no siempre fue «hermético»), de Montalembert (líder de los católicos liberales), de Musset (quién no ha compuesto más que las *Nuits*...), del fotógrafo Nadar, de

Proudhon, de Sainte-Beuve, de Jules Sandeau (jefe de filas de los novelistas llamados «idealistas»), del filósofo Taine, del pequeño padre Thiers, del grave historiador Tocqueville, de los compositores Verdi y Wagner... Los «grandes hombres» tienen un lugar nada despreciable con Luís-Felipe, Luís XVIII y Napoleon I y las mujeres han aportado su contribución con la actriz Rachel, la Sra. Récamier y, por supuesto, George Sand.

En cuanto al *Nouveau Parnasse Satyrique du XIX^e siècle*, «como continuación del *Parnasse Satyrique*», se presenta como una «edición revisada, correguida, completada y aumentada con numerosas piezas nuevas desconocidas e inéditas». El dibujo es diferente: esta vez, el diablillo huye con el *in-folio* bajo el brazo. En cuanto a la leyenda, ésta plasma con humor la «moral social» de la época: ¡«Pecado ocultado está perdonado»! Lugar de publicación: «En Bruselas, con la autorización de los comprometidos.» ¡Probable retruécano¡

Habían sido «impresos ciento setenta y cinco ejemplares exclusivamente reservados a los miembros de la sociedad».

De los tres poemas de Maupassant, uno de ellos, «Ma Source», lo considero una auténtica obra maestra de poesía erótica. Esos versos destilan una incuestionable belleza. Los otros dos son literalmente pornográficos.

Ma Source	*Mi Fuente*
Je n'ai point assez du baiser	*No me basta el beso*
Dont se contente tout le monde	*Con el que se contenta todo el mundo*
Et la source où je veux puiser	*Y la fuente en la que quiero beber*
Est plus cachée et plus profonde!	*¡está más oculta y más profunda!*
De votre bouche elle est la soeur!	*¡De vuestra boca ella es la hermana!*
Au pied d'une blanche colline	*Al pie de una blanca colina*
J'y parviendrai, dans l'epaisseur	*Llegaré allí, a la espesura*
D'un buisson frisé qui s'incline.	*De un matorral rizado que se inclina.*
Elle est fermée et l'on y boit	*Está cerrada y se bebe*
En écartant un peu la mousse	*apartando un poco el musgo*

Avec la lèvre, avec le doigt.
Nulle soif ne semble plus douce.

Près de l'entrée, on trouvera
Ce rocher que frappait Moïse.
Et je veux que ma bouche épuise
Le flot d'amour que jaillira!

Car ma caresse ardente et forte
Fera monter l'onde à ses bords!
Je suis à genoux, c'est la porte
Du sanctuaire de ton corps.

Tu palpites, je t'y sens vivre;
Et je sens grandir, qui m'enivre,
L'arôme secret de tes flancs ¡
Car j'aime tes parfums troublants

Plus que l'odeur des forêts vertes,
Plus que la rose et le jasmin,
Source vive, aus lèvres ouvertes!
Et je t'emporte dans ma main,

Senteur divine ! Et ma moustache,
Ainsi qu'un souffle d'encensoir,
Jette à mon cerveau jusqu'au soir
Ce fumet où mon coeur s'attache!

Con el labio, con el dedo.
Ninguna sed semeja más dulce.

Cerca de la entrada se encontrará
Esa roca que golpeaba Moises.
¡Y quiero que mi boca agote
el raudal de amor que brotará!

¡Pues mi caricia ardiente y fuerte
Hará subir la ola a sus orillas!
Estoy de rodillas, es la puerta
Del santuario de tu cuerpo.

Palpitas, te siento vivir;
Y siento aumentar, que me embriaga,
El aroma secreto de tus caderas
Pues amo tus perfumes turbadores

Mas que el olor de los verdes bosques,
Más que la rosa y el jazmín,
¡Fuente viva de labios abiertos!
¡Y yo te llevo en mi mano,

Fragancia divina! Y mi bigote,
de igual modo que una fumata de incensario,
Deja en mi cerebro hasta la noche
¡Ese tufillo en el que mi corazón se deleita!

El 11 de marzo de 1876, Guy escribía a La Toque: «Mi *Femme à Barbe* me ha proporcionado una admiradora *apasionada* – bajo todos los aspectos, ¡se trata de Suzanne Lagier! »

De este modo, la famosa Lagier, a quién Flaubert tan bien había «conocido», se entusiasmaba con la lectura de *La Femme à Barbe*, pero, un año más tarde, ¡escondía la cara ante la *Feuille de Rose* ! Misterio...

La Femme à Barbe	*La Mujer Barbuda*
Cuand le vilain paillasse eut fini sa parade,	*Cuando el mediocre payaso hubo acabado su actuación,*
J'entrai. Je vis alors debout sur une estrade	*Entré. Vi entonces de pie sobre una tarima*
Une fille très grande en de pompeux atours	*Una muchacha enorme y de pomposo atavío*
Que des gouttes de suif tachaient comme des larmes.	*Que unas gotas de sebo manchaban como lágrimas.*
Roide ainsi qu'un soldat qui présente les armes	*Tiesa como un soldado presentando armas*
Elle avait le nez fort et courbé des vautours.	*Tenía la nariz grande y curvada de un buitre.*
Elle était pourtant jeune – une barbe imposante	*Sin embargo era joven – una imponente barba*
Lui couvrait le menton, noire, épaisse et luisante.	*Le cubría el mentón, negra, espesa y reluciente.*
L'étonnement me print, puis je voulus savoir !	*Me quedé asombrado, luego quise saber.*
Je l'invitai d'abord à diner pour le soir	*La invité al principio a cenar por la noche.*
.	
Un frisson singulier me courut sur la peau;	*Ella vino, ¡estaba vestida como un muchacho!*
La fille était fort laide et cet homme assez beau.	*Un singular estremecimiento me recorrió la piel;*

Moi, je m'assis en face un peu timide, et comme
Si j'allais me livrer à quelque accouplement
Monstrueux... Je sentais ma venir par moment,
Regardant cette fille aux formes masculines,
Un besoin tout nouveau de choses libertines,
Des curiosités de plaisirs que l'on tait,
Et des frissons de femme à l'approche du mâle.
J'avais la gorge aride et mon couer palpitait;
Je me vis dans la glace et me trouvai très pâle;
Ces malsaines ardeurs me troublaient malgré moi.
Elle but comme un homme et se grisa de même;
Et puis jetant ses bras à mon cou – Viens, je t'aime,
Mon gros chéri, dit-elle, allons-nous-en chez toi.

A peine fûmes-nous arrivés dans ma chambre,
Elle ouvrit ma culotte et caressa mon membre,
Puis se déshabilla très vite. Deux boutons
D'une chair noire et sèche indiquiaient ses tétons,
Ella était jaune, maigre, efflanquée et très haute.
Sa carcasse montrait les creux de chaque côté.
Pas de seins, pas de ventre – un homme – avec trou.

Cuando j'aperçus cela, je me dressai debout;

La muchacha era muy fea y ese hombre bastante guapo.
Yo, me senté enfrente un poco tímido, y como
Si fuese a entregarme a algún acoplamiento
Monstruoso... Sentía por momentos,
Mirando a esa muchacha de formas masculinas,
Una completa necesidad de actos libertinos,
Una curiosidad de placeres que se callan,
Y unos estremecimientos de mujer en la proximidad del macho.
Tenía la garganta seca y mi corazón palpitaba;
Me miré en el espejo y estaba muy pálido;
Esos malsanos ardores me turbaban muy a mi pesar.
Ella actuaba como un hombre y se emborrachó del mismo modo;
Y luego arrojando sus brazos a mi cuello – Ven, te amo,
Querido mió, dijo, vayamos a tu casa.

Apenas hubimos llegado a mi habitación,
Ella bajó mis pantalones y acarició mi miembro,
Luego se desnudó muy rápido. Dos botones
De una carne negra y seca indicaban sus tetas,
Era amarillenta, delgada, flaca y muy alta.
Sus huesos mostraban los huecos de cada costado.
Ni pecho, ni vientre – un hombre – con agujero.

Cuando advertí eso, me puse de pie;

Mais elle m'etreignit sur sa poitrine nue,	*Pero ella me abrazó sobre su pecho desnudo,*
Elle me terrassa d'une force inconnue,	*Me atenazó con una fuerza desconocida,*
Me jeta sur le dos d'un mouvement brutal,	*Me arrojó sobre la espalda con un brutal movimiento,*
M'enfourcha tout à coup comme on fait un cheval,	*Me montó de golpe como se monta a un caballo,*
Et dans son vagin sec elle enserra ma pine.	*Y en su seca vagina encerró mi pene.*
Sa grande barbe noire ombrageait sa poitrine;	*Su gran barba negra sombreaba su pecho;*
Son masque grimaçait d'une étrange façon;	*Su rostro hacía muecas de un extraño modo;*
Et je crus que j'etais baisé por un garçon...!	*Y creí que estaba siendo jodido por un muchacho...!*
Rapide, l'oeil brillant, acharnée et féroce,	*Rápido, la mirada brillante, encarniada y feroz,*
Elle allait, elle allait, me secouant très fort.	*Me iba dando sacudidas muy fuertes.*
Elle m'inocula sa jouissance atroce	*Me inoculó su atroz goce*
Qui me crispa les os comme un spasme de mort;	*Que me crispó los huesos como un espasmo de muerte;*
Et puis tordue, avec des bonds d'epileptique,	*Y luego retorciéndose, con brincos de epiléptico,*
Sur ma bouche colla sa gueule de sapeur	*Sobre mi boca pego su boca de zapador*
D'où je sentis venirune chaude vapeur	*De donde senti llegar un cálido vapor*
De genièvre, mêlée au parfum d'une chique.	*De ginebra, mezclada con perfume de tabaco de mascar.*
Pâmée, elle frottait sa barbe sur mon cou.	*Desfallecida, frotaba su barba en mi cuello.*
Puis, soudain, redressant sa grande échine maigre,	*Luego, de repente, enderezando su gran espinazo delgado,*
Elle se releva – disant d'une voix aigre–	*Se levantó – diciendo con voz ronca –*
– « Nom de Dieu! que je viens de tirer un bon coup!»	*– «¡Por Dios!¡que acabo de echar un buen polvo!»*

En la página 143 de *Maupassant le Bel-Ami*, Armand Lanoux hace alusión al poema siguiente, «cuyo título, dice, es un cierto número de dos cifras», y que Flaubert comunica sin rodeos a su amigo Laporte, en una carta fechada el 3 de marzo de 1877: «He

visto ayer a Guy. Ha compuesto una nueva pieza en verso titulada *69* y que es digna de *La Femme à Barbe*.»

69	*69*
Salut, grosse Putain, dont les larges gargouilles	*¡Hola, gorda Puta, cuyos anchos conductos de desagüe*
Ont fait éjaculer trois générations!	*Han hecho eyacular a tres generaciones!*
Et dont la vieille main tripota plus de couilles	*¡Y cuya vieja mano manoseó más cojones*
Qu'il n'est d'étoiles d'or aux constellations!	*Que estrellas doradas hay en las constelaciones!*
J'aime tes gros tétons, ton gros cul, ton gros ventre!	*¡Me gustan tus gruesas tetas, tu gordo culo, tu grueso vientre!*
Ton nombril au milieu, noir et creux comme un antre	*Tu ombligo en medio, negro y hueco como un antro*
Où s'emmagasina la poussière des temps,	*Donde se almacena el polvo de los tiempos,*
Ta peau moite et gonflée, et qu'on dirait une outre	*Tu piel húmeda e hinchada, y que da la impresión de*
Que des troupeaux de vits injectèrent de foutre	*Que tropeles de pollas inyectaron de esperma*
Dont la viscosité suinte à travers tes flancs!	*¡Cuya viscosidad rezuma a traves de tus costados!*
Ça, monte sur ton lit sans te laver la cuisse;	*Eso es, sube a tu cama sin lavarte la entrepierna;*
Je ne redoute pas le flux de ta matrice;	*No me asquea el flujo de tu matriz;*
Nous allons, s'il te plaît, faire soixante-neuf!	*¡Vamos, si te apetece, a hacer un sesenta y nueve¡*
J'ai besoin de sentir, ainsi qu'on hume un oeuf,	*Necesito sentir, del mismo modo que se huele un huevo,*
Avec l'âcre saveur des ancienne urines,	*Con el agrio sabor de viejos orines,*
Glisser en mon gosier les baves de ton con;	*Deslizarse por mi garganta las babas de tu coño;*
Tandis que ton anus énorme et rubicond	*Mientras que tu enorme y rubicundo ano*
D'une vesse furtive égaye mes narines!	*De un pedo furtivo, anima mis narices!*
Je ne descendrai point aux profondeurs des puits;	*No descenderé a las profundidades de los pozos;*
Mais je veux, étreignant ton ventre qui chantonne,	*Pero quiero, estrechando tu vientre que canta*
Boire ta jouissance à son double pertuis,	*Beber tus jugos en su doble agujero,*

Comme boit un ivrogne au vagin d'une tonne!	*¡Como bebe un borracho en la vagina de una cuba!*
Les vins qui son très vieux ont toujours plus de goût!	*Los vinos que son muy viejos tiene siempre más gusto!*
En ta bouche à chicots, pareille aux trous d'égoût,	*Y que tu boca desdentada, parecida a los agujeros de alcantarilla,*
Prends mon bracquemard dur et gros comme une poutre.	*Tome mi polla dura y gruesa como un poste.*
Promène ta gencive autour de gland nerveux!	*¡Pasea tus encías alrededor del glande nervioso!*
Enfonce-moi deux doigt dans le cul, si tu veux!	*¡Introdúceme dos dedos en el culo, si quieres!*
Surtout ne crache pas quand partira le foutre!	*¡Sobre todo no escupas cuando salga el semen!*

El mejor comentario a la lectura de estos poemas me parece debido a la pluma del célebre crítico Jules Lemaître, quién, en *Nos Contemporains* (1ª serie, 1886), emitía esta juiciosa opinión: «Maupassant muestra, sobre todo al principio, una predilección evidente por las manifestaciones más violentas del amor reducido al deseo; pero si insiste en los detalles escabrosos, no es ni picante, ni obsceno. Su sensualidad tiene algo de espontáneo, de sano, diría que es casi inocente.»

LA FAMILIA

Laure de Maupassant
La madre

Gustave de Maupassant
¿El padre?

Hervé de Maupassant
el hermano

Simone, hija de Hervé y heredera universal de Maupassant

IV

LA PATADA DE VENUS

«– ¿Tiene la sífilis? – pregunté a Maupassant.
– Sí, todas las enfermedades infantiles – contestó riendo – Todo el mundo la contrae en su juventud.»

Frank Harris, *My life and loves*, pág. 40.

Un increible canto de victoria – La multiplicación de los treponemas – Algunas víctimas ilustres – Donde se constata que Guy ha nacido demasiado pronto – De como la terminología médica no siempre es adecuada – Una familia poco válida – Lamentables consecuencias de la práctica del remo – Discusiones sobre la cronología – La sífilis a través de las edades – Una cura bien empleada – «Ha querido ver Vésoul...» – Extraño cambio de opinión del médico de cabecera – Venus Cruel.

« Mi querido La Toque,

¡Tengo la sífilis! ¡En fin! ¡La verdadera! ni la despreciable meada caliente, ni la eclesiástica cristalina, ni las burguesas crestas de gallo, o las leguminosas coliflores, no, no, la gran sífilis, de la que murió Francisco I... Estoy orgulloso y desprecio por encima de todo a los burgueses. ¡Aleluya!, tengo la sífilis, por consiguiente ya no tengo miedo a contraerla...»

Este increíble canto de victoria mediante el que Maupassant firmaba, a sus espaldas, su propia condena de muerte, está fechada el 2 de marzo de 1877. Maupassant, en efecto, no murió loco, como se cree generalmente. Murió sifilítico. Se ha añadido a la impresionante cohorte de aquellos a los que él llamaba, no sin humor (macabro), los «sifilíticos ilustres».

El doctor Louis Jullien, en la página 477 de su *Traité pratique des maladies vénériennes*, publicado en 1886, establece efectivamente este espantoso balance: «Pueden fijarse entre 5000 y 8000 el número de sífilis contraídas cada año en París; es fácil de evaluar lo que semejante tributo, renovándose sin cesar, puede acumular de sífilis en la capital.» Todos los especialistas en enfermedades venéreas han señalado el recrudecimiento de la sífilis en Europa, durante el periodo que va de 1875 a 1878. Y Maupassant se encuentra entonces, por así decirlo, en brillante compañía: muchos ilustres fueron, como él, víctimas del insidioso treponema. Citemos entre otros a Théophile Gautier, Gérard de Nerval, Baudelaire, Jules de Goncourt, Flaubert, Alphonse Daudet, Mallarmé, Lautrec, Gauguin, Van Gogh, Manet, Nietzsche... A lo largo del siglo, – y sobre todo en su último cuarto, – la sífilis hace estragos, al menos tan espectaculares como la tuberculosis. Pero no era de buen tono hablar de ella.

Y Maupassant nació, desgraciadamente, cincuenta años demasiado pronto. «Es únicamente seis años después de la muerte de Guy, en 1899, nos recuerda Armand Lanoux (*O.C.*, p. 359), cuando Babinsky demostrará que el desarreglo ocular llamado “síndrome de

Argyll Robertson" era un síntoma indudable de sífilis; Es en 1913 cuando Noguchi identifica el treponema en el cerebro de los paralíticos generales. No se comenzará a curar la P.G. hasta 1917.»

Maupassant murió, en efecto, de «parálisis general» (abreviadamente «P.G.», lo que, dicho sea de paso, no tiene ninguna relación con una parálisis motriz o sensitiva. El término es extremadamente impropio y los médicos proponen unas denominaciones más precisas, pero inusitadas. El doctor René Fodére, por ejemplo, que publica en 1945, bajo el pseudónimo de Jean Maurienne, una obra titulada *Maupassant est-il mort fou?,* propone «treponomía nerviosa» y mi amigo, el doctor de El Havre, Germain Galérant, precisa: «semi meningitis difusa generalizada», debiendo añadir que «esta rebuscada terminología nunca llegó a imponerse».

El «caso Maupassant» ha generado una importante literatura médica, casi una decena de obras. Los médicos han intentado analizar las causas y el proceso del mal que se llevó a la tumba al autor de *Bel-Ami* a la edad de cuarenta y dos años. Se han suscitado muchas polémicas. ¿Se ha conseguido saber la verdad? Es difícil afirmarlo. Pero, a pesar de todo, ciertos hechos parecen incuestionables.

En primer lugar, parece fuera de toda duda el diagnóstico de parálisis general. Dicho esto, la pregunta es: ¿Se trata de una sífilis adquirida o transmitida?

Todos los médicos se inclinan por una sífilis adquirida. Sin embargo, conviene subrayar que Maupassant, más que otros, poseía de nacimiento, para su desgracia, un terreno «favorable». La sífilis no es hereditaria, a diferencia de otras enfermedades como la hemofilia o el mongolismo, pero el niño puede no obstante ser contaminado (cuando, por las enfermedades hereditarias, el factor es cromosómico) por la madre, si aquella está afectada y no es del todo o insuficientemente tratada. Ahora bien, Gustave de Maupassant, cuya vida no era precisamente monástica, con toda probabilidad tendría alojado el treponema, – en todo caso no estaba sano... Debo precisar, al respecto, que la hipótesis de la paternidad de Flaubert no

puede intervenir aquí, puesto que Maupassant había ya nacido cuando Flaubert adquirió la sífilis en Damas, en septiembre de 1850. Pero la madre de Guy, Laure de Maupassant, era una neurótica y su familia arrastraba graves taras. Su hermano, Alfred Le Poittevin, sifilítico en el último grado de la enfermedad, murió a los treinta y dos años, corroído por los excesos venéreos y ayudado por una constitución muy débil. En cuanto al hermano de Guy, Hervé, éste murió loco.

Terreno abonado, desde luego, pero no se debe dudar de la sífilis adquirida. Por lo demás, él mismo Maupassant lo sabía muy bien. El 23 de noviembre de 1890, Goncourt, que se encontraba en Rouen para la ceremonia de inauguración del monumento erigido en memoria de Flaubert, nos cuenta que «pasando sobre el Sena, en el momento de llegar a Rouen, extendiendo la mano hacia el río cubierto de niebla, Maupassant exclamó: "Es al remo a lo que debo lo que tengo hoy"»

Sí, fue una «rana del Sena» quién contagió la sífilis a Guy de Maupassant, pero es evidente que nunca se sabrá su identidad. En cuanto a la fecha, es discutible. La carta a Pinchon está fechada (lo que, por parte de Maupassant, es muy raro) el 2 de marzo de 1877. Pero no precisa cuando fue a consultarlo. ¿Se lo comunica a Pinchon saliendo de la consulta del médico o espera varias semanas? Personalmente, me inclinaré mas bien – teniendo en cuenta el tono de la carta – por la primera solución. Es muy verosímil, por otra parte, conociendo la inquieta naturaleza de Maupassant, que debió consultarlo enseguida, antes de la aparición de los trastornos secundarios. Se podría entonces concluir que los primeros síntomas tuvieron su aparición en enero o febrero de 1877 y que en consecuencia, la contaminación se produjo en diciembre de 1876. En todo caso, desde finales de enero, Guy comienza ya a perder sus cabellos, tal como refiere una carta de Flaubert a su sobrina (24 de enero de 1877) en la que el «maestro» denomina a su «discípulo» como «Guy el calvo».

Pero otros testimonios – no obstante menos seguros – nos proporcionan una relación de trastornos venéreos más antiguos. Un

amigo de Guy, Pierre Giffard, afirma «de un modo rotundo» al doctor Maurice Pillet que Maupassant contrae la sífilis «a los veintitrés años». Y Armand Lanoux llega incluso a insinuar: «No olvidemos el pequeño poema a Jeannette...» (*O.C.*, p. 411) ¡Oh!... ¡a pesar de todo, no exageramos nada!

¿En la segunda mitad del siglo XIX, la medicina francesa era fiable? El doctor Gálerant, al que he interrogado al respecto, responde afirmativamente. Si el descubrimiento del agente patógeno («spirochoeta pallilda») data del 3 de marzo de 1905 (Schaudinn y Hoffmann, en Berlin), la noción de «pequeños gusanos microscópicos vivos en el organismo y reproduciéndose», había sido, desde principios del siglo XVIII, formulada por el médico Desault. Y, desde mitad del XIX, en la época del nacimiento de Maupassant, la descripción clínica de la sífilis había sido claramente establecida con, en primer lugar, los trabajos de Ricord (1852), ese médico al que Flaubert se había propuesto ir a consultar desde el regreso de su fructuoso periplo por Oriente Medio...

Así pues, cuando Maupassant nació, la sífilis estaba bien individualizada y, sobre todo, diferenciada de las demás enfermedades venéreas durante mucho tiempo confundidas en un mismo vocablo: *la vérole*. Pero, como ya he comentado, todavía no se había descubierto y, sobre todo, los tratamientos apropiados todavía continuaban siendo bastante primitivos. Se absorbían altas dosis de mercurio, lo que provocaba sin duda, efectos secundarios inquietantes: caída de cabellos, caída de dientes, etc.

Y sobre todo, cuando se reconstruye, como ha hecho el doctor Lacassagne (*Maupassant et son mal*, 1951, pág. 43-44) el proceso del tratamiento que fue prescrito a Maupassant, se permanece confundido ante las dudas y el incoherente enfoque de los médicos.

En un principio, Guy fue, evidentemente, tratado con mercurio y, desde el verano de 1877, el doctor Landreit de Lacharrière le prescribió una cura en Louèche, en Suiza, estación termal, cuyas cálidas aguas, sulfurosas, cálcicas y magnésicas eran por aquél entonces consideradas como un precioso coadyuvante del tratamiento con mercurio.

Guy partió hacia Suiza, a principios de agosto de 1877, de donde regresó un mes más tarde. Flaubert, estando al corriente por su «discípulo», informa a su sobrina Caroline, el 6 de septiembre, que «las aguas de Louèche le han sido muy buenas para el "sistema capilar"»... Sí, pero ¿se condujo Maupassant como un paciente concienzudo? Se puede dudar de ello seriamente cuando se sabe que Flaubert ha «visto al joven Maupassant regresar de Suiza, a la que ha mancillado mediante unos horrores» (Carta a Tourgueneff, del 6 de septiembre de 1877). Confirmación –¡y precisión! – en Goncourt, al día siguiente 7: «el joven Guy de Maupassant ha llevado su lujuria hasta el pie del Simplon y ha mancillado la patria de Guillermo Tell *encornando* a un farmaceútico.» En definitiva, Guy había sabido amenizar su estancia, y las buenas costumbres no se pierden fácilmente. Por lo demás, durante el viaje de regreso, se permite dar un pequeño rodeo en su itinerario, a fin de catar el burdel de Vesoul. Y eso, ante el estupor de Flaubert, el que, no obstante – ¡Dios lo sabe! – era orfebre en la materia. «¡Menuda pistola¡» comenta, el 6 de septiembre, a su amigo Laporte.

A pesar de todo, el tratamiento parece sin embargo dar unos resultados satisfactorios, puesto que el 21 de enero de 1878, Maupassant confía a su madre que sus «cabellos ya no caen». Uno se pregunta entonces la razón de que el doctor Landreit de Lacharrière interrumpa a partir de entonces el tratamiento. ¿Cómo explicar esa singular decisión? Maupassant explica a su madre, en una carta de julio de 1878, que su médico lo ha «obligado a interrumpir el ioduro de potasio (que) orada el estómago y le produce continuas palpitaciones». Admitámoslo. ¡Pero los médicos incluso llegan a descartar el diagnóstico de sífilis! «Se trata ahora, escribe Maupassant a Flaubert en octubre de 1878, de un reumatismo constitucional que ha afectado primero al estómago, luego al corazón y en último lugar a la piel.» Y sin embargo... 1878 es un «año negro»: melancolía, largas y violentas jaquecas, sensación de frío, – manifestaciones desgraciadamente evidentes de la lenta progresión de la enfermedad. En 1879 se le aconseja realizar mucho ejercicio. Al año siguiente, 1880, ve aparecer los primeros trastornos oculares.

Maupassant sufre de una parálisis acomodativa del ojo derecho que el doctor Abadie, uno de las eminencias de la época, declara incurable. Consultado el oftalmólogo Rendu, ve allí, no un síntoma de la sífilis, sino una señal de neurosis congénita. ¡Aconseja a su paciente que...viaje! ¡Y he aquí a Guy en Córcega! Como los mismos trastornos reaparecen al año siguiente, en 1881, va a atravesar el Mediterráneo y recorrer Argelia y Túnez... Dos años más tarde, en 1883, es el ojo izquierdo esta vez, el que tiene problemas de acomodación. El especialista Landolt – del que se han encontrado sus notas – no revela en ninguna parte el origen sifilítico de esos desórdenes. Una vez más, Guy será clasificado sucesivamente en la categoría de los de los dispépticos, de los neuro-artríticos, de los neurasténicos. En los años siguientes va a multiplicar las curas, a Châtel-Guyon, a Aix, a Plombières, a Divonne, todo ello evidentemente sin resultado. Hasta 1889, va a padecer un martirio: angustias, dolores intestinales, primeros fenómenos de desdoblamiento de la personalidad (1885), alucinaciones... Y siempre, siempre las lacerantes jaquecas. En 1889, padece frecuentes calambres, es víctima de fenómenos de autoscopia (se «ve» entrar a si mismo en una habitación), sus trastornos oculares se agravan...

Es a lo largo de esos años, cuando la sífilis cerebral evoluciona lentamente hacia la meningo-encefalitis que, desde 1890, va a manifestarse de forma variada, a la vez por la aparición del delirio de grandeza (se hace llamar «Señor Marqués»), hipertrofias olfativas y auditivas y sombríos presentimientos. 1891 es el principio del fin: agrafía (las palabras que escribe están a menudo incompletas), desvaríos, tentativa de suicidio. A comienzos de 1892, internado en la residencia de salud del doctor Blanche, en Passy, la chochera invade su espíritu. En 1893 comienzan las convulsiones, – y muere el 6 de julio de dicho año.

Tal fue el largo calvario de Guy de Maupassant, agravado a lo largo de su corta existencia, todo hay que decirlo, por el agotamiento intelectual (uno queda estupefacto al comprobar que en medio de esos sufrimientos casi continuos, Maupassant haya podido elaborar

una obra tan considerable y de tal calidad) asi como por una actividad sexual delirante, ininterrumpida.

Algunas de sus cartas son desgarradoras.

Ya en 1883, escribía a Zola: «Estoy medio ciego desde hace seis meses, cualquier lectura me resulta imposible, escribo casi a tientas.»

Y sobre todo esta última carta, fechada a finales de diciembre de 1891, a su amigo Cazalis:

«Estoy absolutamente perdido. Incluso estoy agónico, tengo un reblandecimiento del cerebro, debido a las lavativas que hago con agua salada en mis fosas nasales. Eso produce en el cerebro una fermentación de sal y todas las noches mi cerebro se filtra por la nariz y la boca en una pasta pegajosa y salada de la que lleno una cubeta entera. He pasado por esto durante veinte noches. Es la muerte inminente y estoy loco. Mi cabeza se pierde. Adiós, amigo, no me volverá a ver.»

Cuídate sobre todo de la caricia
De las muchachas que se encuentran en el camino...

La patada de Venus ha sido terrible.

V

NO SE JUEGA CON LA MUERTE

> « Moussia no ha existido más que en la imaginación de escritores de imágenes mal descritas. Detrás de la heroina de biblioteca rosa, aparece una mujer que vive, que ama, que crea; tras la criatura angélica y desencarnada, aparece un cuerpo de mujer que grita su deseo. »
>
> Colette Cosnier, *Marie Bashkirtseff, un portrait sans retouches*, prefacio, pag. 14.

La rubia Marie – Romanticismo epistolar y discreción asegurada – Una novela en cartas – Una muchacha espiritual – Donde se descubre el humor espeso de Maupassant – «¡Viejo roedor de latínes¡» – Un amor propio herido – Coquetería femenina y envites masculinos – Una carta poco clara – Donde se descubre una confesión transparente ignorada hasta el momento – A propósito de un eventual encuentro – Convicción no es certeza – Una conclusión fundamentada en un eterno juego de palabras.

«Un día, el Sr. de Maupassant, me pidió que le copiase algunas cartas antes de despacharlas al correo, cuenta François Tassart; era, según me dijo, para tener una copia, ya que esas cartas se las envíaba a una desconocida» (*Nouveaux Souvenirs intimes sur Guy de Maupassant*, edición P. Cogny, 1962, pág. 148).

Esta desconocida se llamaba Marie Bashkirtseff. De hecho, Maupassant acabó sabiendo a quién se dirigía. Él escribía a esta joven rubia y diáfana, a esta pequeña rusa plena de talento (y de coraje), pintora de valor, autora de un *Diario* célebre, del cual, por desgracia, las distintas versiones que poseemos son a la vez incompletas y están llenas de errores. Muy recientemente, en su libro titulado *Marie Bashkritseff, un portrait sans retouches* (ediciones Pierre Horay, 1985), Colette Cosnier ha transcrito numerosos pasajes, corregidos o inéditos, pero la publicación exhaustiva del manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional está por hacerse todavía.

Corría la primavera del año 1884. Guy de Maupassant vivía entonces en el viejo barrio de Cannes, en la calle Redan, hoy calle Jean-Dollfus. Fue allí cuando recibió, en marzo, una carta de una mujer, en la que ésta confiesa soñar «muy novelescamente en convertirse en la confidente de (su) hermosa alma», pero añadiendo siempre: «Ahora, escúcheme bien, permaneceré siempre en el anonimato y no quiero incluso verle ni de lejos, su aspecto podría disgustarme, ¿quién sabe? Yo sé solamente que es usted joven y que no está casado, dos puntos esenciales para mí como el azul del cielo. Pero le advierto que yo soy encantadora; este dulce pensamiento le impulsará a responderme.» Para hacerlo, Marie indica a Guy una discreta dirección: « Señora R.G.D. Lista de correos. Oficina de la Madeleine. Paris.»

Desconcertado, Maupassant hizo observar a su corresponsal que le era dificil aceptar, al igual que su anonimato, que fuese su «confidente». Por otra parte no comprendía ese deseo de permanecer desconocida: «¿Qué es lo que el misterio puede añadir al encanto de las relaciones por carta?»

A partir de ahí, va a desarrollarse, entre Guy de Maupassant y Marie Bashkirtseff, un breve intercambio de correspondencia, que va a durar poco más de dos meses, de marzo a mayo de 1884.

Las diversas ediciones de esta correspondencia se componen de seis cartas de Guy y seis cartas de Marie. Colette Cosnier ha publicado una séptima carta de Marie, hasta entonces inédita (*O.C.*, pág. 332) y que declara ser la última. En realidad, Marie escribió una octava carta, sin ninguna duda posterior a ésta. Yo publico aquí esa carta inédita que, por mi parte, considero que probablemente pone punto final al intercambio, en la medida en que nuevos descubrimientos no vengan a desmentir esta hipótesis.

Del mismo modo que las cartas de Marie bullen de espíritu, humor y, tambíen de sensibilidad, las de Guy son de un patetismo lamentable. Se le nota a la vez intrigado e irritado por esta mujer que, visiblemente, se interesa en él – ¿tal vez experimente incluso más que interés?– pero que quiere conservar la distancia y juega agradablemente, contentándose con utilizar los servicios del correo de Paris a Cannes.

Así pues, él comienza planteando unas preguntas:

«¿Puede usted ser una mujer joven y encantadora a la que me haría feliz besar algún día su mano?

«¿Puede ser también una vieja portera imbuida de las novelas de Eugène Sue?

«¿Puede ser una señorita de compañía estudiada y madura y tiesa como una escoba?

«De hecho ¿es usted delgada? No demasiado, ¿verdad? Estaría decepcionado teniendo una corresponsal delgada. Desconfío de todo con las desconocidas.

«¿Es usted mundana? ¿una sentimental? ¿o sencillamente novelesca? ¿o aún una mujer que se aburre – y que se distrae?»

Marie esquiva las respuestas. «¿Y si fuese un hombre?» sugiere en una post data.

Guy (que no elude las bromas, como se sabe...) aprovecha la ocasión. Se divierte entonces en ver, en su corresponsal, a un

«profesor de sexto curso en el Instituto Louis-le-Grand » «¡Ah, viejo sin escrúpulos, viejo peón, viejo roedor de latines, ha querido usted hacerse pasar por una hermosa mujer!» «¿Tiene una hija?, inquiere. Si es así, piense en mí, se lo ruego.»

El martes, 15 de abril, Marie consigna sus reflexiones en su *Diario*: «Me quedo en casa para responder al desconocido, es decir que yo soy una desconocida para él. Me ha respondido tres veces. No es un Balzac al que se adora plenamente. Ahora no lamento no haberme dirigido a Zola, sino a su lugarteniente, quién tiene talento y mucho. Entre los jóvenes es el que más me gusta. Me he despertado, una hermosa mañana, con el deseo de hacer apreciar a un experto las cosas bellas que sé decir; he buscado y lo he elegido a él.»

Ella va entonces a seguir el juego. Firma su respuesta: «Sabiondo, Joseph»! Maupassant, que, decididamente, se divierte cada vez más, le dirige entonces una carta de un humor muy poco sutil, que se termina mediante la siguiente fórmula: «Adiós, mi viejo Joseph, nuestro conocimiento habrá sido bastante incompleto, muy corto. ¿Que le vamos a hacer? Más vale que desconozcamos nuestros rostros».

A Marie no le ha gustado. El *Diario* registra, con fecha de viernes 18 de abril: « Como me imaginaba, todo se ha acabado entre mi escritor y yo. Su cuarta carta es grosera y estúpida.»

Pero, en realidad, no se ha roto todo. Marie se va a decidir, a pesar de todo, a confesar su decepción a Guy, el cual, emocionado, se declara afligido de haberla ofendido y de haberle hecho pasar «un mal día». «Buscad, señora, escribe él, unas razones sutiles que hayan podido afligirme tanto, como la idea de haber hecho pasar una mala jornada a una mujer a la que no conozco.»

Marie está satisfecha: su amor propio ha sido vengado. Anota en su *Diario*: «Rosalie ma ha traído de la lista de correos una carta de Guy de Maupassant. La quinta, es la mejor. Ya no estamos enfadados. Y además, ha escrito en *Le Gaulois*, una crónica encantadora. Me siento más conciliadora. ¡Esto es tan divertido! Este hombre al que no conozco, ocupa todos mis pensamientos. ¿Piensa él en mí? ¿Por qué me escribe?»

Este extracto del *Diario*, reproducido por René Dumesnil (*Maupassant. Études, chroniques et correspondance*, 1938, pág. 321) está fechado por él, el miércoles 23 de abril. Yo creo que es de antes del 30. La crónica a la que Marie hace alusión no puede ser otra que «La jeune fille», publicada en *Le Gaulois* el domingo 27 (Maupassant*, Chronique,* ed. Hubert Junio, 1980, pág. 377-382). Maupassant analizaba allí el *Chérie d'E* de Goncourt y *La Joie de Vivre*, de Zola, y se entregaba a un análisis muy fino sobre la psicología de las muchachas, análisis al que Marie Bashkirtseff no podía seguramente permanecer insensible.

Sea como sea, ella escribió enseguida y representa coquetamente la comedia de la ruptura: «Comprendo sus dudas. Es poco probable que una mujer como debe ser, joven y bonita, se divierta escribiéndole, ¿no es así? Pero, señor, como ... Vamos, ya olvidaba que todo ha acabado entre nosotros.»

La respuesta de Maupassant – que será la última – está fechada, según las distintas ediciones de la *Correspondance*, a «finales de abril». Yo la dataría mejor, habida cuenta de las observaciones precedentes, en los primeros días de mayo. Se puede advertir que ya es hora de interrumpir ese intercambio y, de epistolar, se transforma en más... concreto.

«¿Cómo puedo saber, pregunta él a su corresponsal, que usted no conoce a ninguna de las personas que yo conozco? Pues cuando paso por París, frecuento todas las noches a la alta sociedad. (...)»

«¿Se encuentra usted en los ambientes orleanistas, bonapartistas o republicanos? Conozco los tres (...)

«¿Qué diría usted de una noche en el teatro sin entablar conocimiento, si usted quiere?»

La respuesta de Marie – su séptima carta – fue publicada por primera vez en 1985 por Colette Cosnier. Esta respuesta es imprecisa y oscura. «No quiero verle», confiesa Marie, para, dos líneas más adelante, confiar a Guy lo que probablemente, se ajusta más a la realidad: «No rechazo verle» Y, más adelante «Si esto le cansa, no nos escribamos más. Me reservo sin embargo el derecho a escribirle cuando me pasen algunas atrocidades por la cabeza.» Y concluir:

«¡Verle! ¡Déjeme que le encante por mi literatura, usted ya lo ha conseguido!»

Razonablemente cabe pensar que, a la lectura de una carta tan incoherente, Guy haya optado por encogerse de hombros y dejarla pasar. No respondió.

Pero, durante el mes de mayo (¿o más tarde?), Marie vuelve a tomar la pluma, quizás por última vez.

Esa carta, totalmente inédita, sepultada en medio de una abundante correspondencia privada de la familia Bashkirtseff, permanece conservada en el departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional. Es muy interesante y modifica sensiblemente, creo, la idea que se ha hecho hasta ahora de las relaciones entre Marie Bashkirtseff y Guy de Maupassant.

«Señor,

«No quisiera ser pesada y tengo la sensación de serlo. Le he escrito estupideces, humillada de haber sido plantada al cabo de seis cartas. He releído la última (puedo ordenarlas ya que conservo las copias) y trato de buscar en que he podido disgustarlo tan bruscamente. ¿Soy lo suficientemente humilde? Resulta que sus *hermanas Rondoli* me han hecho pasar un buen momento, es el equivalente a *Ese Cerdo de Morin*. Eso es espíritu y arte. Y sus acciones han subido muchísimos enteros.

«¿Conoce la rama de Salzbourg ? Pues bien, ¡yo me cristalizo por usted! Estoy pendiente de usted. Me enfado cuando usted escribe mediocridades y me alegro de lo contrario, como si fuese yo. En definitiva, yo lo he adoptado. No le pido que me escriba, sé bien que es [*ilegible*] y si yo soy Eloisa, usted no es Abelardo. Es igual, cuando yo le he escrito, usted ha pensado: he aquí una mujer atraída por... lo que usted más ama en el mundo y que podría divertirse de un modo original.

«Usted no puede comprender cuanto me divierte en escribir todo un mundo (?) a un hombre al que no conozco.

«Me gustaría interesarle mucho. ¿Le aburro? ¡Eh! Nadie lo sabrá. Usted me ha insultado y nadie lo ha sabido. Fue un pequeño rinconcito de mundo aparte.

«¿Sabe lo que he hecho? Avergonzada ante mi ama de llaves, que ha regresado varias veces con las manos vacías del correo: Me he dirigido una carta a mí misma (...)»

El final de la carta, que parece no estar completa, se vuelve ilegible por una decena de borrones de tinta. Se distingue: «Yo tendré dos» y «bien, es infantil» (Biblioteca Nacional, departamento de manuscritos, Nuevas Adquisiciones Francesas, 12391, folios 337-338).

Esta carta contiene una auténtica declaración de amor. Que Marie Bashkirtseff ha estado enamorada de Guy de Maupassant, me parece incuestionable. La alusión a la teoría de la cristalización, que Stendhal desarrolla en *Del Amor*) («la rama de Salzbour ») no deja margen al error. «Me cristalizo por usted» Y que decir de esta frase: «Sus acciones han subido muchísimos enteros». El silencio de Guy habría acelerado el proceso de «cristalización». Es extremadamente plausible.

Es desde luego lamentable que el final de la carta esté interrumpida y sea ilegible, pero lo que permanece me parece suficientemente explícito.

Así pues, esta carta vuelve a suscitar el debate que se ha estado planteando acerca de saber, a fin de cuentas, si Marie y Guy se habrían encontrado algún día.

Respecto a un eventual encuentro y – consecuentemente – a una posible relación, uno se encuentra con dos textos contradictorios.

El primero es una carta del mismo Maupassant, escrita más tarde a otra muchacha rusa, la Señorita Bogdanoff, la cual también, querría practicar la novela por mediación de las cartas: «He respondido, en efecto, a la Señorita Marie Bashkirtseff, pero nunca he querido verla (...). Ella ha muerto. Desde entonces, sin que yo la haya conocido, su madre me ha hecho saber que tenía todavía varias

cartas de Marie dirigidas a mí. No he querido saber nada de ellas, a pesar de las solicitudes con las que he sido perseguido.»

Pero, según Pierre Borel (que, desgraciadamente, es demasiado osado en sus análisis y conclusiones), Guy se habría encontrado con Marie en Niza, en su casa, en el nº 65 del paseo de los ingleses. ¿Cuándo? Borel no lo puede precisar. Según François Tassart, Guy habría abandonado la costa Azul el 3 de marzo de 1884. Pero Tassart, que mezcla con frecuencia los datos – e incluso los años – no es una fuente irrefutable.

«¿Qué concluir?», se pregunta Armand Lanoux (*O.C.*, pág. 187). No lo sé.

Pero existiría «en alguna parte» una carta de Marie a una amiga que contendría la prueba de que el encuentro tuvo lugar: «Al fin, lo he visto y he olvidado completamente la desagradable impresión de sus cartas. Me ha encantado, pero sus ojos me han parecido inquietantes. Hermosos ojos profundos, pero a veces, de una fijeza turbadora.» Nunca se ha encontrado esta carta, por supuesto. ¡Probablemente jamás se encontrará! (Cf. Armand Lanoux, *ibid*.)

Todo se reduce a conjeturas.

Personalmente yo considero como posible, sino como probable, un encuentro entre Guy de Maupassant y Marie Bashkirtseff. La carta de la Señorita Bogdanoff no prueba nada. Maupassant ha podido pretender hacer comprender a esta joven rusa que era inútil que lo persiguiesen, y, para hacerse entender mejor, habría alegado el ejemplo de su compatriota, insistiendo sobre el hecho (real o no) de que nunca la había encontrado...

Cuando se quiere desembarazar de una correspondencia pesada, todos los medios son válidos. Pero, por otra parte, Borel, según su habitual falta de rigor, no aclara sus afirmaciones con pruebas sólidas. Queda la carta de Marie a su amiga, que, según mi opinión, «la creo auténtica». Pero es una simple impresión. Queda también la última carta de Marie a Guy, esta carta de la «confesión», que yo acabo de revelar. No puedo creer que a su lectura Maupassant no se haya visto afectado, y que no haya intentado verse con esta

fascinante y extraña joven cuya reputación, con toda seguridad, él conocía. Creo pues que ambos debieron finalmente conocerse – y... ¿quién sabe? Pero es una «íntima convicción», no una certeza.

El 31 de octubre de 1884, Marie Bashkirtseff («Moussia» para sus íntimos) moría de tuberculosis, a la edad de veintiséis años. Sus restos descansan en ese extraordinario mausoleo, edificado en su memoria, que se puede descubrir a la entrada del cementerio de Passy. Y Guy de Maupassant, debe «contentarse», dicho sea de paso, con una pequeña tumba apenas en pie – es un eufemismo...– en un anónimo cuadrado del cementerio Montparnasse, no lejos de César Franck.

Marie se sabía condenada. «Sí, estoy tísica, y la enfermedad avanza», confía a su *Diario* (¡con qué humor negro¡) a principios de 1884. Guy también está condenado, pero sin saberlo. Ambos han jugado con el amor. Pero ¿acaso no lo han hecho sobre todo con la muerte?

Marie Bashkirtseff

VI

ENIGMÁTICA HERMINE

> « En amor hay que atreverse, atreverse sin cesar. Nosotros tendríamos muy poco de amantes agradables si no fuésemos más atrevidos que los maridos en nuestras caricias, si nos contentásemos con la almohada, monótono y vulgar hábito de las noches conyugales.»
>
> Maupassant, prólogo *a Celles qui osent*, de René Maizeroy.

Un hijo famoso – Personas malintencionadas – Un marido bien protegido – De la casa Tellier a la Guillette – Un retrato poco seductor – Lecturas excitantes – Donde se conoce a una gran enamorada romántica – Como resulta a menudo complicado escribir la Historia – Una fructuosa reunión matrimonial – Progresos cada vez más sensibles – Los pequeños regalos mantienen la amistad – « ¡ No tarde ¡ » – Perspectivas sombrías – Una novela por carta – Donde se descubre una Hermine apasionada – Un articulo de prensa que genera problemas – Del arte de tomar precauciones – Fechas poco concordantes – Misterios que se acumulan – Una obra maestra epistolar – « La Sra. X... » se lleva su nombre.

Se ha conservado el recuerdo, relativamente reciente, de Pierre Lecomte du Noüy, biólogo y filósofo, colaborador de Alexis Carrel, que publicó en una década, desde 1942 a 1952, unas obras de las que se habló mucho en la época, tales como *L'Avenir de l'Esprit*, *L'Homme devant la Science*, *La Dignité Humaine*, y sobre todo, *L'Homme et sa Destinée* que fue, a su manera, uno de los best-sellers de los años 50.

La madre de Pierre Lecomte du Noüy, Hermine, fue una de las múltiples amantes de Guy de Maupassant. Y Maupassant conoció a Pierre, nacido en diciembre de 1883, cuando éste llevaba pantalones cortos, – o más bien, unos vestidos, según la extravagante costumbre de la época.

Algunas malas lenguas llegaron incluso a pretender que el futuro autor de *L'Homme et sa Destinée* no era el hijo de su padre, sino del irresistible toro normando. Lo más asombroso, por otra parte, es que ese rumor fue propagado por un cierto doctor Balestre, gran amigo de la Sra. de Maupassant, la cual, sin embargo, utilizó todos los medios (incluso los más reprobables, como se verá) para que la posteridad ignorase todas las locuras de su hijo. Y puede verse – ¡es el colmo! – al mojigato Lumbroso no vacilando en hacerse eco de esta insinuación, en la que no tuvo ningún escrúpulo en presentar como «un secreto de polichinela» (Lumbroso, *Souvenirs sur Maupassant*, Pág. 122). Sin duda, en el espíritu de esos hipócritas «defensores de la moral», un hijo natural, nacido de una dama en particular, tenía, por ese hecho, unas cualidades suficientes para ser «admitido». Pero, personalmente dudo mucho de esa supuesta paternidad, pues las relaciones entre Guy y Hermine no se concretaron antes de 1886. Al menos, me empeño en decirlo, según lo que parece. Una vez más, seamos prudentes... Subsisten zonas sombrías en la historia de la relación entre Maupassant y Hermine Lecomte du Noüy.

¡Enigmática Hermine!

Nacida Oudinot de la Faverie, primogénita de una familia de artistas y de soldados, poseía, en Étretat, una propiedad,

modestamente bautizada «La Bicoque», llamada más tarde, más noblemente, «Le Haut-Mesnil».

«Esta dama, nos cuenta el inefable Lumbroso (*O.C*., pág. 335), es la mujer de un arquitecto destinado en Rumanía y que, muy honorablemente, ha sido el favorito de la reina Elisabeth.» Apreciemos en su justo valor ese «muy honorablemente» y ese púdico «favorito».

Así, ambos esposos, cuyo matrimonio se había celebrado el 10 de febrero de 1877, estaban separados de hecho, Hermine, aunque locamente enamorada de su marido, no pudo decidirse ir a vivir a Bucarest, y su marido, no pidiendo más, y con razón, que permanecer en las orillas del Danubio, «donde prosperaba», como dice Armand Lanoux, no sin un cierto humor, supongo (*O.C*., pág. 231).

Cuando en 1881, Maupassant se plantea adquirir una propiedad en Étretat, quiso bautizarla «La Maison Tellier». ¿Pueden imaginarse los gritos de horror de los amigos de Guy (y sobre todo de las amigas), ante la idea de frecuentar el más célebre burdel literario de la época? Tan es así que, una de sus amigas, su vecina Hermine Lecomte du Noüy, a la que él conocía desde hacía poco, le propone la denominación – más romántica – de «La Guillette», – lo que fue aceptado.

Fue así como Guy y Hermine entablaron unas relaciones que, al cabo de cierto tiempo, acabaron por tomar un cariz... íntimo.

Hermine era muy hermosa. Su nuera, Mary Lecomte du Noüy, esposa de Pierre, la describe «frágil, con cabellos dorados, ojos azules y una agradable voz» (*Lecomte du Noüy, de l'agnosticisme à la foi,* 1956, pág. 15). A decir verdad, parece que al principio, Hermine no se vio seducida por el físico de Guy de Maupassant, del que ella hace una descripción, por lo menos mitigada, en una carta a su marido (¿pero era para disimular?): «Bajito y gordo, con un rostro enrojecido y unos ojos congestionados, de hecho es muy feo, pero muy inteligente. Cecea, pero su conversación es tan fascinante que eso se olvida muy pronto. Se cuida mal, viste mal y lleva unas horribles y viejas corbatas.»

Hermine debió apreciar enseguida, a pesar de todo, la compañía del autor de *Boule de Suif,* pues, desde 1881 o 1882, varios testimonios coinciden en que cuando Maupassant se encontraba en Étretat, no dejaba nunca de ir a pasar sus veladas a «La Bicoque». En aquella época, y desde hacía cinco años, era presa de la terrible y devoradora sífilis y sufría frecuentemente horrorosas jaquecas, que, a veces, lo obligaban a retirarse de los ágapes a los que era invitado. (Mary Lecomte du Noüy, *O.C*., pág. 20.) Su mayor placer consistía en escuchar las lecturas que Hermine hacía. De ese modo se leían las correspondencias de finales del siglo precedente, la de Diderot a Sophie Volland, la de la Señorita de Lespinasse o la de la Señora d'Épinay. Y, a partir de esos textos de «especialistas», se disertaba sobre los goces y peligros del amor. Eterna – y con frecuencia – prometedora conversación...

Dicho de otro modo, creo que la relación entre Maupassant y Hermine Lecomte du Noüy se distingue de las demás por su «tonalidad», por decirlo así. Al principio, no dudo ni un segundo de que Guy, seducido por la frágil belleza de su vecina – no haya deseado a Hermine. Pero parece como retenido y, en definitiva, fascinado por la misteriosa personalidad de esta mujer, muy culta e inteligente, y también siendo consciente de que, a pesar de todo, ella sufre por la separación con su marido, al que continúa amando perdidamente. Pues Hermine es una gran apasionada. Ella prolonga, en este fin de siglo, la tradición de las grandes enamoradas románticas a lo George Sand o a lo Juliette Drouet. Y, naturalmente, acabará siendo autora. Tras la muerte de Guy, publicará anónimamente unos relatos que no serán otra cosa que la trascripción, apenas novelada, de su experiencia personal. *Amitié Amoureuse, En regardant passer la vie* obtendrá en los salones, en el umbral del nuevo siglo, un considerable éxito.

Es muy complicado hacer un relato detallado de esta relación. Los documentos que poseemos actualmente están fragmentados. La correspondencia publicada por Jacques Suffel no contiene más que una parte – y muy pequeña – de las cartas intercambiadas. La familia Lecomte du Noüy, si creo a Jacques Suffel, posee un importante

número de cartas inéditas. Parece que Armand Lanoux ha tenido la posibilidad de consultar esas cartas (que no ha podido – o querido – publicar), puesto que él hace mención a «la colección Mary Lecomte du Noüy que consta de cincuenta cartas de Guy a Hermine y diversos documentos», lo que permite, añade él, «ver con más claridad» (*O.C*., pág. 233.).

He estado tentado a contactar con la familia, que reside en los Estados Unidos. No habiendo recibido ninguna respuesta a mi petición, he concluido, por desgracia, que esos documentos son «reservados» y, finalmente, al menos por el momento, inaccesibles...

No puedo más que trazar un bosquejo de esas relaciones.

Pienso que, hasta 1884, los lazos que han unido a Guy de Maupassant y Hermine Lecomte du Noüy han sido, por parte de Hermine con toda evidencia, más que amistosos.

Fue el nacimiento de Pierre, a finales de diciembre de 1883, lo que los aproximó. Pierre Lecomte du Noüy no fue seguramente hijo de Maupassant. El arquitecto voluntariamente exiliado, volvía de vez en cuando a Francia e interrumpía en ocasiones su regia relación para reencontrarse con su legítima esposa, – y para gran alegría de ésta. Pierre fue producto de una de estas reuniones matrimoniales. Pero, inmediatamente después del nacimiento del niño, el padre se apresura a reunirse con «Carmen Sylva», alias Élisabeth de Rumanía, autora, entre otros, de *Pensées d'une Reine* (1882), obra que redacta en francés, y en cuya elaboración su amante arquitecto tal vez colabore...

En cualquier caso, aunque las primeras cartas de Maupassant a Hermine no dejan traslucir más que una amistosa deferencia («Crea, señora, en mi profunda y respetuosa devoción», 18 de marzo de 1883), desde el invierno 1884-1885, él le escribe ya en un tono más abierto: « Sabe usted lo que me gustaría hacer uno de estos días? Ir a cenar sobre el Sena en Chatou, en una bella noche. Hasta mañana entonces, le beso tiernamente las manos.» ¡Sensible progreso! Mejor aún, un año más tarde, el 29 de noviembre de 1886, Guy envía desde su yate «El Bel-Ami», una invitación a Hermine, proponiéndole ir a

su encuentro en Villefranche. Y se despide con la siguiente fórmula: ¡«Deme sus manos. Le beso también los pies»!

En el transcurso del año 1886, bien podrían haber pasado algunas cosas. Al menos yo estoy convencido. Esta hipótesis me parece confirmada por un extracto de carta escrito en Antibes el día de Navidad de ese mismo año: «Vivo aquí en una completa soledad. He perdido el uso de la palabra y absolutamente otros usos... Os beso las manos mucho tiempo y dulcemente. Mil saludos a vuestra madre, a vuestro padre y a vuestro hermano.» Uno parece encontrarse a Flaubert esforzándose en tranquilizar a su amante Louise Colet, cuando ésta dudaba (y no sin razón) de la fidelidad de su amante. Por otra parte, es de destacar que Maupassant (a diferencia de las primeras cartas) ¡«olvida» hablar del marido! Algunos días más tarde, el 30 de diciembre, se produce un intercambio de regalos. Guy recibe de Hermine un «encantador alfiler de corbata» y él le hace llegar una esclava de oro comprada, en unas circunstancias bastante curiosas, a una anciana necesitada, que le había preguntado si él tenía «una amiga bastante íntima» para ofrecerle un brazalete que ella había llevado...

En julio de 1889, casi cuatro años más tarde, Maupassant, que residía entonces en Triel, propone claramente a Hermine Lecomte du Noüy que pase unos días con él...¡en el hotel! «¿Quiere usted disfrutar de una pequeña estancia en el pequeño hotel de aquí? Pues, en mi casa, no hay ni que pensarlo, teniendo en cuenta que toda la región, en la que viven unos colegas, tiene los ojos puestos en mí. Tomaré como pretexto que usted busca una propiedad para alquilar.» Esta vez, está claro y no puede ser más «típico».

Mejor aún, se descubre, con fecha de 14 de mayo de 1890, esta nota cuyo laconismo incluso parece singularmente revelador: Mi querida amiga. No tarde. Estaremos solos. Os beso las manos.» Se sabe que Maupassant era bastante expeditivo y no apreciaba demasiado los grandes preliminares.

Seis meses más tarde, en noviembre de 1890, otra carta, no menos concisa que las precedentes, pero más misteriosa. Maupassant escribe entonces al hermano de Hermine, Camille Oudinot: «Mi

querido amigo, escríbame unas letras, se lo ruego, y no diga nada a mi sirviente. Si ha mantenido la discreción (?) en lo que a mí concierne, no es así con respecto a los demás. Está intrigado. Y nosotros jugamos ahí con la vida de tres personas. ¿De acuerdo? ¿Estará en casa el lunes? Le estrecho muy cordialmente las manos.»

Fue Maupassant, debo precisar, quién ha puntuado «discreción» con un signo de interrogación entre paréntesis, lo que autoriza a pensar que su confianza hacia François Tassart era sin duda menos completa de lo que se cree generalmente...

¿Pero que pueden significar esas líneas? «Jugamos con la vida de tres personas.» ¡Diablos! ¿Hay que tomar al pie de la letra esta inquietante expresión? Si es así, penetraríamos en sombríos corredores... Decididamente la vida privada de Guy de Maupassant es bastante misteriosa.

Parece que si el carácter de la heroína de *Notre Coeur*, Michèle de Burne, no debe nada a Hermine Lecomte du Noüy, por lo menos en revancha, su físico recuerda a la hermosa vecina de Étretat. Michèle, «esbelta, fina y rubia, graciosa y endeble», es, sin lugar a dudas, Hermine. Homenaje rendido a ese amor «no como los otros», que dura cerca de seis años (tal vez incluso más tiempo) y del que algún día se acabara, ¿ quién sabe ?, por desvelar todos sus secretos.

Queda lo que la propia Hermine ha contado de su relación en sus libros, tras la muerte de Guy. ¿En qué medida esas «confesiones» aclaran esta misteriosa aventura?

Amitié Amoureuse fue publicado en 1897, sin el nombre de la autora. Se trata de una «novela por cartas», precedida de un «Prefacio fragmentado de Stendhal», reproduciendo unos extractos del célebre ensayo *De l'Amour*. La obra estaba dedicada a... la madre de Guy, Laure de Maupassant, la cual, sin duda, no apreció en ningún momento las «divulgaciones indiscretas» de la bella Hermine. Más adelante, sin embargo hubo una reconciliación, al menos oficialmente.

Los «héroes» de esa novela son Denise y Philippe. Se adivina fácilmente su verdadera identidad. Pero utilizando un procedimiento que no confunde a nadie, Hermine, para ocultar pistas, cita en varias

ocasiones, en el transcurso del relato, al mismo Maupassant. No hay que decir que las personas del «mundo» sabían perfectamente que esa pretendida novela no era, en realidad, más que un relato basado en recuerdos vividos.

La intriga es muy simple. Denise está enamorada de Philippe. Durante mucho tiempo, las relaciones son meramente «cerebrales». Luego, Philippe se declara, pero Denise no se atreve a dar el paso, hasta el momento en el que ella comprende que su resistencia es vana. Es entonces ella, quién llega a proponer a Philippe una cita decisiva. Pero Philippe, a su vez, duda e intenta hacer comprender a su amiga que lamentará su gesto. Sin embargo acaba por aceptar la cita. Denise va y, llegando ante el domicilio donde vive su amigo, no se atreve a entrar y, al cabo de dos horas de espera, le ve, de lejos, irse definitivamente...

En definitiva, es un Paul Bourget. Pero, hay que decirlo, un Paul Bourget singularmente sazonado.

Armand Lanoux califica *Amitié Amorouse* de obra «tierna» y «discreta» (*O.C.*, pág. 240). ¡Hay que ver!...

He aquí algunos pasajes que, desde mi punto de vista, modifican sensiblemente la imagen estereotipada que, en general, se ha dado de la rubia y «etérea» Hermine:

«¿No lo veis, no habéis comprendido que inmenso amor hay en mí? Estoy prendada de vuestro porte, de la forma de vuestra mano, de la de vuestros pies; cuando os veo entrar, la armonía de vuestro cuerpo elegante me deslumbra y me atrae. Vuestros cabellos me parecen de un matiz nunca visto, amo la curva que ellos cubren. Vuestros ojos me hacen estremecer cuando se posan de lejos sobre mí; su fijación me roza al igual que una caricia; vuestros ojos me poseen. El movimiento de vuestros labios cuando habláis, parecen atraer los míos. ¡Ah! ¡Estoy loca, loca! prendada de vos completamente, hasta en vuestras imperfecciones, dispuesta a desfallecer de amor con la sola evocación de vuestra imagen» (Carta de Denise a Philippe, pág. 360).

Un poco mejor:

«Tengo miedo de debilitarme bajo la presión de vuestros labios sobre mis manos... ¡Ah! ¡ que voluptuosos son vuestros besos circulando por mis venas y que embriaguez tan completa me producen!» (pág. 363.)

Mucho mejor:

«¡Philippe, mi Philippe, ya no puedo más! Ya no puedo veros, oíros, frecuentaros. Tengo temblores, flujos de sangre al corazón, al punto de desvanecerme. Cuando me miráis, mi carne clama ante vos, hambrienta de vos, loca de vuestra carne.

«Que importa el mundo, que importa la falta, que importa todo, ¡yo os amo!» Antes de morir, tomadme. Mi alma, mis pensamientos son tumultuosos, ya no sé nada, ni sé quién soy ni en lo que me he convertido... Ya no tengo pudor, no soy más que una alucinada de cariño.

«Vivo perseguida de besos imaginarios, ellos me crucifican... y conozco la espantosa miseria de aquellos que aman y deben vivir sin amor» (pág. 364-365).

Esos gritos de deseo, esas desesperadas llamadas a la voluptuosidad, han surgido de una mujer poseída por una absoluta y definitiva pasión. No hay duda de que la madre de Pierre Lecomte du Noüy amó a Guy de Maupassant «con locura». Y el volumen siguiente, *En regardant passer la vie*, escrito en colaboración con un tal Amic, no hizo más que confirmar esa realidad.

Hermine hizo creer que numerosas cartas en esas novelas eran auténticas. Es posible, pero hasta que se pueda consultar el conjunto de su correspondencia estamos sumidos en conjeturas. Es probable que la novelista hubiese «retocado» (procedimiento corriente) un cierto número de cartas. Pero a fin de cuentas, ese problema es secundario. Lo esencial es el tono, que no da lugar a confusiones.

Aun admitiendo que un día se consiga elucidar este aspecto de la historia, no se sabrán los misterios que rodean esta ardiente relación.

El 20 de octubre de 1912, es decir tres años antes de la muerte de Hermine, aparecía en *La Grande Revue*, un extenso artículo titulado: «Guy de Maupassant íntimo. Notas de una amiga.»

Este artículo anónimo relataba un cierto número de recuerdos, a menudo datados, precisos, sin duda alguna auténticos.

Los historiadores de Maupassant, sea Léon Deffoux, Paul Morand, André Vial o Armand Lanoux, se inclinan unánimemente a pensar, sino a afirmar con rotundidad, que la autora de esta confesión no es otra que Hermine Lecomte du Noüy.

En lo que a mí respecta, estoy profundamente perplejo. En efecto, no parece absolutamente imposible identificar de un modo seguro a esta misteriosa redactora.

La «Sra. X...» – llamémosla así, es tradicional en los comentarios – ha tomado sus precauciones:

«No me atrevería a publicar estos documentos, escribe, si no estuviese segura de permanecer siempre desconocida por el público. Tomo mis medidas para que, aquellos con los que cada día me relaciono en el mundo, no adivinen nunca en mí a la autora de estas memorias. En cuanto a los demás, hablo de las personas que conocen el papel que Maupassant ha representado en mi vida, no son todas devotas. Tengo confianza en su absoluta discreción.» «Creo poder afirmar, añade, que soy yo, la misteriosa, la desconocida, de la que nadie, creo, conocía en vida del escritor la amistad que me unía a él, que soy yo, digo, quién tiene la alegría de haber obtenido lo mejor de su alma y los pensamientos más íntimos de su espíritu.»

¡Vamos avanzando!

Desde luego, algunos extraños, muy extraños pasajes pueden hacer pensar en Hermine. Aquél, por ejemplo: «Aquella que Guy de Maupassant hubo conocido era joven, tenía los cabellos rubios, la tez fresca, el porte ligero, la alegría de vivir estallaba en sus claros ojos que no se abrían más que sobre los encantadores horizontes de la vida. Yo soy una vieja dama de cabellos blancos, de mirada apagada.» Este esbozo corresponde bastante bien al físico de Hermine joven. Y nada impide en admitir que en 1912, Hermine, que tenía entonces cincuenta y siete años, se hubiese convertido en «una

vieja dama de cabellos blancos, de mirada apagada». Todos sabemos que a principios de nuestro siglo, una mujer próxima a los sesenta, era efectivamente, «una anciana».

Contrariamente, ciertos detalles cronológicos son radicalmente incompatibles con los que se conocen, con certeza, de las relaciones entre Hermine y Guy.

En primer lugar, el relato del primer encuentro:

«La Sra. X...» afirma que «vio a Maupassant por primera vez en casa de la condesa ... Era una tarde de noviembre de 1884. Yo charlaba con la baronesa de G... y el general D...». Se sabe que fue en 1881, en Étretat, cuando Maupassant y Hermine se conocieron, y se posee un relativo buen número de cartas datadas, muy anteriores a noviembre de 1884. Hermine Lecomte du Noüy, quién no ha dudado en conservar ciertas cartas muy sugestivas, «como si, subraya juiciosamente Armand Lanoux (*O.C.*, pág. 234), hubiese incluso querido dejar que se conociese la verdad, lo que es muy femenino», ¿habría tenido la necesidad de «falsificar la historia» hasta ese punto?» Eso me parece completamente inverosímil.

Otra cosa: «La Sra. X...» habla de «nuestro retiro de la calle R... en Passy» y hace alusión al recuerdo de Balzac. Se trata entonces de la calle Raynouard. En ninguna parte de los documentos que poseemos (en particular en un artículo de Léon Fontaine y Pierre Borel sobre los «Domicilios de Maupassant» aparecido en las *Nouvelles Littéraires* del 18 de enero de 1930) aparece ese «retiro» en cuestión, ni incluso esa calle. Misterio...

«La Sra. X...» pretende haber residido en Aix-les-Bains en 1888. Nada puede corroborar esta afirmación. Misterio...

«La Sra. X...» relata extensamente un paseo en canoa efectuado en Chatou, en compañía de Maupassant, el 16 de junio de 1887. ¡Por fin, una fecha precisa! Desgraciadamente, ningún otro documento puede atestiguar la presencia efectiva de Maupassant en Chatou en junio de 1887. Misterio...

«La Sra. X...» afirma haber visto de lejos a Maupassant en 1892, cuando éste estaba internado en la residencia del doctor Blanche, en Passy. Se sabe que la Sra. de Maupassant había

prohibido radicalmente toda visita y que la dirección del hospital había tomado, en consecuencia, unas medidas draconianas. Georges Normandy (*La fin de Maupassant*, 1927, pág. 183-184) parece confirmar que «la más favorecida, y la más suplicante probablemente, de las visitantes no fue admitida más que una vez a contemplar *de lejos,* a través de un cristal*,* el aspecto físico de Guy de Maupassant, ya paralítico general». Claro está, que Normandy no revela la identidad de esta visitante, por la evidente razón de que él no la conocía. Y no hace, con toda probabilidad, más que parafrasear el pasaje de este famoso artículo de *La Grande Revue*. Misterio...

«La Sra. X...» reproduce una carta célebre, y que continúa (y continuará durante mucho tiempo) sumiendo en la perplejidad a los biógrafos de Maupassant.

He aquí esta carta:

«Túnez, 19 de diciembre de 1887.

[Falta el principio]

«Desde ayer por la tarde, pienso en usted, perdidamente. Un deseo intenso de recibirla, de volverla a ver enseguida, ahí, ante mí, penetra de repente en mi corazón. Me gustaría pasar el mar, franquear las montañas, atravesar las ciudades, nada más para posar mi mano sobre sus hombros, para respirar el perfume de sus cabellos.

«¿No siente alrededor de usted, rondar ese deseo que procede de mí buscándola, ese deseo que le implora en el silencio de la noche?

«Me gustaría sobre todo, volver a ver sus ojos, sus dulces ojos. ¿Por qué nuestro primer pensamiento es siempre para los ojos de la mujer que amamos? Como nos aparecen, como nos hacen felices o desgraciados, esos pequeños enigmas claros, impenetrables y profundos, esas pequeñas manchas azules, negras o verdes, que, sin cambiar de forma ni color, expresan indistintamente el amor, la indiferencia y el odio, la dulzura que apacigua y el terror que hiela, mejor que las palabras más abundantes y que los gestos más expresivos.

«Dentro de algunas semanas, habré dejado África. La volveré a ver. Usted me recibirá, ¿no es así adorada mía? Usted me recibirá en ... »

[Falta el final]

¿A quién va dirigida esta maravillosa carta? A la «Sra. X...» que la reproduce. Pero, ¿quién es la « Sra. X...»? Hay que confesarlo: *no se sabe nada* y no se sabrá sin duda nunca.

En todo caso, estoy convencido, en lo que a mí respecta, que no se trata de Hermine. Armand Lanoux, que ha consultado la colección Mary Lecomte du Noüy, si hubiese encontrado el autógrafo de esa carta, habría descubierto la solución del enigma y, evidentemente, no habría dejado de hacerlo saber.

Finalmente, estaré tentado a creer que la autora del artículo de *La Grande Revue* es, sencillamente, una auténtica «Desconocida», que habrá conseguido, para desgracia de los encarnizados biógrafos, conservar, más allá de los años, su anonimato.

«Él ha colmado mi vida, él ha sido mi héroe y mi dios. Nunca ha dejado de serlo. Su recuerdo es la única alegría de mi existencia.» Tales son las primeras frases del artículo de *La Grande Revue*, con fecha 20 de octubre de 1912.

¿Habrá sido «La Sra. X...» «la más amada», el único amor verdadero de Maupassant?

¡Qué decepcionante conclusión!

Hermine Lecomte du Noüy

VII

UNA ADORABLE PÍCARA

« La mujer mundana es siempre tonta en amor.»

(Máxima de Maupassant referida por su mayordomo François Tassart, *Souvenirs*, pág. 184)

Una nobleza adulterada – Donde se conoce una nueva rama del tronco femenino – Una imprevista invasión – Un harén en pleno París – Tapujos respecto del arte de amar – Como los colegas no siempre confraternizan – La receta del arroz con crema – Una auténtica condesa – Un retrato a lo Balzac – Una virtud muy vigilada – La pícara epistolar – Adoradoras poco atractivas – Los alegres Macabeos – Un biógrafo discutible – Respecto de una encantadora zambullida – ¿Dónde están mis llaves? – Un flirteo frustrado – El drama del desenlace.

Si Hermine Oudinot de la Faverie, de casada Lecomte du Noüy, podía jactarse de una doble partícula, una por nacimiento y la otra matrimonial, sin embargo no frecuentaba el «gran mundo».

Entendámonos. ¿A lo qué se llama «gran mundo» en ese fin de siglo? Desde luego, la noble barriada Saint-Germain siempre gozó de una buena posición, pero esa situación amenaza ruina. El banco y los especuladores van suplantando poco a poco a las grandes familias. Y ese «gran mundo» de los años 1880-1900 rebosa de recién llegados, de «nuevos ricos», ¡cuya «nobleza» no data seguramente más que de la época de las Cruzadas! Un ejemplo: la princesa de Polignac (¡antigua familia!) podía leer en todos los rincones de la calle su nombre de soltera impreso en los carteles publicitarios: había nacido Winnaretta Singer, de las máquinas de coser.

De pronto se veía una nueva raza de mujeres, la raza liberal y melindrosa de las «condesitas». Guy de Maupassant, cuya «nobleza», además, no era demasiado pujante, frecuenta asiduamente a las condesitas y se puede certificar, sin riesgo a equivocarse, que pincha con alfileres un gran número de ellas en su álbum de recuerdos. Sus últimas obras novelescas, *Mont-Oriol*, *Fort comme la Mort* o *Notre Coeur*, atestiguan, se ha subrayado desde hace tiempo, que el autor de *Boule de Suif* y de *La Maison Tellier* ha cambiado de ambiente. Incluso se le ha denominado «el Balzac de las mundanas», lo que es mucho decir, pues Maupassant no es en absoluto Balzac, – y en cuanto a «las mundanas»...

Pero es cierto, a partir de 1885 aproximadamente, Guy se convierte en un «mundano»

Su mayordomo, François Tassart, ese singular personaje que no era sin duda tan simple como pueda parecer, sabía muy bien, siempre atendiendo la mesa, registrar las conversaciones de los invitados a las múltiples cenas, recepciones y otras diversiones de todo tipo presididas por su señor.

Un día, Maupassant da una recepción sobre su yate, el «Bel-Ami». Tassart lleva, con muchísimas precauciones, un enorme montón de cangrejos «de un metro de altura», que, al cabo de unos instantes, se desmorona bruscamente, liberando una cantidad de... ratones, que ¡«se dispersan por todas partes sobre el puente del yate»! Un tipo de broma que, sin ninguna duda, habría entusiasmado a Flaubert.

«De súbito, la Sra. Condesa de O... grita: "¡Oh, oh ! hay uno que sube por la pernera de mi pantalón. ¡A mí! ¡Socorro!..." Luego la Princesa X..., totalmente pálida y trastabillando sus palabras, decía: "Me parece que hay varios que se equivocan de camino. Os los suplico, Maupassant, llame a su gata."

«En ese momento, esas damas huyeron por el puente, subiendo la escalera, levantando bien alto sus ropas sin temor a la mirada de Armand Sylvestre que podía encontrarse entre los asistentes» (Tassart, *Souvenirs*, pág. 66). Armand Sylvestre, colega de Maupassant en el *Gil Blas* desde 1879, era célebre en todo París por su elocuencia, y a quién se le calificaba de «regordete»... ¡Qué maravillosa época!

El 22 de mayo de 1889, Guy ofrece un ágape a varias «damas de rancio abolengo» en su domicilio de la calle Montchanin, 10, cerca de la plaza Malesherbes, ese «apartamento de chulo caribeño», como Goncourt lo denominaba. «Todas, escribe Tassart, estaban poseídas de una alegría que no me explicaba; después de todo, me dije, títulos aparte, son mujeres y como acaban de pasar bajo una antigua puerta de haren del gran Turco transformada en portezuela de un comedor,¡tal vez eso las haya electrizado! Una de ellas quiso a todo trance saber el porqué y el significado de esa puerta de harén. Mi señor, preparado para responder, se echó a reír (...). El señor trataba de explicarse pero no podía conseguir hacerse entender, pues todas hablaban a la vez y cada una quería una explicación particular; lo rodearon, formando un estrecho racimo; estaba absolutamente tomado al asalto» (*id*. pág. 142-143).

En otra ocasión, Maupassant invitó a «la alta sociedad» a una excursión por el Sena a bordo del «Saint-Georges», un yate de

placer. La noche era clara. Una joven condesa divisó una estrella fugaz y exclamó: «¡Oh! ¡es un beso enviado a la tierra por el cielo!» Luego, dirigiéndose a Guy: "Estoy segura, señor de Maupassant, dijo, que usted sabe alguna cosa sobre el beso de esos poderosos elementos " – Bien poco, señora, lo lamento. Pero sobre el arte de besar, del amor, si usted prefiere, vea lo que nos dice Michelet sobre los habitantes de los mares y también sobre ciertos vegetales, ellos saben darse felicidad por encima de todo lo que... "

«La dama no lo dejó acabar; lo tomó precipitadamente del brazo y se fueron al otro extremo del barco a acabar su conversación, para gran decepción de los demás invitados que querían también oír el fin de la explicación.

«Hubo recriminaciones, se les obligó a regresar; ambos reían y fue casi necesario llevarlos a rastras a sus lugares, pero fue imposible obtener el menor esclarecimiento sobre la definición del Beso y del Amor.» (*id.* pág. 189-190).

Los queridos colegas no aprobaban siempre esas relaciones del autor del *Bel-Ami*. El venenoso Edmond de Goncourt (que nunca perdonó a Maupassant el haberse mofado de la «escritura artística» en el prefacio de *Pierre et Jean*) se despacha a gusto en su *Journal.* Tres días después de la muerte de Maupassant, el 9 de julio de 1893, escribe: «El éxito de Maupassant con las mujeres más *putas* de la sociedad, confirma su gusto *canalla*, pues jamás he visto en un hombre de mundo una tez más sanguinea, unos rasgos más comunes, una arquitectura de pueblerino, – y por añadidura unos trajes con aspecto de venir de *La Belle Jardinière* y con sombreros calados por detrás hasta las orejas. A las mundanas les gustan decididamente los bellos *burdamente* bellos; las coquetas son más difíciles, a éstas les gustan los bellos *delicadamente* bellos.» Y seis meses más tarde: «Eso no es nada elogioso para el gran mundo, ese entusiasmo amoroso hacia ese hombre de aspecto de vendedor de vino, viviendo rodeado de la *canallesca* de su interior. Se puede adivinar que es de Maupassant de quién hablo» (21 de diciembre de 1893).

En ocasiones, ese tipo de animosidad «confraternal», a base de envidia, a punto estuvo de convertirse en drama.

Fue así como Paul Duval, alias Jean Lorrain, nacido en Fécamp, narrador, novelista, cronista, etc., soportaba difícilmente los éxitos (literarios y demás) de su compatriota. Éste escribe una novela titulada *Très Russe*, que aparece en 1886 y en la que, el protagonista, Beaufrilan (patrónimo transparente, ya que Maupassant firmaba a veces sus crónicas con el pseudónimo de «Beaufrigneuse») es presentado como «el semental modelo, literario y plástico de la gran cuadra de Flaubert, Zola y Cía, vencedor en todos los concursos de Cítara y premiado hasta en Lesbos fuera de concurso (...), arrastrando un pesado hato de viejas histéricas, marisabidillas de alcoba, prendadas del bello macho que él se jacta de ser».

Maupassant no lo aprecia. Y aún menos sabiendo que esos ataques provenían de un homosexual, y él tenía horror hacia los homosexuales. Provoca a Jean Lorrain a duelo. El asunto se arregló, habiendo Lorrain jurado, no sin humor, por sus grandes dioses, que su Beaufrilan había sido concebido según varios modelos... ¡como Bel-Ami!

Sea lo que sea, ¿Maupassant disfrutaba verdaderamente en ese «mundo»? Se puede dudar si se cree a François Tassart quién recibía sus confidencias.

¡En ocasiones, la fatiga se hacía sentir! «Mi señor parece cansado y no lo oculta, ve demasiado mundo y sobre todo recibe demasiadas invitaciones; no cesan de acosarlo» (*O.C.,* pág. 73). Y sobre todo, no se engañaba: «Mire usted, confiaba a su mayordomo, esas damas de mundo no tienen nada que guste; tienen espíritu, es cierto, pero el espíritu lo hace el molde, como un pastel de arroz acompañado de una crema. Su espíritu viene de su instrucción en el Sagrado Corazón; siempre las mismas frases, hechas con las mismas palabras – ¡eso es el arroz! Luego, todas las banalidades que ellas han absorbido en la sociedad después – ¡eso es la crema! Y siempre os sirven el mismo plato. Usted sabe cuanto me gusta el arroz, pero incluso lo rechazaría si tuviese que comerlo todos los días» (*O.C*., pág 76)

¡Comienza a hartarse de las «condesitas»! Ellas le hacen pasar buenos ratos, pero no demasiados. A esa tropa le falta pimienta. Las

auténticas «mundanas» se hacen raras y no se las conquistan sin miramientos, – pero, ¿quién sabe?...

Nuevo enigma: ¿Se convierte Maupassant en amante de la condesa Potocka?

Emmanuela Pignatelli di Cergharia era una auténtica condesa, hija del duque Di Regina y de una «devota romana», como dice Armand Lanoux (*O.C*., pág. 177). Se casa con el conde polaco Félix-Nicolas Potocki, agregado a la embajada austro-húngara. Según el conde de Vaux, un amigo de Maupassant, Potocki era «uno de los deportistas más distinguidos de la colonia extranjera de París. Se le encuentra por todas partes donde se el mundo elegante se codea: es uno de los extranjeros más parisinos de París. Hombre de una gran distinción, de una considerable fortuna, el conde Potocki pertenece a las tradiciones de alta alcurnia» (*Les tireurs au pistolet*, 1882, pág. 109).

Esta cosmopolita pareja ocupaba un palacete particular y suntuoso en el número 27 de la avenida Friedland, convertido más tarde en sede de la Cámara de Comercio. Este palacio era, en la época, llamado el «Crédito Polaco», – ¡acogía a una multitud incesante de refugiados mendigantes!

Emmanuela sedujo e inspiró algunas bellas plumas de su tiempo. Paul Bourget, que estuvo lejos de ser insensible a sus encantos, la describió en su novela *La Duchesse bleue* (1898) bajo los rasgos de su protagonista Camille Favier, «veintidós años, una tez de color rosa-té, una boca triste en reposo y tierna al sonreír, ojos azules, para acabar la sinfonía, de un azul pálido, pálido, pálido, con un punto negro en medio, que algunas veces crecía hasta invadir toda la pupila, cabellos color tabaco de Oriente, y delgada y ligera, y joven, joven...» (*La Duchesse bleue*, pág. 16.) Jacques-Émile Blanche, el hijo del célebre doctor Blanche, el alienista que trató a Gerard de Nerval y a Maupassant, se enamoró con locura de la Potocka y trazó un detallado retrato que parece reflejar la fascinante realidad de esta mujer: «La mirada de Emmanuela lo era todo, en un rostro pulido como una manzana. Sin maquillaje, sin empolvar, dejaba tras de sí un halo de “Shaw’s Capriche”, perfume inventado

exclusivamente para ella por Guerlain. Un pañuelo de gasa anudada bajo el mentón y un collar de perlas eran su único aderezo. No se la había visto jamás escotada. Por la noche, ni tiara, ni diamantes. Pecho plano, sobre una talla ancha, el cuerpo corto y hombruno, manos de dedos cuadrados al extremo. Se cubría con una bata en casa, y, fuera, con una levita de piel o de paño oscuro. Su porte modesto, aunque de una elegancia única, contrastaba singularmente con las faralás de moda. Bonnat había pintado su retrato, de pie. El lienzo estaba sobre un panel del salón como un icono, iluminado por un reflector. ¡Qué presencia!» (*La Pêche aux Souvenirs*, 1949, III, pág. 163)

En cuanto a Maupassant, en ella se inspira, en parte al menos, para describir a Christiane Andermatt, la protagonista de *Mont-Oriol* y la baronesa de Frémines en *Notre Coeur*, «pícara neurótica, conocida en todo París como la más extravagante de las mundanas del auténtico mundo».

¡La «Pícara»! Es así como se calificaba frecuentemente a Emmanuela Potocka, que, en otras ocasiones, respondía al sobrenombre, un poco más reverente, de la «Patrona».

En cuanto a la pareja Potocki, no sobrevivía más que en apariencia, el conde «ofrecía sus homenajes», como se dice púdicamente en el gran mundo, a Émilienne d'Alençon, hija de la duquesa Sophie, princesa de Baviera.

Emmanuela no era de fácil acceso. Calientabraguetas, fría, calculadora e irónica, se divertía contemplando la corte de adoradores que rondaba a su alrededor en su salón, y cuya calidad no era siempre compatible con la idea que ella misma se hacía de su propio valor. Es cierto que allí se encontraban insulsos personajes, como los pintores Gervex o Jean Béraud, e incluso jovencitos transidos de amor como Jaques-Émile Blanche, que acababa de cumplir veinte años cuando la conoció. Emmanuela, bajo unas

apariencias muy liberales, sabía hasta donde permitir las intimidades. Y los hombres que la deseaban no podían jactarse de saber si algún día podrían o no conseguir su objetivo. Incluso se llega a pretender, al menos eso afirma Paul Morand, que ¡«unos perros feroces vigilaban su castidad y su habitación de columnas doradas»! (*Vie de Maupassant*, pág. 157) En cuanto a Gervex, repetía a quién quería escucharle, que la Potocka «era virgen», lo que, a pesar de todo...

Se posee, gracias a Jacques-Émile Blanche, una descripción del «estil » de Emmanuela: se trata de una carta que ella le escribió el 23 de agosto de 1882, cuando a la edad de viente años, Blanche representaba en cuerpo y alma el rol de Querubín ante esta irónica condesa.

«Querido Bibi Jojo,

«No me gustan las viejas cabezas del Louvre. Si se trata de una Madona o la Venus del Milo la que recordáis mirándome, mejor haríais no diciéndomelo. Pensáis sin duda en la buena amiga de vuestro viejo (la última), en la Venus de Amaury Duval. Creedme, no sabéis escribir a las mujeres. Eso se aprende. Creed en mi experiencia, yo, vuestra amiga. Pero, ¿lecciones de usted? ¡Ah! nada de eso para mí, Bibi Jojo...

«¿Qué es lo que hacéis por ahí? Encuentro París un lugar exquisito en verano. Tenéis el ejemplo de vuestro padre, su pasado de rompecorazones. ¡Venid! Las madres no tienen necesidad de sus hijos, la vuestra tiene a Gervex y a sus otros gígolos. Que su tata Dye pasee el carlin que he hecho engrasar para ella. Espero que los baños de mar cálidos le vayan bien a vuestra rodilla, la claudicación desaparecerá. Ya es hora. Hasta pronto. Emmanuela.

De hecho, dicho sea de paso, se sabe que el serio doctor Blanche sabía también, distraerse cuando dejaba su célebre residencia de salud.

Un mes más tarde, Querubín recibía otra carta, en cuya post-data podía leerse este prometedor reproche:

«Todavía no me habéis besado, pero ahí, donde se besa a una mujer. El besamanos ensucia el puño, tanto que llevo conmigo unos guantes contra la glotonería de los famélicos» (25 de septiembre de 1882, *La Pêche aux Souvenirs*, III, pág. 158-159).

Tal es esta enigmática condesa a la que Maupassant frecuenta bastante asiduamente durante al menos seis o siete años.

¿Puede precisarse cual fue la naturaleza de sus relaciones?

Maupassant fue presentado a Emmanuela en 1882 por su amigo Georges Legrand y, desde el año siguiente, él no dudaba en atribuir el éxito de *Une Vie* a este providencial encuentro: «Estoy encantado, escribía a la condesa, *Une Vie* marcha de maravilla. Nada podría darme mayor satisfacción que este éxito. ¿Sabe usted que se lo debo en gran parte? Es de rodillas como quiero agradecérselo.» ¡Excelente entrada en materia!

Sin duda alguna, la Potocka consideraba a Guy de Maupassant como el ornamento más prestigioso de su salón y probablemente el más seductor de sus admiradores, cuyo reclutamiento, en verdad, dejaba un poco que desear: se encontraban allí magistrados, padres de familia, filósofos como Edme Caro, un viejo reumático, el conde de Rambuteau, un patizambo, Gustave Schlumberger, miembro de la Academia de las Inscripciones y Bellas-Letras, o aún un Paul Bourget que no detestaba, lejos de eso, esa bagatela, pero que acabaría abandonando su mundo femenino por sus cursos de psicología. (J.É. Blanche, *O.C*., III. pág. 160-161)

Todos estos hombres arrivistas y condecorados babeaban de deseo ante la joven y despampanante Emmanuela, llegando incluso a «inventar siempre descabellados pretextos para dirigirse al palacete Potocki» (*O.C., ibid*.). Pero la «Pícara» no debía sentirse demasiado satisfecha con los deseos de esos adoradores canosos que corrían tras ella.

Ella había pensado reunir su corte, en fecha fija, en una gran cena, con vajilla roja, vasos de cristal, jarrones de rosas y criados con librea, — la «cena de los Macabeos». Cada invitado estaba obligado a representar el rol de un «muerto de amor». Pero entendámonos bien: Emmanuela no tenía la intención de resucitar la mitología

romántica. Convenía estar muerto, no de desesperación, ¡sino de agotamiento! Inútil decir hasta que punto el autor del poema *Au bord de l'eau* («He aquí el muerto de amor con su lavandera...») se sentía allí a sus anchas. Los laureados recibían un «colgante», joya emblemática que contenía la siguiente leyenda: «Quién me ama me sige», lo que implicaba un compromiso por parte de los «puercos» (cf. J.-É Blanche, *O.C.*, III, pág 160). Que la cena de los Macabeos acabase por convertirse en una pura y simple bacanal de unos juerguistas, no impedía al digno conde Potocki abandonar a veces su principesca relación para ocupar el sillón presidencial y rendir así homenaje a la imaginación de su legítima esposa.

«Hay en ese desbarajuste algún complejo que papá debería estudiar», se decía Jacques-Émile Blanche (*ibid*.). ¡Cuánta razón tenía!

Pero al final, Emmanuela y Guy... ¿sí o no?

Una vez más, por desgracia, hay que correr tras los documentos.

Ante todo, una anécdota referida por Pierre Borel, quién la supo, según afirma, por Léon Fontaine, el «Petit Bleu» de los años de remeros. ¡Desconfíe! Borel utiliza para Maupassant los mismos métodos que el ilustre Gérard-Gailly para Flaubert, es decir referencias de un tercero. Una vez más, Armand Lanoux, que es un biógrafo más serio, considera esta anécdota auténtica, pero siempre emitiendo reservas sobre la identidad de la persona – ¡lo que, no deja de ser molesto¡ ¿Se trata de la «Pícara»?

Un día, Maupassant atraca en el islote de Saint-Ferréol en compañía de una mujer. Emmanuela, según Léon Fontaine. Admitámoslo. Apenas en tierra, la mujer huye corriendo, ocultándose detrás de un matorral, regresa desnuda y se zambulle en el mar, como una sirena, bajo los ojos deslumbrados de Guy que, desde el día siguiente, le escribe, todavía jadeante: «Te amo, te busco. Todavía tengo tu cálida sombra en mis brazos.»

La anécdota, en sí, es más que verosímil. Pero yo participo del escepticismo de Armand Lanoux quién juzga que esta «bonita escena» es «difícilmente conciliable con la psicología de esta fría

antorcha» (*O.C.*, pág. 249) que era Emmanuela Potocka. A menos que se tratase de un arrebato momentáneo... ¡No se sabrá jamás!

¿Y la correspondencia, o, más exactamente, lo que ha sobrevivido a las destrucciones y a las dispersiones?

Una carta, redactada «algunos días después del 14 de julio de 1889», relata una aventura bastante graciosa y que demostraría tal vez una cierta intimidad: llegando a Saint-Germain-en-Laye, Maupassant de pronto se dio cuenta de que había llevado por descuido las llaves y el portamonedas de Emmanuela, a quién acababa de visitar. ¡Pero el que se haya llevado las llaves del apartamento de una mujer sin hacerlo intencionadamente no implica necesariamente que acabe de acostarse con ella!

De otras cartas puede deducirse que Maupassant habría deseado «llegar a algo» con la «Pícara», pero que... «Os beso los pies y las manos, mi querida amiga, – y creo que es bien poco», se lamenta (carta datada por Jacques Suffel «después de 1884.) «Pero pienso en las otras personas con las que me gusta hablar. ¿Conoce usted a una de ellas? Ella no tiene el respeto de rigor por los Maestros del mundo (¡qué estilo!) y es franca en su pensamiento (al menos yo lo creo), en sus opiniones y en sus enemistades. Y es por ello por lo que pienso a menudo en ella. Su espíritu me da la impresión de una franqueza brusca, familiar y seductora. Es sorprendente, llena de imprevistos y de un extraño encanto. Por desgracia no pude todavía creer (no sé por que) en su tenaz simpatía. (13 de marzo de 1884).

Sí, creo que esta última frase está cargada de sentido. Un día, Maupassant confía a Maurice d'Hartoy su decepción por no haber podido «conocer bíblicamente» a Emmanuela. Él fue encendido como los demás y (como los demás, creo) debió contentarse con un largo flirteo episódico, pero que no concluyó en nada más.

El destino de estos dos seres, que se han frecuentado, que se han admirado, que – ¿quizás? – se han deseado, debía en cualquier caso, cumplirse trágicamente.

En 1893, Guy de Maupassant acababa su corta existencia tras los barrotes del manicomio.

Cincuenta años más tarde, en 1943, la condesa Emmanuela Potocka, una de las más deslumbrantes figuras de la «Belle Époque», a la edad de ochenta años, completamente arruinada, abandonada, iba a acabar, para morir allí, en un hotelucho del barrio de Auteuil.

¿Pensaba ella entonces, cuando oía resonar sobre el pavimento de su calle el rítmico ruido de las botas alemanas, en los centelleos de los candiles, en los brillos de la vajilla roja y en las explosiones de risa de la compañía de los «Macabeos»? ¿Revive ante sus ojos el paso de la silueta enorme y encantadora de su más famoso admirador?

Se descubrió su cadáver, que unas ratas royeron, junto a su último lebrel.

Emmanuela Potocka

VIII

MARIE, LA BELLA « MORIBUNDA »

> « Esa hermosa y distinguida Sra. Kann, ¡ qué manía con ese maquillaje macabro bajo los ojos, ese maquillaje cadavérico ¡ Si obtenía sus favores, me parecía que saldría de sus brazos, con la alucinación de ser el sargento Bertrand, ese militar que violaba a las muertas en el cementerio Montmartre.»
>
> Edmond de Goncourt, *Journal*, 21 de septiembre de 1890.

Una estrella de Oriente – Un salón en la calle de Grenelle – Edmond de Goncourt rendido bajo el encanto – Un retrato «artístico» – El ídolo de los bien pensantes – Un rapto en palacio – Como desaparecía a veces la correspondencia sin dejar dirección – Las «Bellas Amigas» – Una heroína identificada – Donde se constata que una Cena de Nochebuena puede ser misteriosa – Absolución final de la bella «moribunda».

El palacio de la avenida de Friedland no era únicamente un harén de hombres. Emmanuela Potocka invitaba a las amigas de sus amigos. Fue de este modo como hasta 1890, se vio a menudo a Paul Bourget, el ídolo de los bien pensantes, entrar en el salón de la «Pícara» del brazo de su musa, una judía de origen ruso, Marie Warshawska, de casada Kann, que compartía con su hermana, Lulia, de casada Cahen d'Anvers, el palacio del mariscal de Villars, en el número 118 de la calle de Grenelle.

Estas dos mujeres, sobre todo Marie, van a desempeñar un papel tan determinante como misterioso en el psicodrama que se representa en el transcurso de los últimos años de la vida consciente de Guy de Maupassant, de 1890 a 1892.

Marie Kann, claro está, también tenía un salón. Allí se apretujaban, otro Paul Bourget que, durante varios años, se jactaba del título de «amante de corazón», Edmond Rostand, que no despreciaba los placeres mundanos, el profesor Widal, el vencedor de las fiebres tifoideas, que se había propuesto desintoxicar a las condesas morfinómanas, Bourdeau, el traductor de Schopenhauer, que distribuía a todos esos vividores su dosis vital de pesimismo de buen tono, el conde Primoli (apodado «Gégé») y, surcando con su sotana las filas atestadas de bellas pecadoras, el indispensable abad Mugnier, que repartía equitativamente entre sus numerosos penitentes sus indulgentes bendiciones.

El gruñón Goncourt también parece haber sido literalmente fascinado por Marie Kann. Mientras que Emmanuela no tiene derecho más que a tres cortas alusiones en el famoso *Journal*, Marie ocupa allí un lugar nada despreciable. En nueve ocasiones, y extensamente, Goncourt parece embobado por esta encantadora mujer : «Sobre un canapé está indolentemente sentada la Sra. Kann, con sus grandes ojos circulares, totalmente maquillados, su tez de rosa-té, su negro lunar sobre un pómulo, su boca con rictus burlón, su escote con la blancura de una garganta de linfático, sus gestos perezosos, quebrados y en los que sube, por momentos, como una fiebre. Esta mujer tiene un encanto a la vez moribundo e irónico completamente singular y en el que se mezcla la seducción particular

de las rusas: la perversidad intelectual de los ojos y el ingenuo timbre de la voz. Y de vez en cuando la débil persona, con languideciente gracia, es sacudida por una pequeña tos seca.

«Realmente, es muy abierta a la curiosidad amorosa; y sin embargo, si yo fuese aún joven, todavía en búsqueda de amores, no quisiera de ella más que su coquetería: me parecería que si se entregase a mí, yo bebería de sus labios un poco de muerte. A veces cruza los brazos de un modo que me hacen pensar en un cuerpo dentro de un ataúd.(...)

«En el umbral del pequeño salón, en el hueco de la puerta, la Sra. Kann esta sentada de lado, el mentón apoyado sobre del dosel de una silla, destacándose de un fondo casi enteramente cubierto por su gran retrato de pie, pintado por Bonnat e iluminado todo el día» (7 de diciembre de 1885).

Ocho años más tarde, el 1 de julio de 1893, mientras Maupassant agonizaba a cinco horas de su muerte, Goncourt, en su setenta y dos aniversario, se confiesa aún hechizado por los encantos de esta mágica eslava: «La Sra. Kann es siempre muy excitante con sus ojos maquillados, su lenguaje melancólicamente pícaro, su frágil distinción, su ultrajante escote; es la mujer seductora de la seducción malsana de la *moribunda*.»

«Me da la impresión de que si se entregase a mí, bebería sobre sus labios un poco de muerte.» Una intuición que hace estremecer: se ha «acusado», en varias ocasiones, a Marie Kann de haber sido una de las responsables directas (sino la única responsable) de la tentativa de suicidio de Maupassant, a finales de diciembre de 1891, y, en todo caso, de su rápido descalabro intelectual.

¿Acusación con o sin fundamento?

Paul Bourget, el autor del famoso *Disciple*, ese ataque en toda regla contra Taine y los «malos maestros», Paul Bourget, a quién la imaginería tradicional y bien pensante lo cubre de una escrupulosa virtud, era en realidad un díscolo, gran aficionada a las mujeres. La desgracia para él, es que parece que sus capacidades no habían podido siempre satisfacer sus deseos. Sin embargo fue, con toda seguridad, el amante de Marie Kann. Incluso la inmortaliza en 1890

(seamos justos: «inmortalizar» es mucho decir) en *Un coeur de femme*, una de esas novelas de fin de siglo que nadie volvió a leer, bajo el nombre de Juliette de Tillières, patrónimo aristocrático al estilo de Octave Feuillet.

Bourget, además de sus mediocres dones naturales, cometía ante las mujeres la torpeza de imponerles su presencia, por medio de lecciones de «psicología». Al final, una se cansa. Y una buena noche, Maupassant, que no tenía demasiada costumbre, cuando había decidido conquistar a una mujer, de penetrar en el laberinto de las contorsiones psicológicas, arrancó literalmente a Marie Kann de los deficientes brazos del autor del *Disciple*. El asunto ocurrió en el salón de la Potocka, la cual no vio en ello ningún inconveniente.

Hay que decir que Guy fue ayudado por las circunstancias. El legítimo esposo de Marie acababa de advertir a su esposa que estaba decidido a dejarla sin recursos si ella se obstinaba en «hacer feliz», como se dice en las altas instancias, a su psicólogo favorito.

Goncourt, siempre al acecho, consigna en su *Journal*, con fecha 6 de septiembre de 1890: «El marido habría dicho como un mantenedor le diría a su amante, tal vez más duramente: "Querida, hay que elegir entre yo y el Sr. Bourget y tú eligirás, porque no tendrás más dinero de mí y que Bourget no podrá darte."» Y Edmond añade esta frase que acaba por aclarar todo: «Pero la Kann tendría miedo de Maupassant, que la trata como un negro, y se resigna a soportarlo.» Guy, en efecto, tenía mucho mejor que Bourget, los medios de mantener su tren de vida.

Con esto asegurado, se es absolutamente capaz, en el estado actual de nuestros conocimientos,– y presumo que por mucho tiempo – de describir con detalle la relación entre Guy de Maupassant y Marie Kann.

Ella presume, en los años 1920, de haber recibido (y conservado) ¡mil quinientas cartas! de Guy, que releía religiosamente ¿Qué ha ocurrido con esas cartas? ¿Han sido destruidas? ¿Pertenecen actualmente a algún poseedor oculto en un extremo del mundo? Están permitidas todas las hipótesis.

«Lo que sabemos de esta aventura con Marie Kann no es gran cosa», confesaba, disgustado (¡ya sería menos!) Paul Morand (*O.C.*, pág. 165)

Parecería – el condicional se impone – que Maupassant haya conocido a Marie Kann desde 1885 y, casi con toda seguridad, en el domicilio de Emmanuela Potocka. En la correspondencia actualmente disponible, edición Jacques Suffel, una carta dirigida a la «Pícara» y datada (pero con un signo de interrogación) en 1885, testimonia que Guy mantiene relaciones epistolares con Marie: «Acabo de escribir a la Señora Kann para rogarle que no falte a la excursión del sábado. No jugamos a hacernos unas diabluras de las que somos las primeras victimas, nos limitamos a las gamberradas que molestan a los demás. A mí me gustan mucho esas excursiones, aunque me burle algunas veces, y me gusta mucho más hacerlas con la Señora Kann que con la Señora Legrand cuya conversación languidece un poco después de cenar.»

Paul Morand (*O.C.*, pág. 167), reproduciendo esta carta, subraya con justicia que «la vivacidad ligeramente guasona de la frase, concuerda mal con la evocación de la mujer amada». Si la carta es de 1885, se puede estar seguro, en efecto, de que Guy y Marie todavía no son amantes.

Cuatro años más tarde, a finales de junio de 1889, Maupassant escribe, desde Triel, en dos ocasiones, a Bourdeau haciendo alusión a sus «bellas amigas». «Nuestras bellas amigas frecuentan mucho ese lugar; quizás sea eso lo que las distrae.(...) Una de ellas, la que usted prefiere, me da la impresión de estar bien, de estar más alegre y de vivir con cierto placer (...) Menos intelectual (ella tiene razón), frecuenta los establecimientos de danza árabe de la explanada de los Inválidos, y todos los pisos de la Torre Eiffel donde almuerza, siempre encantadora y de igual humor, está más bella que nunca, y deliciosamente amable (...)

«La otra es, en este momento, una maravilla de simpatía. No la he visto tan extraña, imprevista, bromista y despectiva. La saboreo cada vez que regreso a París – una vez por semana – pues me divierte verdaderamente mucho.»

Jacques Suffel, siempre prudente, «precisa»: «Se trata de las hermanas Warshawska, Sras. Cahen d'Anvers y Marie Kann. » En cuanto a distinguir la una de la otra...

Tres meses más tarde, en septiembre de 1889, siempre en una carta a Bourdeau: «Nuestras bellas amigas están tan dispuestas como siempre, usando la misma estrategia para hacer girar las mismas cabezas. Se comen los mismos platos, a la misma hora generalmente. Se acuestan también a la misma hora. Pienso que hacen siempre las mismas cosas. Es al menos lo que he podido saber.»

Todo esto no ilumina con una cegadora claridad.

En suma, eso no es demasiado adelanto. Si se cree a Armand Lanoux, Maupassant habría encontrado a Marie en Gérardmer, en 1890, en el chalet que pertenecía a su hermana Lulia (*O.C.*, pág. 331). Es posible, puesto que una carta de Maupassant a Cazalis datada (hipotéticamente) en 1890, contiene esta frase: «Tenga la bondad de decirme mediante unas palabras, a la Divina Perfección donde paso una semana, que tiempo tenéis en Aix.» Jacques Suffel apunta: «Maupassant pasaba algunos días con los Cahen d'Anvers, en su chalet de Gérardmer» ¿Quién es esta «Divina Perfección»? ¿Marie o Lulia? Vaya usted a saber... Jacques Suffel precisa que, según él, esta carta es del mes de agosto de 1890. Eso correspondería entonces, con el principio de la relación. ¿Después de haberle «arrebatado» Marie a Bourget, Maupassant tomó el camino de Gérardmer con ella? Tal vez...

En fin, Armand Lanoux indica una carta de febrero de 1891, en la que Maupassant parece, mediante palabras veladas, anunciar su intención de acabar con su vida: «Tengo miedo de que el hastío no me decida a continuar por este inútil camino.» Armand Lanoux considera esta trágica frase destinada a Marie Kann, «La Musa oficial» (*O.C.*, pág. 341).

He aquí lo que se sabe, – de momento.

Pero lo que es seguro, por el contrario, es que María Kann sirvió de modelo a la última protagonista de Maupassant, Michèle de Burne, de *Notre Coeur*. Pierre Cogny lo ha establecido de modo

irrefutable en la notable edición crítica que ha publicado de esa novela, en 1962.

Y este hecho, tal vez mejor que los documentos, prueba cuan presente ha estado Marie Kann en la vida de Maupassant, antes del trágico desenlace.

La noche del 1 de enero de 1892, Guy intenta suicidarse. Ahora bien, ¿qué sucede una semana antes, durante la noche de Navidad?

Se aborda aquí uno de los más impenetrables misterios de la vida de Maupassant, en la que, Dios sabe que no han faltado...

En este fin de año de 1891, Laure de Maupassant, la madre de Guy, se encontraba en Cannes. Daba por hecho que su hijo iría, como todos los años anteriores, a cenar por Nochebuena con ella. La víspera habría recibido un despacho cancelando esa reunión familiar: «Obligado a cenar en las islas Sainte-Marguerite con las señoras X..., pero iré a acabar el año y pasar el día de año nuevo contigo.»

Puede leerse esa redacción de telegrama en la página 128 de la obra de Georges Normandy, *La Fin de Maupassant*, publicada en 1927.

Primera observación: dudo mucho que Normandy haya tenido entre las manos ese telegrama que, muy probablemente, ha redactado él mismo. Segunda objeción: si el texto es imaginario, no parece menos posible que el contenido responda a la realidad. Maupassant no habría podido cenar con su madre la noche del 24 de diciembre de 1891. ¿Pero con quién?

Los biógrafos de Maupassant son unánimes en pensar que «las señoras X... » eran Marie Kann y su hermana Lulia Cahen d'Anvers.

Consultemos el *Journal* de Goncourt con fecha 1 de octubre de 1893. Fue ese día cuando Edmond recibió la visita del amigo de Zola, Paul Alexis, quién le relata la conversación que acababa de tener con Laure de Maupassant, en el transcurso de la cual, aquella pareció querer hacerle comprender que Flaubert era el padre de su hijo. Y Laure hizo alusión a esa famosa Navidad de 1891: «En Navidad, consigna Goncourt, en la que Maupassant tenía por

costumbre cenar con su madre, como buen hijo, él le escribió que no podía ir, porque cenaba, según sus palabras, "con nuestras amigas", y que además, esas damas irían a hacerle una visita dentro de algunos días.

«La Sra. de Maupassant se conformó con decir a Alexis que las *amigas* eran dos mujeres judías: no las nombró. Indudablemente eran las hermanas Kann. Pero ¿qué pasó en esa cena? Al día siguiente, Maupassant enviaba a su madre un despacho sin pies ni cabeza, informándole de que sus damas se habían enfadado con él e incluso con ella; y, en efecto, ella no las volvió a ver nunca.»

Henos aquí en presencia de dos «despachos», uno con fecha 23, el otro 25. ¿Confusión?

Otro documento a engrosar el dossier: una carta de Guy (fechada en Cannes, en diciembre de 1891) al doctor Georges Daremberg, en la que puede leerse: «...Sobre todo no repita a nadie que esas damas han venido a verme. Eso las comprometería terriblemente. Además toda su familia está aquí, y creo que si no fuese así, ellas no habrían venido»

¿«Esas damas»? Sí, probablemente, las hermanas Kann-Cahen d'Anvers.

En definitiva, Maupassant habría sabido, en el último minuto, que sus «dos amigas» desearían pasar la Nochebuena con él en el mar, y habría cancelado las celebraciones familiares. Admitámoslo.

Permanece lo esencial: ¿Qué ha podido pasar en el transcurso de esa cena insular? Sin duda algo pasó, puesto que, de diversas fuentes (Goncourt, Normandy, Louis Thomas, *La maladie et la mort de Maupassant*, 1912, pág 121, Lumbroso, O.C., pág. 329-330), se sabe que las «dos amigas» habrían partido al día siguiente para París sin decir el motivo, y que no habrían vuelto a ver a Guy de Maupassant ni a su madre nunca. De este modo se habría acabado el idilio entre Guy y Marie Kann.

Es una historia rocambolesca, que, por otra parte, es imposible de aclarar, tan imprecisos son los diversos testimonios, y que, a fin de cuentas, tendría poco interés si, una semana más tarde, Maupassant no hubiese intentado suicidarse. Pues se busca una

relación: se ha querido demostrar que había una relación de causa-efecto entre la marcha definitiva de Marie y la tentativa de suicidio.

Yo no lo creo. Si realmente Maupassant había sufrido tanto con el «abandono» de Marie Kann, ¿por qué habría esperado ocho días para intentar de una vez por todas, acabar? Y, además, ¿quién miente en este asunto? François Tassart afirma que la cena de Nochebuena en las islas Sainte-Marguerite era, simplemente, una «leyenda». Georges Normandy interrogó al célebre mayordomo el 25 de octubre de 1925 y François simplemente respondió: «Esa leyenda de ese paseo realizado nocturnamente con dos damas, es absolutamente falso, como casi todas las leyendas que circulan.» Normandy afirma sin embargo que Tassart le hizo esta confidencia «con menos espontaneidad que de costumbre» (*O.C.*, pág. 129). ¿Verdadero o falso? ¿Quién miente? ¿Tassart o Normandy? ¿O Laure de Maupassant?

Vuelvo a transcribir la carta a Daremberg: «...Sobre todo no repita a nadie que esas damas han venido a verme. Eso las comprometería terriblemente. Además toda su familia está aquí, y creo que si no fuese así, ellas no habrían venido» Esta carta tiene el mérito de ser auténtica, y es, en toda esta historia, el *único* documento *escrito* que poseemos. Ahora bien, ¿qué significa? Está claro. Guy pide a su amigo Daremberg que no haga correr el rumor de que las dos hermanas han venido «...Sobre todo no repita a nadie que esas damas han venido a verme. Eso las comprometería terriblemente. Además toda su familia está aquí, y creo que si no fuese así, ellas no habrían venido «a verle»: eso las «comprometería». Ellas han venido («y lo creo bien», dice Maupassant) porque «toda su familia está aquí».

¿Entonces? ¿Ha inventado de buena fe la madre de Maupassant esta historia? ¿Por qué? Era muy capaz.

No se sabrá nunca como fue el final de la relación entre Maupassant y Marie Kann. Personalmente soy de la opinión de que habrá durado hasta el día en el que, efectivamente, Guy zozobra. Marie no tiene nada que ver en la tentativa de suicidio.

Hablaré de ese drama. Pero no nos anticipemos.

Marie Kann (célebre retrato de Bonnat al que hace referencia Goncourt)

Lulia Cahen d'Anvers

Paul Bourget
Maupassant le « arrebató » a
Marie Kann

Edmond de Goncourt

IX

GISÈLE O EL CULTO DE EROS

« Chica, a cada instante, deseaba mostrarme desnuda »

Gisèle d'Estoc, *Cahier d'amour*.

Una insólita tarjeta de presentación – Un seudónimo ambiguo – Donde se conoce a una autóctona de la isla de Lesbos – Una extraña bibliografía – Los más y los menos de Pierre Borel – Un fiel autorretrato – Un encuentro de fin de siglo – Sobre ciertas fórmulas espistolares – «Tengo algo para usted» – Sabias recomendaciones – Un «Cuaderno de amor» que se dice amplio – Émulos de Baudelaire – Del arte de «manipular» los documentos – Transaciones cuestionables – Anónimos no identificados – Una historia inevitablemente poco imparcial – El inolvidable andrógino.

Ella no tenía más que diecisiete años cuando le escribió por primera vez, en diciembre de 1880.

Primer misterio: ¿cómo se llamaba?

En la página 380 de *Maupassant le Bel-Ami*, Armand Lanoux la llama «Marie-Paule Desbarres». Diecisiete páginas más adelante, reproduce el acta de nacimiento de «Marie-Elise Courbe, nacida en Nancy el 9 de agosto de 1863, hija de Alphonse Courbe, treinta y un años, escultor, y de Marie-Josephine-Augustine Flageollet, de veinticinco años». Lanoux precisa que en una ficha del catálogo de la biblioteca municipal de Nancy se consigna una obra titulada *Noir sur blanc, récits lorrains*, Voirin 1887, registrada bajo el nombre de «Sra. Desbarres nacida Courbé», aunque está firmada con el seudónimo «Giz-El». Y se posee una carta-telegrama del 28 de abril de 1886 dirigida a la «Sra. Paule Parent-Desbarres».

Ahora bien, que se sepa, ella no se ha casado nunca. Que lo entienda quién pueda.

«Giz-El»: el primer seudónimo. Me pregunto si no se debiera relacionar «Giz» con «Gyp», el célebre seudónimo de la bisnieta de Mirabeau, Sybille de Martel de Janville, a quién «Marie-Paule-Elisa-Courbe-Parent-Desbarres» admiraba mucho. En cuanto a «El», es la primera sílaba de su segundo nombre, Elisa, el segundo nombre del acta de nacimiento.

« Gisèle d'Estoc »: segundo seudónimo, aquél bajo el que se la conoce. « Gisèle », nombre de consonancia muy femenina. ¿Pero «d'Estoc »? ¡Ese patrónimo suena a macho!

Toda la ambigüedad, todo el equívoco de esta mujer se encuentra simbolizado en la elección de este singular seudónimo. De esta mujer para la que se debe utilizar, en su sentido más etimológico, el calificativo de «extraordinaria»

No tenía más que diecisiete años cuando le escribió por primera vez.

Y ya poseía un pasado turbio. Acababa de huir a Nancy, como consecuencia de un «escándalo», su relación con una de sus jóvenes amigas, Marie-Edmée (Marie-Edmée «X...», por supuesto). Si se cree a Pierre Borel (*Maupassant y el Andrógino*, pág. 30), la

susodicha Marie-Edmée experimentaba por Gisèle (llamémosla así, es más sencillo) una profunda y «pura» amistad. Esta amistad, dando que hablar, hace que Gisèle deje Nancy por París y pide a Marie-Edmée que la acompañe. Marie-Edmée accede, confiada y feliz, pero comprendiendo enseguida las verdaderas intenciones de su amiga, regresa, desesperada, a Nancy. Tal es la hipótesis de Pierre Borel, con las reservas que se imponen, entonces dedicado a investigar.

Más adelante en su libro (pág. 35), Borel recuerda que «en el colegio», Gisèle había conocido una «verdadera pasión» «por una joven alumna muy perversa, con temperamento lésbico», y que «más tarde» (?), se enamoraría de su vigilante, «una imponente muchacha casta, irreducible, y de la que, sin embargo, ella obtendría sus favores» («¿irreducible?»).

¿Qué hay de cierto en todo esto? Sí, a Gisèle le gustaban las mujeres, se tienen pruebas, del mismo modo que le gustaban los hombres. En cuanto a los detalles...

Se dice que dibujaba y esculpía. Lo que es seguro es que publicó.

Además de la firma «Giz-El» que ya he señalado hace un momento, escribió una *Psychologie de Jeanne d'Arc* (1891), que incluso obtuvo el beneplácito de las autoridades eclesiásticas (el «imprimatur»). He consultado esta obra, en cuya primera página figuran siete producciones «del mismo autor», «en imprenta» «o en preparación». Resulta curioso que la Biblioteca Nacional no posea más que dos. Es cierto que el catálogo atribuye a Gisèle (¿en compensación?) un largo poema de 318 versos titulado *Ad maximam Dei Gloriam. Comme quoi les Jésuites pourraient bien ne pas descendre du singe. Avis à Darwin* (!). Esta extravagante obra, publicada por la «Librería anticlerical», en 1880, grotesca en la sátira y bufa a fuerza de querer ser rencorosa, no puede ser debida a Gisèle que no tenía entonces más que diecisiete años. Ese «poema» (muy erudito, además), lo creo de un tal Martial d'Estoc, autor, entre otros, de los *Dossiers congréganistes, la morale de ces messieurs, roman psychologique de moeurs congréganistes*, de 1902.

En suma, desde que se aborda el «caso Gisèle», se navega a ojo.

¿Qué se sabe aún?

Recurramos a la obra de Pierre Borel. Se sabe, pág 48, que Gisèle tuvo una «aventura epistolar» con un oficial de las tropas destinadas en África. En sus cartas, ella habría «hecho unas descripciones de su cuerpo, imposibles de describir y precisar». Habría enviado a su guapo oficial «sus fotografías desnuda, en las poses más excitantes». Se sabe incluso que Gisèle habría seducido a «un joven estudiante de medicina». ¡Nombres! ¡Nombres! (*Maupassant et l'Androgyne* fue publicado en 1944.) Se sabe que Gisèle se batió en duelo con la caballista del circo Médrano, Emma Rouër, que la había engañado (¿con quién?). Se sabe que organizó un atentado contra el restaurante Foyot para vengarse de Laurent Tailhade. Se sabe incluso que «tuvo la audaz idea de seducir al R.P. Didon » Pobre Reverendo Padre... En apoyo de sus demostraciones, Pierre Borel publica el facsímil de una carta que atribuye a Gisèle y cuya escritura no es manifiestamente la suya, si se la compara con otros facsímiles reproducidos en la misma obra. Y lo demás... a ciegas.

Dicho esto, Borel, a pesar de todo, ha realizado un gran trabajo. Algunos hechos que refiere son corroborados por otros documentos (documentos Rouër y Tailhade). – Y tuvo el mérito de publicar el extraordinario *Cahier d'Amour*. Eso es lo esencial.

Así pues, a finales de diciembre de 1880, Maupassant recibe una primera carta de Gisèle. Desgraciadamente no poseemos esas cartas: el propio Guy las destruyó en presencia de Léon Fontaine. Él respondió enseguida, extensamente. En esta carta, una obra maestra del género, Maupassant esboza su autorretrato. Extraigo algunas líneas: «No he tenido en toda mi vida, una sensación de amor (...).¿Soy sensual, por ejemplo? ¡Oh, eso sí! No me burlo; y sin embargo no soy peligroso, no me arrojo inmediatamente sobre las mujeres profiriendo gritos (...) Se puede quedar una hora en público conmigo sin peligro, cuando hay sargentos municipales al alcance (...) Me gusta lo que veo tras haberlo degustado, porque entonces

estoy seguro de que está bueno (...) No tengo el alma sentimental. Soy un muchacho sencillo que vive como un hurón. Y sin embargo, Señora, si usted desea todavía ver a este hurón, él dejará su guarida a su voz y le promete respetar su voluntad.»

Al cabo de un intercambio de dos cartas, Gisèle hizo una visita a Guy en su apartamento de la calle Dulong. Había ido enguantada y con su velo, que no levantó... ¡Conversaron durante tres horas! «Le pido saber más», le escribió Guy al día siguiente. Algunos días después, volviendo a la calle Dulong, Gisèle quitó sus guantes y levantó su velo. Maupassant dio cuenta enseguida a Tourgueneff: «La desconocida ha cedido después de una lucha de tres horas en las que habría podido concederme sus gracias, pues enseguida me ha confesado que no había tenido nunca la intención de resistir hasta ese extremo. Al mismo tiempo que su culo, ha desenmascarado su rostro. Es ciertamente guapa. ¡Que atolondradas son las mujeres!»

Estamos en enero de 1881.

Como homenaje – y en recuerdo – Guy había dedicado a su joven amante su poema «Désirs de faune». La relación comenzaba bajo los mejores auspicios.

Las cartas de Maupassant no nos enseñan gran cosa, excepto ciertas expresiones, bastante sugestivas: «Soy más fauno que nunca (...). Mil caricias sobre todos tus labios (...). Hasta pronto, mi querida amiga, yo os beso las manos y las dos flores de vuestros adorables senos (...) Os beso los pies y los labios y me detengo largo rato entre ambos extremos», y otras fórmulas intercambiables. A veces, la fórmula es bastante original. Ejemplo: ¡«Mil besos. La mitad en el departamento Bourget (cabeza), la otra mitad en el departamento Maupassant (culo) »!

Pero se descubre que, muy pronto, el mismo Guy va a satisfacer la doble naturaleza de su joven amante y conseguirle mujeres. «Tengo algo para vos. Uno de mis amigos, muy gentil muchacho, periodista y novelista, de nombre Harry Alis, ha venido a verme y me ha dicho esto: “Tengo una amante encantadora, fuerte como es menester, bien educada y muy inocente, relativamente. Tiene unas ganas locas de disfrutar con una mujer, lo que no ha

conseguido nunca." He respondido que yo podría tal vez realizar ese deseo. ¿Qué os parece? Si es sí, rápido una palabra. Luego ¿querrá venir a cenar el viernes? Podríamos tomar nuestras disposiciones.»

En otra ocasión: «La pequeña no puede el martes y me pide dejarle elegir un día. Así pues, le he dado la libertad del día y yo os avisaré cuando lo haya fijado. Pienso que es lo conveniente puesto que ella ha aceptado en principio.»

Y llega a hacer recomendaciones «técnicas». «Mi querida amiga, es absolutamente necesario que venga a cenar a mi casa el viernes. Usted encontrará allí a Catulle Mendès y a una joven y hermosa mujer, su amiga, rabiosa de deseos femeninos. No duerme y nunca ha...

«Pero, por Lesbos, no sea tan (¿cómo lo diría?) rápida como con la de la Ópera. En el momento que usted representa el rol de hombre, sea un hombre, ¡caramba!, y reservada en público!

«Hél... que no pedía nada, como usted ha podido ver de entrada, se ha echado atrás ante vuestra... violencia. Como ha podido ser tan atrevida, de modo que el amante de Hél... prevenido, ha hablado de moral y la ha reconquistado. La del viernes es una inocente, pero una inocente totalmente dispuesta a caer – casada– poseída. Y ese deseo bullendo en ella, de tal modo que, en sus horas de amor, grita a su amante: " ¡Una mujer, una mujer, dame una mujer!" Fíjese que adorable puede ser.»

Pero es ante todo el *Cahier d'amour* de Gisèle lo que mejor traduce el frenesí de esta relación.

He aquí amplios extractos:

«Salgo de esta lucha loca, embriagadora, agotadora, con los muslos todavía ardiendo y llena de deseo.»

«Esta fusión de la pareja, el éxtasis del sexo me parecen más fuertes que el amor, más violentos.»

«Apenas liberada de este largo abrazo en el que he prodigado mis más sabias caricias, mi amante, con los ojos todavía brillando de éxtasis, me ha susurrado en el cuello: "¡Tú eres verdaderamente la mujer de mi carne!"»

«Siento que a partir de ahora estoy ligada a él con todo mi corazón, con toda mi carne.»

«¡Nunca he conocido a un amante tan fogoso en el ardor del placer! ¡Es verdaderamente el compañero ideal de mis fiestas carnales!»

«Ciertas noches, en los brazos de Guy, y bajo la llama de su voz, me siento volver más vibrante, más agitada, más patéticamente voluptuosa.»

«Lo que me divierte cuando vengo a reunirme con mi amante, es pensar que paso en el mundo por una mujer... inexpugnable. Y allí estoy yo, totalmente desnuda, para él solo.»

«Al principio de nuestra relación, lo que más me sorprendió en él, era una forma de amor poco común en los hombres, una especie de cariño respetuoso y pasivo. Ese sentimiento por parte de tal hombre, me producía ya una ardiente alegría.»

«Tras una larga, una apretada lucha en la que nuestros cuerpos se buscan, se desnudan, se funden finalmente en un acorde salvaje, él llega a menudo a emitir un estertor doloroso, luego se desmorona, a mi lado, acostado.»

«Con frecuencia pienso que soy un ser primitivo, como él, un ser pansensual, de un mundo anterior al alma y a la sociedad. Los dos somos de la misma raza, unos eternos errantes del amor.»

«A veces, de noche, a la hora en la que el día viene a morir en la ventana, a mi amigo le gusta acariciar mis senos desnudos. Deja vagar sus manos febriles sobre la piel fresca y suave de mi pecho. Y cada vez, se extasía por la alegría que su prolongada caricia me procura, esa alegría que él puede leer sobre la superficie de mi piel por la que pasan estremecimientos, movimientos rápidos, como los que la brisa provoca en el agua.»

«Varias noches seguidas, hemos ido a Bezons, bien solos, bien en compañía de Juliette D... Noches indescriptibles de aniquilación de nuestros cuerpos.»

«La primera vez me dijo: “Sobre esta cama en la que tantas veces me he hartado de quimeras, en la que cada noche abrazo fantasmas, sobre esta cama de angustias y fiebres, me gustaría ver

finalmente acostado el auténtico cuerpo de una enamorada.” Sus sabias caricias, sus dulces labios han vencido pronto mi resistencia (?). El placer levanta mis senos, gana poco a poco todo mi cuerpo. Mis rodillas se entreabren... Entonces, él me posee casi salvajemente, con una especie de odio.»

«En ocasiones, desea repetir la visión de la “primera noche”. “Esa visión, dice, curiosamente despierta mi deseo. Siempre pone en movimiento mi imaginación sexual”.»

«Dices que soy bella y ardiente en el placer del amor; tú dices que mis senos son para tí una doble maravilla. Pero están también mis brazos y mis largas piernas que te enlazan en el momento en el que llegan los estertores del amor. Todo eso es tuyo, ¿Comprendes bien? ¡Oh, amante mío!»

«Tu cuerpo se ha convertido para mis sentidos en un mosaico de sensaciones extrañas y hasta el momento “desconocidas”.»

«Durante mucho tiempo, mi amante acariciaba mis senos desnudos, luego su mano febril se deslizaba sobre mi costado, se insinuaba entre mis muslos, se extraviaba en lo más íntimo de mi carne. Inclinado sobre mi garganta, murmuraba palabras acariciadoras, viejas como el amor, palabras perfumadas de ternura o ardientes de voluptuosidad. Esos besos, esas caricias, esas palabras hacían correr sobre todo mi cuerpo estremecimientos deliciosos.»

Algunos pasajes se refieren a las experiencias lesbianas de Gisèle:

«Acabo de ver en casa de Guy a una jovencita muy seductora. Aunque no me advirtió de su visita, he tenido la impresión de que me había arreglado una velada intencionadamente. Tanto fue así, que se consumó.»

«Suzanne L... ha venido. Una muchacha ardiente. Ella no piensa más que en el goce, en el amor. Grande, rubia, un poco gorda, pero ligera, treinta años.

«Durante la comida, ella ha estado locamente alegre. Enseguida ofrecía a mi vecino sus bellos labios rojos y carnosos. Pronto, medio desnuda, se entregaba a mis caricias. En el momento

en el que la iba a acostar bajo mi abrazo, se negó tajantemente, pretextando que su marido la esperaba...

«¿Era sincera o bien representaba una comedia para atizar aún más mi deseo ya tan violento de sus besos y de su carne?»

«Laurence se ha dormido a mi lado, totalmente desnuda. Sus manos, hace un momento llenas de caricias, se han deslizado en medio de sus muslos abiertos, como si quisiera todavía retener el placer.»

Se descubre igualmente en el *Cahier d'amour*, que Gisèle, como Guy – y a instancias suyas – no desdeñaba los «paraísos artificiales»...

«Éter: ¡Ah, sentirse partir hacia esa región maravillosa donde el sufrimiento nunca llega! ¡Donde todos los sueños más audaces se convierten en realidad, donde puede crearse un mundo a comodidad!

«Siguiendo sus consejos, he respirado del frasquito dorado (aquél que pertenecía a la marquesa de Lamballe, regalado por María Antonieta); simplemente he respirado, amplia, suavemente, como si degustase un precioso licor en un vaso de cristal, fino como un gas. A la quinta inspiración, había abandonado la tierra. Ahora, subía por los aires, sin esfuerzo. Era ligera como una hoja muerta llevada por el viento. Una extraña música venida de lejos acariciaba mis oídos; pronto mi espíritu, pleno de una lucidez fantástica, abandonó mi cuerpo. Todos mis tormentos habían desaparecido. Había olvidado esa tortura cotidiana: no conocer el amor tal como lo he imaginado siempre. Ese estado de felicidad duró mucho tiempo. Cuando me desperté de mi sopor, la noche había llegado. En la sombra adiviné la presencia de mi amante que, a su vez, también perseguía sus inalcanzables quimeras.

«Mientras me miraba, durante un segundo, creí sorprender en el fondo de su mirada la confesión lejana, secreta, de una inmensa, de una indecible tristeza.

«Pero más allá de sus desesperantes resplandores, tal vez existe un dominio inmenso»

El *Cahier d'amour* de Gisèle d'Estoc fue publicado por Pierre Borel, en junio de 1939, en la colección de las *Oeuvres libres*. Cinco años más tarde, en 1944, Borel lo reeditaba, con algunos añadidos y variantes, en su obra *Maupassant et l'Androgyne*.

La historia de este texto es bastante extraña e incluso se ha llegado a cuestionar su autenticidad.

Gisèle había entablado relaciones, en 1885, como consecuencia de una manifestación feminista en la que había participado, con un joven periodista lorenés que firmaba extravagantemente como Pillard d'Arkaï. Pero, como subraya Armand Lanoux (*O.C*., pág. 382), unos de sus colegas se hacía llamar ¡Richard O'Monroy! . Gisèle vivió un tiempo maritalmente con este Pillard.

Mucho más tarde, en los años 1920, Pillard d'Arkaï vino a proponer a Borel, de cara a una eventual publicación, por un lado un cierto número de cartas de Maupassant a Gisèle y por otro las Memorias de Gisèle, o sea el *Cahier d'amour*.

Ahora bien, ciertos pasajes, efectivamente, parecen haber sido, como dice Armand Lanoux, «manipulados». Lanoux incluso llega a hablar de «insolente trucaje» (*O.C*. pág 401).

En efecto, se pueden encontrar errores manifiestos de cronología que demuestran que el texto ha sido «revisado».

Un ejemplo sangrante: se lee, en 1934, en las *Oeuvres libres*: «Guy era muy supersticioso. Un día me dijo: "Esta noche he soñado que Harry Alis se ahogaba. Tengo miedo de que haya tenido alguna desgracia." La noche del mismo día, le anunciaban la muerte de su amigo.» Ahora bien, Harry Alis murió dos años después de Maupassant, en 1895, muerto en duelo por su colega publicista Le Chatellier.

Probablemente consciente de este error (¿suyo?), Borel rectifica en 1944 y puede leerse entonces: «La noche del mismo día, vinieron a informarle que su amigo había estado a punto de ahogarse». Prueba evidente de «manipulación»-

El mismo Léon Fontaine, llamado «Petit Bleu», el «pequeño astuto» de *Mouche,* colaboró con Borel, publicando sus propios

recuerdos, comunicándole, entre otros, la existencia del manuscrito de *la Feuille de Rose* que Borel publicará en 1945, – y es mucho más que probable, que mediasen finanzas. Pillard d'Arkaï, vendió los papeles de Gisèle a Borel, el cual los vendió a su vez, etc.

La naturaleza humana no es perfecta. Dicho esto, ¿hay que rechazar en bloque el *Cahier d'amour*? Seguramente no. Estoy convencido que la gran mayoría de esos textos, en particular los que acabo de reproducir, son de la misma pluma. La unidad de tono y estilo no dan lugar a error. Y, de todos modos, ni Pillard d'Arkaï, ni Pierre Borel, ni Léon Fontaine tenían suficiente talento para permitirse escribir una prosa tan bella. Gisèle sabía escribir: su *Psychologie de Jeanne d'Arc* lo demuestra. Y ese *Cahier d'Amour* clama sinceridad.

Pero incluso la historia de la relación entre Maupassant y Gisèle d'Estoc plantea también problemas.

Se sabe cuando en que circunstancias esta aventura se enreda, pero se sabe mucho menos acerca de su desenlace.

Así pues, la relación comienza a finales de 1880 o principios de 1881. Eso es seguro.

A continuación, se puede, tan bien como mal, seguir el desarrollo de los acontecimientos – que son poco numerosos y de poco interés – gracias a las cartas de Maupassant a Gisèle d'Estoc (como ya he señalado, las cartas de Gisèle fueron destruidas por el propio Guy).

La mayoría de las cartas que poseemos no están datadas y resulta extremadamente difícil hacerlo. Sin embargo, se puede estar seguro de que las relaciones entre Guy y Gisèle proseguían en 1886. Se posee, en efecto, una «carta-telegrama», en cuyo cuño postal figura la fecha del 28 de abril de 1886, dirigida a la «Sra. Paule Parent-Desbarres».

A partir de esta fecha, la correspondencia actualmente conocida se interrumpe. ¿Se interrumpe también la relación? No lo creo. Si acudimos al *Cahier d'amour*, se constata que Gisèle hace alusión a ciertos malestares de Guy, a las manías persecutorias, a las

alucinaciones, – fenómenos que surgen a partir de 1888 y que, sobre todo, se producen con más intensidad de 1890 a 1891. Es más que probable, consecuentemente, que la ruptura – si es que la hubo – no tuvo lugar antes de esos años. Ahora bien, Gisèle llega incluso a afirmar que ella trata, sin éxito, de encontrar a Guy durante su internamiento en Passy.

Estoy persuadido de que no hubo ruptura, y que solo la enfermedad separó a los dos amantes. Gisèle sobrevivió aproximadamente diez años a Guy. Parece que murió en Niza, de lepra, en una fecha indeterminada, entre 1905 y 1907. Había pasado un poco la cuarentena.

Siendo así, queda decir que Pierre Borel ha publicado un cierto número de cartas de Maupassant que afirma estar dirigidas a Gisèle y que, en realidad, no la concernían. Lo que complica el problema es que, en ninguna parte, Maupassant escribe en la cabecera el nombre de su amante. Siempre utiliza la fórmula: «Mi bella amiga», «Mi querida amiga», etc. Tenía esa costumbre. Ver, por ejemplo, las cartas a Hermine Lecomte du Noüy o a Emmanuela Potocka.

Surge de este modo la cuestión, en esta correspondencia, cuya destinataria *sería* Gisèle, de una sombría historia de cartas anónimas, que habrían acarreado, según Armand Lanoux, la ruptura (*O.C*., pág. 400). ¿Gisèle se habría metamorfoseado en autora de anónimos? ¿Por qué? Borel es incapaz de decirlo.

Para intentar resolver este problema, basta prestar atención. Maupassant no recibió, como generalmente se cree (cf. A. Lanoux, *ibid*.), una serie de cartas anónimas, sino dos. Y, sin duda alguna, de dos personas diferentes, – y ninguna de las dos era Gisèle, puesto que no hubo ruptura (hay que decir que Maupassant habría tenido bastante buen sentido para no admitir, por parte de su amante, tales procedimientos).

Tenemos la suerte de poseer dos cartas, ¡por una vez datadas! Una escrita desde Menton, el 14 de mayo de 1882, en la que se lee: «Tiene usted poca suerte, señora, vuestras cartas anónimas son las únicas que llegan a destino.» La otra enviada desde Aix-les-Bains a Lucie Le Poittevin, la prima de Guy, el 8 de octubre de 1888 (¡seis

años más tarde¡) en la que Maupassant afirma: «Creo conocer al autor de las cartas anónimas del año pasado.» Es decir de 1887.

Gisèle es completamente ajena a esos incidentes y eso no pudo influir sobre el desarrollo de la relación.

Pierre Borel afirmó un día a Armand Lanoux – para retractarse a continuación – que él mismo había sido ¡amante de Gisèle d'Estoc! Es muy posible. Un pasaje de *Maupassant et l'Androgyne* me parece singularmente revelador: «Anfibio en sus placeres, ella es el prototipo del andrógino. Es bastante diestra, si consiente, para dar a su partenaire la ilusión de un don total (...) Gisèle nunca se rinde. Ella seduce, deslumbra, luego su capricho la transporta. Loca de sexualidad, nunca satisfecha, corre ya hacia otros amores. Al mismo tiempo, esta criatura, cautiva y desconcierta. Púdica como una virgen, es también experta como una cortesana. Es capaz de los peores excesos, como de los más excelsos actos de generosidad. Es a la vez altruista y egoísta, ardiente y voluble, es una fantástica mezcla que en ocasiones da miedo» (pág. 45-46.)

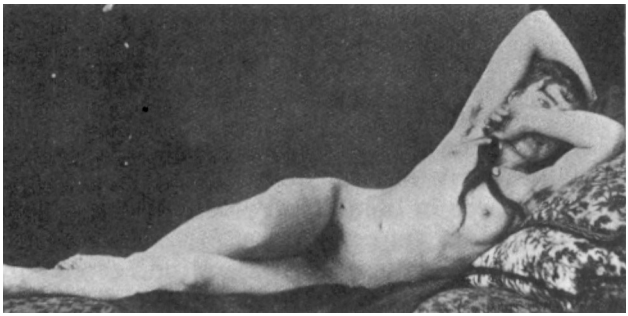
¡Eso es vivido! No cabe ninguna duda.

No se puede ser juez y parte. Borel ha visto en Gisèle al único gran amor de Maupassant. No exageramos nada. Gisèle d'Estoc ha sido, sin ninguna duda, la amante de Guy más sensual, la más ardiente. Representa la sexualidad, seguramente perversa, ambigua, a propósito de lo que Maupassant confesó un día a Léon Fontaine: «Ella me produce una turbación indefinible de la que me es imposible defenderme», ha exacerbado los sentidos de su amante y le ha procurado unos instantes de placer, sin duda alguna, inolvidables.

Pero, finalmente, ella habría sido, ante todo, la cómplice de una búsqueda desesperada de lo absoluto.

Gisele d'Estoc y Marie Edmée

Gisèle d'Estoc (L'Androgyne)



Gisèle d'Estoc

X

EL MISTERIO DE LA DAMA DE GRIS

« Misterio: Lo que hay de secreto, de oscuro, de enigmático en algo.»

(Definición del Larousse.)

Un taller de artista – Dos años dolorosos – Aparición de la legendaria «Dama de gris» – Una dama «bien» – Del gris en la Croisette – Como un simple sirviente parece capaz de profetizar – Un rostro de «mármol» – Los escrúpulos de François – Donde se descubre a un mayordomo retórico – El telegrama nocturno – Una coincidencia muy extraña – Hipótesis a raudales – Una conclusión inconclusa.

Cuando Guy de Maupassant se mudaba de domicilio (lo que haría un número impresionante de veces durante su corta existencia), mantenía dos viviendas: una «oficial» – una «residencia principal», diríamos en nuestros días – y un «apartamento de soltero». Este último estaba reservado a los juegos eróticos: este artista, como todo artista, tenía necesidad de un taller. Y el mayordomo, François Tassart, instalaba cada vez, con dedicación, el picadero.

El 30 de abril de 1890, Guy se mudaba a su sexto domicilio parisino, el último antes de su internamiento, en el número 24 de la calle Boccador, cerca del puente de l'Alma. Un suntuoso apartamento que no habita demasiado, pero en el que preside todavía algunas cenas y ofrece algunas recepciones. Aunque el corazón ya no le daba más, pues la enfermedad progresaba, dolorosa e implacable: atroces jaquecas, trastornos visuales, molestias estomacales ansiedad y alucinaciones se sucedían en intervalos cada vez más cortos.

Guy, imaginándose al igual que sus médicos, que los cambios de decorado y de clima le eran beneficiosos, abandona Paris a menudo: estancias en Cannes en la primavera de 1891, en Divonne y en Aix-les-Bains, luego en Cannes de nuevo en septiembre del mismo año, última estancia en París en la calle Boccador del 18 de septiembre al 28 de octubre, y, finalmente, Cannes a partir de principios de noviembre, donde intenta, la noche del 1 de enero de 1892, suicidarse.

Fue durante este periodo, primavera de 1890 a finales de 1891, cuando irrumpe en los *Souvenirs* de Tassart, y únicamente en los *Souvenirs* de Tassart, la célebre y mítica «Dama de gris».

El 18 de mayo de 1890, apenas tres semanas después de mudarse a la calle Boccador, la legendaria silueta gris llama a la puerta de Maupassant. No a la del picadero, sino a la del apartamento «oficial». Y François no oculta su sorpresa: «Hace algunos días que he instalado el apartamento de soltero de mi señor bastante cerca, en el bajo de nuestra misma calle, y, a pesar de eso, recibe aquí a una mujer. ¡Esa es la razón de que fuese tan urgente la colocación de las cortinas de su habitación!

«¡Es curioso! Apenas conozco a esta mujer; entrando, solamente pronuncia el nombre del Sr. de Maupassant, y, sin mirarme, como una autómata, entra en el salón. Ni ese día, ni en los siguientes, el señor me hace comentario alguno acerca del paso por la casa de esa casi desconocida.» (François Tassart*, Souvenirs*, pág. 226.)

Una observación: al leer detenidamente este pasaje, se advierte que la Dama de gris ya ha venido a visitar antes a Maupassant : «él recibe» quiere decir, según el contexto: «La ha recibido ya.» «Apenas la conozco (...) a esta casi desconocida» significa que Tassart le ha abierto ya la puerta antes. Se podría pues concluir que Maupassant conocía a la Dama de gris en la primera quincena de mayo de 1890, lo que no quiere decir que no la haya encontrado antes, en París o alrededores.

Desde entonces, tenemos la impresión de penetrar en el sombrío corredor de un impenetrable misterio.

En sucesivas ocasiones, hasta la noche de la tentativa de suicidio, el fantasma vivo de la Dama de gris va surgir de las sombras. Cuando se leen los *Souvenirs*, se aprecia a un François, primero intrigado, luego inquieto, después angustiado y finalmente espantado, relatar tembloroso las sucesivas apariciones de este ser maléfico. Un drama parece fraguarse, que el sirviente presencia oscuro e inexplicable, al que no puede asistir, testigo impotente. ¡Eso lo hace estremecer¡...

Finales de junio, un mes más tarde, él refiere:

«La dama desconocida ha venido varias veces. Su actitud no ha variado; entra y sale siempre del mismo modo, no es una casquivana; aunque está muy perfumada, no tiene nada de las profesionales, no pertenece a esta sociedad del mundo distinguido donde se ríe y que mi señor tanto ha frecuentado. Es una burguesa de gran elegancia; Es por completo de ese tipo de grandes damas que han sido educadas, ora en los Oiseaux ora en el Sagrado Corazón. Ha conservado las buenas y rígidas maneras.

«No creo equivocarme, pues conozco la fama de esas casas; he podido apreciarlo durante varios años en las residencias de personas

de un rango muy elevado donde he servido antes de entrar a servir al señor. No le he hablado mucho, pero sé muy bien por quién ha sido modelada esta inteligencia que no se descubre y que es de una sorprendente amplitud.

«Es de una belleza notable y lleva con un estilo supremo sus vestidos entallados, siempre de color gris perla o gris ceniza, ceñidos al talle por un cinto trenzado en auténticos hilos de oro. Sus sombreros son sencillos y siempre a juego con sus vestidos, y sobre su brazo lleva un pequeño cuello si el tiempo es dudoso o llueve» (*O.C.*, pág. 229-230).

El verano pasa. En noviembre, Maupassant regresa a Paris. «Nos hemos reinstalado en la calle Boccador. La dama del traje gris perla y de cinto dorado ha venido » (*O.C.*, pág. 260). No hay más detalles.

Hacia finales de invierno, en febrero de 1891, Maupassant reside en Cannes. ¡La Dama de gris lo ha seguido!

«Mi señor, escribe François, siguió siempre la orilla del mar y, un poco antes del edificio de los baños, su silueta despareció en un jardín que bordeaba la ruta de la Croisette. En un nido de vegetación, se encontraba una villa de balcones dorados. Me pareció ver aún al ilustre novelista apoyar la mano sobre la rampa para ayudarse a subir el medio piso, desde donde se dominaba el horizonte. Iba a encontrarse con la dama de la ropa modesta, impecable y rígida, la enigmática…» (*O.C.*, pág. 263.)

Agosto de 1891. Maupassant sigue una cura (inútil) en Divonne-les-Bains. Algunas excursiones (una a Ferney, donde visita el dominio de Voltaire), algunas invitaciones amenizan la estancia.

Un día, el 14 de agosto, Maupassant toma un triciclo para rendir visita a una tal baronesa de «R...» y concede a su sirviente la tarde libre, comunicándole que eventualmente quedaría, de noche, a cenar. La baronesa estaba ausente. En el camino de regreso, Maupassant tiene una caída, produciéndose la luxación de dos costillas. La noche la pasa mal. François no está tranquilo. Sombríos presentimientos lo acosan:

«Unos tristes pensamientos me torturaban el espíritu, mi corazón latía como bajo el efecto de una gran emoción, en una especie de medio-sueño; tenía el presentimiento de que una desgracia nunca viene sola.

«El día 15, a las nueve de la mañana, un coche estaba en la verja del jardín. Una dama descendió. ¡Ah! ¡Dios mío!, ¡aquí estaban mis presentimientos hechos realidad! Ella explicó que era su viaje a Suiza al que debíamos el honor de su visita…

Seis días más tarde, un coupé estaba de nuevo en la puerta para llevar a la visitante, pero cual no sería mi conmoción, cuando vi el caballo derrumbarse como un fardo. Ese accidente podía retrasar la marcha de la desconocida, y eso era lo que no necesitaba mi señor a ningún precio. Por fin el animal se puso en pie y pudo conducir a Ginebra a aquella que mi señor veía alejarse con placer.» (*O.C.*, pág. 278-279).

Si se cree a Tassart, la Dama de gris habría veraneado seis días en Divonne, pero él no precisa si vivió en casa de Maupassant. En todo caso, habida cuenta del accidente del que acababa de ser víctima, eso parece poco probable. En cuanto a afirmar que Guy la «veía alejarse con placer», es Tassart quién lo dice... Pero puede ser que efectivamente Maupassant experimentase una especie de malestar indefinido después de cada encuentro con la enigmática visitante.

Leamos la continuación. Un mes más tarde, Maupassant ha vuelto a Paris.

«El 20 de septiembre, hacia las dos de la tarde, el timbre eléctrico, cuyas pilas no habían sido renovadas desde varios meses atrás, sonó de un modo quejumbroso. Fui a abrir y me encontré de cara con esa mujer que había hecho ya tanto daño a mi señor. Como siempre, pasó, rígida, y entró en el salón sin que su rostro, que parecía de mármol, hiciese el menor movimiento... Me retiré a mi habitación: un sentimiento de tristeza, mezclado con un poco de cólera, me embargaba. ¿No debería echarle en cara su actitud a la visitante nefasta, reprocharle el crimen que cometía deliberadamente, y si era preciso ponerla fuera sin ceremonia?... Pero dado que mi

señor la quería recibir, yo no podía más que resignarme... ¡Ahora puedo decir cuanto lamento no haber tenido entonces el valor para ceder a esos impulsos de alejar a *ese vampiro* ! Mi señor viviría todavía...

«Esa noche, él parecía agobiado y no comentó ni una sola palabra de la visita.» (*O.C*., pág. 285).

Las acusaciones se precisan, sin que por tanto pueda adivinarse de que se trata: «Esta mujer que tanto daño ha hecho a mi señor (...) el crimen que cometía deliberadamente (...) ¡*ese vampiro*¡»

Pasa un mes. Estamos a 20 de octubre. Maupassant acaba de consultar con sus médicos. Éstos consideran que el aire de París no le conviene y le aconsejan partir para Cannes.

«El Señor me hizo una exposición de sus fuerzas físicas, dejándome bien claro que contaba con ellas para recuperarse, y añadió que tendría necesidad de un largo reposo… ¡y sobre todo no ver más a la dama de mármol, que tanto daño le hacía!...

«He aquí que mi pobre señor se encomendó a mí por completo. Me hizo una breve confesión… En ese momento, me inspiró tanta piedad, que experimenté una gran pena, faltándome valor para echarle la menor reprimenda. Debo sin embargo confesar que durante el mes que acababa de transcurrir, dejaba con frecuencia a un lado mi rol de asistente doméstico y me permitía darle consejos, tan a menudo como la ocasión lo requiriese dependiendo de las circunstancias. Se daba cuenta en ocasiones de que mis alusiones iban un poco lejos; mi señor, que había comprendido muy bien el sentido de las mismas, no respondía.

«Esa noche, sin duda, su corazón estaba demasiado contrito y dejo escapar unas palabras que constituían una confesión, en una respuesta que parecía dar razón a las numerosas recomendaciones que discretamente yo le hacía desde tiempo atrás. La simple sensatez me sugería recordarle que la mejor ciencia para vivir era saber despejar su camino de todo lo que pudiese hacer flaquear y minar su salud, el primero de todos sus bienes.» (*O.C*., pág. 286-287).

Admirable pasaje que podría figurar como modelo ejemplar en las obras de retórica, si las obras de retórica enseñasen el ¡arte de

escribir para no decir nada¡ Qué maravilla, cuidadosamente dosificada, de subentendidos, de imprecisiones voluntarias, de generalidades banales, que, evidentemente, nada revelan.

Últimas páginas de los *Souvenirs* de François Tassart en las que la Dama de gris aparece: el patético relato, sino totalmente melodramático, de la tentativa de suicidio.

Era la noche del 1 de enero de 1892. Al mediodía, Guy había almorzado en Niza con su madre y una de sus parientes, la Sra. de Harnois. Regresó por la tarde a Cannes, cenó frugalmente y se quejó de dolores en la espalda. François le aplicó unas ventosas. Raymond, el marinero del yate «Bel-Ami», un robusto muchacho, completamente devoto a su patrón, ocupaba una de las habitaciones de la villa.

«A las once y media se metió en la cama. Sentado sobre mi silla baja, en la habitación contigua, esperé a que se durmiese. Después de haber bebido su manzanilla, comió unas uvas y cerró los ojos; pasó un minuto y medio.

Me retiré a mi habitación dejando mi puerta abierta. Un momento después, el timbre de la puerta del jardín sonó, era un repartidor de correo. Regresé y eché un vistazo a la habitación de mi señor para ver si dormía, y si era posible entregarle esa nota, que venía de un país de Oriente, según me dijo el cartero. Pero el señor descansaba profundamente, la boca ligeramente entreabierta; yo volví a acostarme.

Pasaron aproximadamente una hora y cuarenta y cinco minutos cuando oí un ruido; corrí hacia la pequeña habitación que llega a la escalera y encontré al señor de Maupassant de pie, con la garganta abierta.» (*O.C.*, pág. 294)

François llama a Raymond quién acude de inmediato, hacen una cura de emergencia y Raymond se apresura en busca del médico. Dentro de lo malo, el corte es superficial. Maupassant se ha salvado. Provisionalmente.

Al día siguiente, 2 de enero:

«El mensaje entregado durante la noche había quedado abierto sobre una mesa; llevaba en la firma el nombre de la mujer nefasta.

La pariente de mi señor que lo había abierto y leído no había comprendido nada. Pero a mí, esa firma me había hecho estremecer. ¿Hay que creer en la fatalidad ¿Por qué los deseos del enemigo más implacable de la existencia de mi señor llegaron en el momento preciso en que su hermosa inteligencia estaba amenazada? Misterio.

«Durante todo ese día, e igualmente al siguiente, mi señor permaneció confuso.» (*O.C*., pág. 298)

Esta redacción no es particularmente clara. Si uno interpreta ¿la pariente de Guy, Sra. d'Harnois, había también venido de Niza a Cannes? François no lo precisa. ¿Ella habría abierto un telegrama que no le estaba destinado? Raro...En suma, la cuestión – ¡oh, que importante! – sería saber si Maupassant leyó o no el telegrama *justo antes* de intentar poner fin a sus días. Si es así, la relación causa-efecto parecería evidente y la Dama de gris asumiría desde entonces una enorme responsabilidad en el drama.

Es lamentable que Tassart no haya creído deber mencionar este esencial detalle. En suma, da que pensar ese relato...

Una «precisión»: En su obra sobre el *Fin de Maupassant* (pág. 151), Georges Normandy, (que no revela, lo que es una lástima, su fuente de información) señala que el telegrama procedía «exactamente de Orán», y no de Oriente. ¿Habría François comprendido mal? Todo esto es muy extraño. ¡Cuantas zonas de sombra!...

Uno se puede sorprender (con razón) de que un telegrama haya sido distribuido a unas horas tan intempestivas. Pero Armand Lanoux (*O.C*., pág. 363) señala que «de una investigación efectuada en el ministerio, deduce que el asunto es plausible, pues la oficina postal de Cannes tenía una ampliación horaria hasta las once». Esto no impide que el repartidor haya invertido *una hora y media* (¡al menos!, pues el telegrama pudo llegar antes de las once) para cumplir el trayecto desde la oficina de correos al domicilio de Maupassant, situado a alguna distancia de la Croisette, donde Guy estaba normalmente a pie. Encuentro que Armand Lanoux hace bien en estimar que «el hecho es plausible».

Tal es, relatada por François Tassart, la historia de las relaciones entre Maupassant y esta extraña «Dama de gris».

Por supuesto, la cuestión quema los labios. ¿Quién era?

Hay que decir que, después de casi un siglo, comentaristas, biógrafos, historiadores de la literatura, se afanan en intentar identificar esta impasible e inquietante silueta, cuyas apariciones, a intervalos casi regulares, parecen haber llegado a salpicar, como golpes de gong premonitorios del Destino, los últimos meses de la vida consciente de Guy de Maupassant, – hasta ese día fatal en el que abrió, al mismo tiempo que el año 1892, las sombrías puertas del desvarío y la locura.

Yo me pregunto de entrada si Maupassant no experimentaba una extraña predilección por el *gris.*

En *Amitie amoureuse*, de Hermine Lecomte du Noüy, en la página 337, Denise, la protagonista del relato, se acuerda de que Philippe (sabido es que se trata de Maupassant) le había reprochado un día haberse puesto, para una velada de Ópera, un vestido de color cereza: «Vos ofendéis mis instintos civilizados y al gris al que tienden mis facultades y mis necesidades.» Hermine conocía perfectamente los gustos de Guy. ¿Sería él quién habría exigido de esta mujer enigmática, a fin de satisfacer de este modo sus «facultades» y sus «necesidades», que se vistiese siempre de gris? Conociendo a Maupassant y su supersticiosa naturaleza (ver lo que dice Gisèle d'Estoc), esta hipótesis no se puede excluir totalmente. Sin embargo esa no es más que una hipótesis, pues, al contrario, parecería que el gris se convierte en «maléfico» en la época de la redacción de *Notre Coeur* (que es, precisamente, la última novela de Maupassant). Pierre Cogny ha significado una muy curiosa variante en el texto. Se lee, en el *manuscrito*, la siguiente frase: «el príncipe Epilati (...) del que se alababa mucho la elegancia y el vigor, exhibidos (...) bajo unas camisetas ceñidas de seda negra o gris perla (...).» Ahora bien, en la versión definitiva entregada al impresor, Maupassant suprime: «o gris perla». Y Pierre Cogny se pregunta si el gris se habría «convertido en un color tabú». (*Notre Coeur*, edición

Cogny, 1962, pág. 242 para el texto y pág. XXXIX para el comentario.)

Se ha intentado, en muchas ocasiones, identificar a la Dama de gris. Esta identificación sería muy útil, subraya Pierre Cogny, pues se podría de este modo, según él, «explicar una cierta evolución de Maupassant con relación al amor, o, más exactamente, con relación a la mujer». (*Maupassant, l'homme sans Dieu*, pág. 79). Es posible, en efecto.

Se sabe que Maupassant era, por desgracia, muy parco en confidencias y en su vida privada. Parece sin embargo que un hombre haya recibido de él varios secretos. Este hombre es, según ya hemos podido ver, Frank Harris. Guy no vacilaba en hacerle confidencias, a veces muy personales. Sin duda veía en el escritor inglés un buen número de sus propias preocupaciones. Dicho de otro modo, la simpatía era profunda y recíproca.

Ahora bien, se lee, en *My life and amours*, en las páginas 43-44, la siguiente «confesión»:

«Los últimos amores son los más peligrosos. Ella es encantadora, un cuerpo perfecto, una amante ideal, tan ardiente como nunca la había encontrado... soy incapaz de resistirme.., y, peor aún, ¡resistir al deseo de asombrarla! ¡Qué vanidosos imbéciles son los hombres! Luego, pago muy caro mis excesos. Durante toda la semana, después de una de nuestras noches voluptuosas, sufro como un condenado e, incluso ahora, aunque ella se ha marchado hace un mes, soy víctima de indecibles sufrimientos. Quisiera no volver a verla, me destruye, me vacía...

«Todo me gusta en ella. Su perfume me embriaga y, cuando se ha evaporado, el olor de su cuerpo es todavía más arrollador. La belleza de sus formas, la seducción inefable de sus negativas y sus consentimientos me arrastran a un delirio de sobreexcitación. Jamás había recibido u ofrecido semejante placer, querido amigo. Es un afrodisíaco irresistible. Apenas mi estado de depresión se atenúa, vuelvo a desearla: ¡la necesito! Sólo pienso en ella, mi alma y mi cuerpo se sienten tan atraídos por ella hasta causarme dolor. Naturalmente hago todo lo posible por dominarme y moderarme,

pero apenas la tengo delante siento el vigor de diez hombres; luego, el apasionado deseo de dominarla, de vencerla; el loco deseo de llegar con ella al paroxismo de la voluptuosidad me subyuga, su ardiente conformidad me trastorna y, una vez más, me precipito en el abismo.»

Para Harris, ningún problema: se trata de la Dama de gris. Yo no estoy tan seguro. Nada lo prueba...

Y dejando vagabundear su imaginación, el escritor británico acaba por enredarlo todo. Identifica a la Dama de gris con Marie Kann, afirmando, además, que era la redactora – la misteriosa « Sra. X... » – del artículo de la *Grande Revue*.

La Dama de gris no puede, en ningún caso, ser Marie Kann. ¿Cómo se explicaría que hubiese enviado un telegrama desde «Oriente» (o desde Orán) cuando había regresado a París después de Navidad? Y sobre todo, François Tassart, después de la aparición de su libro en 1911, volvió a tomar la pluma y completó, en manuscrito, sus recuerdos, manuscrito que fue publicado por Pierre Cogny en 1962, bajo el título de *Nouveaux Souvenirs intimes sur Guy de Maupassant*. Ahora bien, se lee en esta obra, en la página 80: «Me he propuesto decir aquí que Michèle de Burne, ni incluso la condesa, nada tienen que ver con la dama del vestido gris que he descrito como una desgracia en mi primer volumen de *Souvenirs sur M. Guy de Maupassant.*» Recuérdese que la protagonista de *Notre Coeur*, Michèle de Burne, tuvo efectivamente por modelo a Marie Kann.

Por tanto, ni se trata de Marie Kann, ni de Emmanuela Potocka.

«Se pueden imaginar los rasgos de Gisèle de Estoc en la misteriosa "mujer de gris" de la que habla Tassart», estima Armand Lanoux (*Amours 1900*, pág. 260). No. La joven y ardiente Gisèle no posee ese porte impasible, hierático, que sugiere el texto de Tassart. Gisèle no «pega» como una burguesa educada en el Convento de los Oiseaux. Lejos de eso...

Jean Lorrain pensaba en Lulia Cahen d'Anvers (cf. Lorrain Godefroy-Demombynes, *La Femme dans l'oeuvre de Maupassant*, 1943, pág. 236). Imposible, ella había partido hacia París con su

hermana Marie Kann algunos días antes de la tentativa de suicidio. Y las relaciones entre Guy y Lulia no han sido nunca, según parece, muy «íntimas».

Pierre Borel afirma que la Dama de gris era una cierta Sra. Meyniés, «de la que no se sabe nada» (A. Lanoux, *Amours 1900*, pág. 257). Tassart habría confiado a Borel que esta mujer «fue fatal» para su señor... Pero, como hace notar muy justamente Armand Lanoux (*Maupassant le Bel Ami*, pág. 375), «¡Borel ha afirmado tantas cosas falsas!»...

En definitiva, se ha pasado revista a todas las mujeres «posibles», si no es Hermine Lecomte du Noüy. Hay que decir que, realmente, un abismo separa a la rubia y romántica Hermine de esta especie de súcubo impasible y glacial que nos describe Tassart.

Finalmente, la «Dama de gris» permanece desesperadamente anónima. Ninguna de estas tentativas de identificación es satisfactoria.

¿Hay que renunciar entonces a obtener la identidad de esta mujer que, desde hace un siglo, ha entrado en la leyenda?

François Tassart
el «inefable » mayordomo

Frank Harris, autor de
My lyfe and amours

XI

¡A MÍ, FAUNO MÍO¡

«El otro día oí a una mujer de bastante alcurnia decir a un diplomático parado ante ella: " ¡Oh!, adivino porque usted me hace la corte. Usted cree que soy la amiga íntima de Maupassant y esa idea os enciende." "¡Ah!, ¡si tuviese salud!" suspiraba otra mirándola. Dios mío, ¿qué les enseña entonces? »

Georges Porto-Riche, *Sous mes yeux*, pág. 17

Algunas consideraciones astronómicas – La «bella Ernestine» – Una Suzanne que se reblandece – La aguadora – La viuda del «toreador» – Una secretaria desengañada – La princesa y sus «benjamines» – La muerte del Cisne – Un cara a cara novelesco – La «rusa de Cimiez» – Una pobre prestación de Paul Bourget – Un «sátiro» de la Literatura – Las «damas» de François – Las diversiones del conde «Gegé» –«¡Haz lo que quieras!» – Una apreciación lapidaria – Una flamenca apetitosa – Irrupciones nocturnas del «fauno».

Desde hace casi un siglo, es típico calificar a Maupassant de «meteoro». La imagen es justa: en quince años, desde 1875 a 1890, su obra ha atravesado de forma fulgurante, el cielo de la Literatura francesa.

En cuanto a su vida erótica, la compararía perfectamente a un cometa. Gracias a la perspicacia de los biógrafos, se ha podido descubir la cabellera de este cometa, constituído por estrellas de primer rango: Marie Bashkirtseff, Hermine Lecomte du Noüy, Emmanuela Potocka, Marie Kann, Gisèle d'Estoc, la Dama de gris. Lo más difícil queda por hacer: explorar – en la medida de lo posible – la cola (es el término científico), esa polvareda de astros que, vistos de lejos, no son todos identificables, ni incluso visibles.

La madre de Guy, Laure de Maupassant, que, como se sabe, velaba celosamente por la reputación de su hijo, pretendía, contra toda certeza (¡recordemos, entre otras, a la pequeña Jeannette!) que aquél no había sido «espabilado» hasta la edad de dieciocho años, – y que la autora de esa «iniciación» se habría llamado Ernestine Aubourg.

¿Quién es Ernestine Aubourg? Era la famosa ¡«Bella Ernestine»! La bella Ernestine es una figura que fue célebre durante mucho tiempo – incluso tal vez hoy – en la región de Caux, en los alrededores de Fécamp, Étretat y otros lugares. Poseía un albergue en Saint-Jouin, cerca d'Étretat. Y Guy de Maupassant le dedicó una crónica en *le Gaulois* del 1 de agosto de 1882 (cf. Maupassant, *Chroniques*, edición Hubert Juin, 10/18, tomo II, pág. 105-110).

Maupassant recuerda que ese albergue, en los años 1870, vio afluir poetas, pintores, novelistas, músicos, artistas de todo tipo. Dumas padre e hijo, Flaubert, Renoir, Monet, Offenbach, etc., frecuentaron varias veces su local, y Ernestine conservaba religiosamente los autógrafos de sus ilustres visitantes. Sin contar, claro está, a la «banda Prunier », en los tiempos de remo. Incluso la

reina de España rindió al albergue el honor de su visita. La bella Ernestine, en absoluto acomplejada, ¡le hizo degustar un plato de callos!

Maupassant reproduce, en su artículo, un autógrafo que se hizo legendario:

Belle Ernestine *A vos yeux je devine* *Que vous voulez un autographe.* *Le voilaphe.*	*Bella Ernestine,* *En vuestros ojos adivino* *Que queréis un autógrafo,* *Helo aquí.*

Letra y música firmadas por Jacques Offenbach.

«Es una muchacha fuerte, escribe Guy en 1882, madura ya, bella todavía, de una belleza poderosa y sencilla, una moza campesina, una hija de la tierra, una vigorosa paisana.» Ella no fue seguramente la iniciadora que pretendía Laure, pero animaba a los muchachos guapos y era de fácil aproximación. Está claro que de la bella Ernestine, Guy de Maupassanat no conserva únicamente más que recuerdos estéticos.

A instancias de su «maestro» Flaubert, Maupassant, quién se dedica al teatro, frecuenta a veces las bambalinas. Pero no se tienen más que pocas precisiones acerca de sus «actividades» en este terreno.

Se sabe que conoció – cuando menos se la encontró – a Sarah Bernhardt en febrero de 1877, bajo la recomendación de Flaubert, cuando trataba de hacer representar su pieza *La Trahison de la Contesse de Rhune*. Sarah había ya pasado la treintena, estaba en el apogeo de su belleza y de su seducción, y Guy, el joven super macho, no tenía más que veintisiete años... ¡Se puede soñar!

Parece verosímil que Maupassant haya conocido a la que encarnó a la *Dame aux Camélias*, Engénie Doche. En efecto, se ha conservado este sugestivo cuarteto, debido a la pluma del autor de «Au bord d l'eau»:

Connais tu les appas	*¿Conoces los pechos*
De la trompeuse Doche ?	*De la equívoca Doche ?*
Si son coeur est de roche	*Si su corazón es de roca*
Ses tétons n'en sont pas.	*Sus tetas no.*

¿Y Suzanne Lagier?

A decir verdad, no lo sé. Desde luego, Lagier no era demasiada arisca, Flaubert algo sabía de eso. Y, un día, el 14 de noviembre de 1878 exactamente, él mandaba a su «discípulo»: «El desamparo de Lagier es hermoso. Usted debe socorrerla.» ¿Se dejó Guy enternecer? Lo dudo.

Suzanne Lagier apreciaba mucho, se ha visto ya, el poema «La femme à barbe», pero le había escandalizado profundamente la representación de la *Feuille de Rose*, que abandonó antes del final. Y hay que reconocer que, cuando Guy habla de esta comedianta-cantante, de tan grande boca como envergadura, la simpatía no parece aflorar demasiado. Él estaba sin duda impresionado por su personalidad, pues a Lagier no le faltaba «presencia», pero en la época en la que la conoció, él apenas tenía treinta años y Suzanne, contaba ampliamente con más de cuarenta. Ahora bien, parece que a diferencia de Flaubert, Maupassant no ha sido atraido por las mujeres sensiblemente mayores que él. En todo caso, ciertos pasajes de las cartas que poseemos parecen vislumbrar por lo menos una cierta reticencia al «abordaje» de esta provocadora comedianta.

El 11 de marzo de 1876, en una carta a Robert Pinchon, Guy «define » a Suzanne Lagier en estos términos: «Suzanne Lagier, la primera ninfómana, llena del espíritu de los demás e hinchada con el esperma de tres generaciones. Ella cuenta las historias más excesivamente guarras y extrañas.» Esto corresponde bien al personaje.

Dos años más tarde, Flaubert recibe esta confidencia: «Ella es bastante bromista, pero monótona, y su personalidad de comedianta ocupa en su espíritu un lugar desmesurado» (Carta del 21 de agosto de 1878).

Eso no es entusiasmo. Pero lo siguiente es menos: «He estado viendo ayer a Suzanne Lagier (...). Está buscando una recomendación poderosa para un joven, un cantante de la Ópera-Cómica. Yo estaría muy sorprendido si ese no fuese su nuevo amante (...). El muchacho estaba casado; ella le ha hecho abandonar a su mujer con la que tiene tres hijos... y ellos le aman... Ese no puede ser más que un imbécil.

«Me ha hablado de amor verdadero, de cariño de corazón... Se ha vuelto elegíaca y sentimental; – tiene lo que podría llamarse un reblandecimiento de coño. Yo la he reprendido con severidad.» (Carta a Flaubert, del 11 de marzo de 1878)

Habida cuenta de esta apreciación, dudo mucho que Guy se haya dejado seducir. Después de lo que, no hay mucho más que plantear sobre la cuestión de Suzanne Lagier en la vida de Maupassant. Se puede concluir entonces que, con toda verosimililtud, Guy no ha experimentado ningún deseo de «socorrer» en su «desamparo» a la fenomenal (en todos los sentidos del término) Suzanne Lagier.

De los años 1880 data también una discreta relación, muy mal conocida, pero probablemente más «elegíaca» que las demás. Ella se llamaba Marie Bidaut. Apenas tenía veinte años cuando conoció a Guy y era «aguadora» en Châtel-Guyon. Es la «Marie» de las primeras páginas de *Mont-Oriol*.

Murió nonagenaria, en 1951. André Vial la encontró dos años antes de su muerte. Tenía una pierna amputada y debía su invalidez a sesenta años de servicio en la humedad de las fuentes. Vial quedó sorprendido, dijo, «de la extremada distinción de esta persona y de lo que quedaba en ella de una belleza antaño muy apreciada». Marie Bidaut conservaba numerosos recuerdos de los años 1880-1885. «Sin embargo, según Vial, mantuvo una rigurosa discreción» Pero cuando él le habló de Maupassant, rompió a llorar... Y André Vial interrumpió la entrevista (cf. A. Vial, *Maupassant et l'art du roman*, pág. 415, nota 5).

¿Quién es esta «señora Blanche», a la qué Guy dirige el 15 de enero de 1888 (fecha del cuño postal) la siguiente nota?:

«Mi querida amiga, Tengo cosas que hacer, a saber donde pongo la cabeza; también es posible que no pueda volver a mi casa mañana antes de las siete y media. Se lo advierto para que no me espere demasiado tiempo. Le beso tiernamente las manos.»

¿Era la esposa del doctor? Tal vez. En tal caso, podría pensarse que ella encontraba en los brazos del futuro pensionista de la clínica de Passy, compensación a las locuras de su marido.

Se conoce mucho mejor a Geneviève Bizet, la esposa del autor de *Carmen*, quién, después de enviudar en 1875, se convirtió en la esposa del abogado israelí Émile Straus el 7 de octubre de 1886.

Se apellidaba Halévy de nacimiento, hija del compositor Fromental Halévy, y casada con Georges Bizet en 1869. Tiene un salón y su hijo Jacques Bizet lleva allí, en 1888, a Marcel Proust, entonces con diecisiete años. Maupassant encontró a Proust en casa de Genevieve Straus pero no hace más que entrever a esos jóvenes representantes de la nueva generación, como Fernand Gregh o Robert de Flers. Marcel escribía entonces a su padre, hablando de Maupassant: «No lo he visto más que en dos ocasiones, él debe saber más o menos quién soy yo.» Maupassant no figura en la galería de cuadros de *En busca del Tiempo perdido*, pero, por el contrario, Geneviève y su segundo marido Émile Straus desempeñan allí un papel nada desdeñable. El abogado ha proporcionado ciertos rasgos a Guermantes y Geneviève es Oriane, la esposa de duque.

Es a partir de 1886, antes de sus segundas nupcias, cuando se produce una correspondencia bastante abundante entre Maupassant y Genviève Bizet. En el transcurso del verano, Guy escribe, desde el hotel Fournaise, a su corresponsal y la invita a Chatou: «Me gusta venir cuando me siento esperado, solo mirado, solo escuchado, estar solo encontrandoos bella y encantadora y no queda demasiado tiempo, os lo prometo.» Flirteo discreto, respetuoso, y que va a proseguir tras el segundo matrimonio. «¿Sería muy indiscreto, señora, pediros que me diera en alguna ocasión, noticias cuando no tenga absolutamente nada que hacer durante los días lluviosos? Si usted consintiera, me daría un gran placer del que os estaría

extremadamente agradecido.» (Étretat, fin de junio de 1888). Y ese tono no cambia nunca.

En consecuencia parece que Maupassant no ha sido amante de Geneviève Straus. Goncourt, que la conocía bien (habla de ella en ventinueve ocasiones en su *Journal*) la juzgaba con bastante severidad, así como a sus amigas de salón: «La jornada de la Sra. Straus, antes Bizet. Allí están la duquesa de Richelieu, la duquesa de Gramont, la princesa de Beauvau...¡Cielos! ¡nunca he encontrado reunida tanta aristocracia en un salón! Esas mujeres, morenitas o rubias y generalmente moninas, tienen distinción, pero no una distinción de gran dama sino una distinción burguesa de señorita de almacén enormemente elegante. Es mono, es agradable, ese parloteo en los rincones, mordisqueando pastas con elegantes crujidos y cacareos de aves.» (28 de mayo de 1887).

¡No olvidemos que Goncourt era misógino y por añadidura – lo que no arreglaba nada – antisemita!

Dicho esto, un extracto del *Journal*, de fecha 28 de enero de 1895, parece proporcionarnos la clave del problema: «La Sra. de Baignières» (célebre por su salón político y literario de la calle del General Foy) «que conoce en profundidad a la Sra. Straus, me decía que a ella no le gustaba más que el amor un momento, si Maupassant le hubiese dicho de seguirle, habría abandonado todo...»

Debemos añadir que, durante el internamiento de Maupassant en 1892 y 1893, Geneviève Straus intenta, en varias ocasiones, pero sin éxito, ver a aquél que ha podido quizás amar verdaderamente, pero que, evidentemente, no buscó en ella más que un medio de introducirse en «sociedad».

¿A quién citar todavía entre las mujeres identificadas, que Maupassant conoció, en sentido bíblico o no?

«Allouma», por supuesto, la argelina encontrada probablemente durante el invierno de 1888 en los confines del Sahara y que se convertiría en la protagonista de un relato célebre. Armand Lanoux piensa que, según la fecha de su composición (10 a 15 de febrero de 1889), la historia de esta fascinante mujer de costumbres ligeras que Mohamed, el servidor del narrador (¿sería

François?) puso en la cama de su señor, y que acabó por huir con un pastor, ha sido escrito *in situ*. Allouma, figura inolvidable de la mujer, a la vez irresistible y traidora, que ilustra ese aforismo que se descubre en *Un cas de divorce*: «Habría que amar, amar perdidamente, sin ver lo que se ama, pues ver es comprender, y comprender es despreciar.»

Poco se sabe de Clémence Brun-Chabas, llamada «Clem», una amiga de Étretat, de la que Stephan Coulter hizo uno de los principales personajes de su novela *La vie passionnée de Guy de Maupassant* (1959). Ejerció como secretaria de Guy durante algún tiempo (en particular cuando sufría de trastornos visuales) y, si se cree a Charles Lapierre, el periodista amigo de Flaubert, habiéndose enamorado de su «jefe», «Clem» sufrió una amarga desilusión: «Pudo haberse creído indispensable y haberle atado mediante dos lazos: la costumbre y una especie de reconocimiento. Ella fue dolorosamente desengañada cuando supo que un buen día, Maupassant había partido en su yate. No volvió hasta mucho tiempo después. Era su forma de evitar el *encolado*, como él decía» (Lumbroso, *O.C.,* pág. 620).

En julio de 1890, Maupassant veraneaba en Aix-les-Bains. Tassart relata al respecto el encuentro que su señor tuvo con una misteriosa princesa rusa.

«Varias veces al día, iba a la villa de las Flores» (que en realidad era un casino); seguía de cerca y por todas partes, tanto como era posible, a una princesa rusa que residía en el pabellón ocupado antaño por la emperatriz Eugénie…

«Un día me citó durante la noche "en su vivero de flores humanas", como él decía, y me presentó a la dama en cuestión…

«Al día siguiente, durante el almuerzo, gracias a algunas palabras en ruso, entablé relación con el ayuda de cámara de la princesa. Aproveché para dar a mi señor las informaciones que deseaba ardientemente acerca de esta personalidad exótica, de las que supo sacar un maravilloso partido.

«Nuestra princesa tuvo un lugar destacado en *l'Ame étrangère*. Nunca comprendí como el señor pensaba interpretar la situación de esta dama en su novela. Lo que puedo decir, es que al lado de mil pequeños detalles interesantes de la vida de esta princesa, me había impresionado que tuviese dos amantes que no la dejaban nunca y que, como dos corderitos queridos y dóciles, dormían en dos pequeñas camas colocadas a ambos lados de la de Su Alteza. El príncipe consorte era, según decían, un funcionario de elevado rango que venía raras veces a Francia, sólo cuando su servicio así lo exigía.» (*Souvenirs*, pag. 231-232).

Sabrosa anécdota. A decir verdad, tras investigaciones realizadas, parece que la emperatriz Eugénie ¡nunca ocupó un pabellón en Aix-les-Bains! Pero ¿quién era esa princesa rusa? Lo más probable es que se trate de la princesa Olga Ouroussof, esposa del príncipe Alexandre Ouroussof, de San Petersburgo, cuyos nombres figuran en la lista de extranjeros residentes en Aix-les-Bains a 1 de junio de 1890. Aclarada esta cuestión histórica, en efecto se lee, en el primer capítulo de *l'Ame étrangère*, novela inacabada de Maupassant, publicada en *la Revue de Paris* el 15 de noviembre de 1894, el siguiente pasaje: «Una nueva figura ha aparecido, morena, morena como lo son en los confines de Oriente, llevando sobre su frente y sobre las sienes esa espesa mata de cabellos negros que parecen coronar a una mujer con la noche. De estatura media, tenía el talle fino, un pecho pleno, un ligero porte, un aire de vivacidad y de indolencia al mismo tiempo y esas formas de belleza agresiva que va arrojando desafíos a todas las miradas.» Queda por saber – pero eso nunca se sabrá – si Maupassant se ha contentado con escrutar a la princesa Ouroussof, a fin de esbozar un retrato novelesco, o si no ha representado el rol del tercero en discordia junto a esta gran dama que, tal vez, acababa por cansarse de la presencia de los dos «benjamines» que compartían su habitación.

Es igualmente en 1889 o 1890 cuando data una aventura, finalmente trágica, que fue relacionada en el semanal *Vendémiaire* el 30 de noviembre de 1938, por Axel Munthe, el médico y escritor sueco, autor del célebre *Livre de San Michele.*

Maupassant había invitado a Axel Munthe a su yate «El Bel-Ami». Fue allí donde Munthe conoció a una bailarina de la Ópera, de la que no nos informa más que del nombre, Yvonne. Yvonne era, desde aproximadamente un año, una de las múltiples amantes de Maupassant. Apenas tenía dieciocho años.

Algún tiempo después, Axel Munthe volvió a encontrar a Yvonne en los bastidores de la Ópera. «Cenamos tarde en el pequeño y elegante apartamento que Maupassant acababa de tomar para ella. Ella había lavado con agua el maquillaje de su rostro y quedé sorprendido al ver lo pálida y ajada que parecía, comparada a aquella que yo había visto por primera vez en el yate. Me dijo que tomaba siempre éter cuando bailaba, que no había nada comparable al éter para animarse. Maupassant se quejaba de lo que ella adelgazaba y de que su tos ronca le impedia dormir por la noche.» Munthe examinó a la muchacha y aconsejó vehementemente a Maupassant que la enviase a pasar el invierno a Menton. Agravándose su mal, Yvonne «absorbía por docenas botellas de aceite de hígado de bacalao para poder engordar: ella sabía que a su amante no le gustaban las mujeres delgadas».

Y Maupassant se cansó. Sedujo a otra bailarina, a la que Yvonne, acosada por los celos y el dolor, envenenó. Resultado: dos meses de prisión. Presa en Saint-Lazare. Axel Munthe la visitó e intentó prevenir a Maupassant de la trágica situación en la que se debatía la desgraciada. Imposible franquear la puerta: ¡François se opuso! «¡Se trataba siempre de la historia de la dama misteriosa! Todo lo que pude hacer, añade Munthe, fue garabatear unas palabras respecto de Yvonne. François prometió entregarle la nota a su señor. ¿Lo hizo? Nunca lo supe.

«Es probable que no se la haya entregado, pues se dedicaba siempre a evitar a su señor complicaciones con las mujeres. Cuando llegué a Saint-Lazare a la mañana siguiente, Yvonne estaba muerta.»

Lamentable historia la de esta pobre chica que seguramente amó a Guy de Maupassant. «Yo sabía, escribe Axel Munthe, que ella hubiese dado su alma, tras haber entregado su cuerpo, a ese macho insaciable, que sin embargo no tenía apego más que por su cuerpo.»

¡Eh! sí...

Es extraño que un novelista se tope con uno de sus personajes. Sin embargo eso fue lo que le sucedió a Maupassant con *Boule de Suif*. Ella se llamaba Adrienne Legay y había nacido en Életot, comuna del cantón de Valmont, a siete kilómetros de Étretat. Tenía veinte años cuando fue a buscar fortuna en las callejuelas de Rouen. Se sabe que la aventura contada por Maupassant es auténtica. Cuando terminó la guerra, Adrienne volvió a su oficio.

Veinte años más tarde, Maupassant asistía, en compañía de periodistas locales, a un espectáculo en el teatro La Fayette en Rouen. Levantando la cabeza, advirtió a Adrienne Legay, quién ocupaba sola un palco.

Leamos la narración de esta anécdota, que los ruaneses conocieron dos años después, en el *Journal de Rouen* del 19 de agosto de 1892.

«La miró mucho rato, con curiosidad, con una atención prolongada, casi emocionado se podría decir; nos dejó y le vimos, un instante después, como entraba en el palco de la dama; la saludó inclinándose profundamente, con una reverencia de mosquetero galante y tomó asiento a su lado.

«Fue ese mismo día, después del teatro, cuando *Boule de Suif* y Maupassant se fueron juntos al Hotel du Mans. ¿Qué se dijeron? ¿Qué palabras se pronunciaron entre este delicado, este refinado, este artista y esta mujer de espíritu ciertamente vulgar que, quizás conservaba un vago y etéreo recuerdo de la aventura de antaño, incidente olvidado de su vida amorosa?»

Si se ignora el matiz de desprecio burgués de este juntalíneas de nombre Henri Bridoux hacia la prostituta, confesamos que este relato es emocionante. Lo es en tanto que se sabe que este artículo apareció algunos días después de que Adrienne Legay se hubiese suicidado en la miseria. No podia pagar su alquiler y debía la módica suma de siete francos. Y, durante ese tiempo, Maupassant vegetaba en la residencia de salud del doctor Blanche...

Así acabó *Boule de Suif*, una de las más pintorescas figuras de la novela francesa.

Dos meses antes del *naufragio*, en octubre de 1891, Maupassant pudo creerse rejuvenecido siete años. Cuando se encontraba en Niza recibió una carta de una joven desconocida que pertenecía a una rica familia rusa, los Bogdanoff, instalada en Cimiez, muy cerca de él. Pese a esta proximidad, se está seguro esta vez, contrariamente a lo que había pasado con Marie Bashkirtseff, que el hombre de cuarenta y un años – casi viejo... – en el que se había convertido, no encontraría nunca a esta joven heredera de veinte años que leía *Les Liaisons dangereuses*, lo que tiende a demostrar que, en ciertas grandes familias de la época, se tenía, piense lo que se piense, el espíritu amplio.

Seducido por la primera carta «divertida y original», Guy se apresura a responder e incluso envía – ¡gesto completamente excepcional por su parte! – su fotografía. ¿Esperaba secretamente desafiar al destino y recobrar una juventud que sentía escapársele trágicamente? «Pongo a vuestros pies, señorita, mis sentimientos asombrados y seducidos», concluyó, radiante.

La joven, sin duda un poco asustada, creyó que su ilustre corresponsal la juzgaba ligera y frívola. Maupassant se defendió: «Del mismo modo que me permito exponer y vender mi fotografía, yo os la he enviado como hago con muchas otras personas que me son desconocidas, como usted. Confieso sinceramente, que eso es una cortesía, habiéndome divertido vuestra carta (...) ¡Eso no tenía nada de personal!»

Probablemente animada, la señorita Bogdanoff envía entonces un torpe y auténtico cuestionario-encuesta que disgustó a Maupassant. Y el intercambio epistolar se detuvo definitivamente. El 10 de noviembre, Guy respondía: «Esta carta es la última que recibiréis de mí. Veo que un mundo nos separa y que usted ignora absolutamente lo que es un hombre únicamente ocupado de su oficio y de la ciencia moderna y sintiendo un absoluto desdén por todas las pamplinas de la vida.

«El interrogatorio de álbum que usted me envía ha sido para mí una revelación asombrosa.

«Mantengo mi vida tan secreta que nadie la conoce (...) Si os he enviado mi fotografía, es que me han acribillado con cartas solicitándomela y he acabado por permitir su venta. En cuanto a mostrarme, no. Voy a desaparecer de nuevo seis meses para estar alejado de todo el mundo.

«Vea usted que nuestros caracteres no se parecen demasiado.

«Pongo mis homenajes a sus pies, señorita.»

Jamás se vieron. La «rusa de Cimiez», como se la llama algunas veces, habrá supuesto un rápido claro de juventud en el cielo crepuscular de Maupassant, – antes de la noche.

¡Falta el polvo! Esas decenas y decenas de mujeres que han permanecido anónimas, desde prostitutas a princesas, que pasaron, como luces fugitivas, por la vida de Guy de Maupassant, yo diría fácilmente en las jornadas de Guy de Maupassant, pues no pasan demasiados días – a pesar de las jaquecas, a pesar a los trastornos de todo tipo, y a pesar de la elaboración de las obras – sin que una mujer no venga a golpear su puerta y no entre en su cama.

La actividad sexual se había de algún modo banalizado, se había convertido para él, al igual que para otros, cotidiana, sino, la mayoría del tiempo, varias veces cotidiana. Su propia estimación – aproximadamente trescientas mujeres en veinticinco años – se sitúa sin ninguna duda bien por debajo de la realidad.

A pesar de sus esfuerzos para «ocultar su vida», Maupassant no podía evidentemente impedir que se conociese su fenomenal «vitalidad» Todo el mundo sabía, todo el mundo hablaba. Pero los documentos *escritos* son raros. La mayoría han sido destruidos, bien por el propio Maupassant (ejemplo: las cartas de Gisèle d'Estoc), bien por diligentes «manos piadosas», que querían que su memoria fuese «respetada»...

Actualmente nos queda – aunque existen todavía numerosos documentos que se acabarán por descubrir algún dia – un cierto número de testimonios, algunos bastante imprecisos pero sugestivos, otros más detallados y, por ello, a menudo reveladores.

He aquí una muestra.

En su *Journal*, de fecha 17 de noviembre de 1892, Edmond de Goncourt narra la siguiente anécdota, a la que no le falta chispa y que probablemente se remonta a diez años atrás.

«Paul Bourget y yo charlamos de Maupassant, y él me contó esta anécdota acerca de nuestro sádico colega.

«Un día, Maupassant le dijo, sin más preámbulos:

«– Me gustaría que os acostarais con mi amante.

«– ¡Aah!

«– Sí... por ejemplo, ella estaría disfrazada... ¡Oh! es bella... pero es una mujer de la sociedad... No quiere que se la reconozca.

«En efecto, Bourget sabría más tarde que se trataba de la esposa de un importante universitario.

«En el día en que la mujer debía venir, Bourget fue a casa de Maupassant, habiéndose asegurado por adelantado poder hacer una honorable retirada, en el caso de que permaneciese insensible.

«Al llegar la mujer, con una máscara sobre el rostro, diciendo que iba a quitarse su sombrero, regresó totalmente desnuda, no habiendo conservado, lo que dejaba adivinar su origen burgués, más que un par de medias de algodón rosa.

«Esas medias de algodón, el temblor nervioso de la mujer, el sudor frío de sus senos, tal vez la presencia de Maupassant, hacían que Bourget no pudiese satisfacer a la mujer, culpando de ello al hecho de que la presentación había sido demasiado brusca. En esto, la mujer gritó a Maupassant: "¡A mí, fauno mío!" – se arrojó sobre él y le hizo una felación.

«Pero he aquí lo curioso: la frialdad que esta mujer había mantenido con Bourget le había dado la idea de hacer una orgía con un literato que tenía la reputación de ser un *sátiro*: Catulle Mendès. Y Maupassant fue a proponer el asunto a Catulle, quién aceptó, pero con la condición de que él podría llevar a su amiguita.

«Entonces, entre los cuatro, tuvo lugar una terrible orgía, al cabo de la cual la mujer del universitario, en una crisis histérica, fue a buscar a la habitación contigua el revolver de Maupassant comenzando a disparar a éste y a Mendès, llegando a herir en la mano al primero cuando intentaba desarmarla.

«Sería la herida que Maupassant, una noche que me lo encontré en el ferrocarril, me hizo pasar por una herida hecha por un marido que estaba a punto de deshonrar.»

Ese disparo de revólver parece confirmado por dos testimonios, que permitan datar el suceso.

El 21 de enero de 1882, Goncourt refiere que acaba de encontrarse con Maupassant «en el tren»: «En el ferrocarril encontré a Maupassant, y como le pregunte si la herida que se había hecho en el dedo con el revolver iba mejor, me contó que fue un disparo de revolver de un marido al que había engañado. Ayer, Zola me decía de él que era terriblemente mentiroso.»

En cuanto a Tassart, que entra al servicio de Maupassant exactamente el 1 de noviembre de 1883, recuerda que «poco tiempo antes», su señor, «sacando un revólver de su bolsillo, se había disparado una bala en el dedo» (*Souvenirs*, pág. 7).

En definitiva, Guy tomó buenas precauciones para divulgar diversas versiones de este incidente.

En cuanto a Catulle Mendès, que tenía nueve años más que él, autor dramático y novelista, también fue, como se ve, un vividor. Hecho que se reafirma con varias notas recibidas de Guy en diversas épocas (faltan las fechas):

«Mi querido amigo, venga a cenar mañana, martes por la noche en mi casa, con Legrand, Gervex, Rosa B. des Français, la ex de d'Hubert – que ha cambiado de cama. Puede usted traer una dama. Le estrecho cordialmente la mano.»

Preciso que Legrand había presentado a Maupassant a la condesa Potocka, que Gervex era ese pintor insulso del que ya he hablado, que «Rosa B.» se trata de Rosa Bruck, nacida en 1865, prima de Sarah Bernhardt, especialista en papeles de enamorada en la Comédie-Française y que d'Hubert dirigió el *Gil Blas* dese 1886 a 1892.

«Mi querido amigo, he reservado un comedor privado en el Lion d'Or. Podremos cenar en Voisin el mes próximo. Hasta mañana, entre las 7 h 30 y las 7 h 45 – pues una mujer que he invitado no siempre es puntual. Muy cordialmente. »

El Voisin era un café de la calle Saint-Honoré.

«Mi querido amigo, doy por supuesto que para el lunes, ¿no es así? En el Lion d'Or a las 7 h 30. Lleve una mujer. Silvestre y yo haremos otro tanto. Muy cordialmente.»

Se trata de Armand Silvestre, el hombre de la elocuencia «regordeta»

(A una «desconocida»:) « Quiere usted cenar con Catulle Mendès, Armand Silvestre y yo? Cada uno de ellos llevará una amiga, eso podra ser muy divertido y revelador. Apostaría a que la de Silvestre pesa 500 Kg...» (el resto falta.)

Cinco días después de su entrada en servicio, el 6 de noviembre de 1883, Tassart comienza su carrera de portero. ¡Cuantas veces en ocho años, habrá recibido a todo tipo de mujeres!...

«Hacia las 7 de la tarde, tomé una linterna y acompañé a mi señor a la verja del jardín» (la escena transcurre en Étretat). «Pronto llegó un coche. Una dama muy abrigada descendió. El señor tomó su mano y regresamos a la casa.

«En el vestíbulo, mi señor ayudó a esa dama a desprenderse de toda una serie de chales. Estaba muy presto y solícito. Pude observar cuanta seducción había en su forma de hablar cuando quería.

«Cuando llegaron los postres, yo me retiré a la cocina donde Désirée me esperaba para cenar. "¡Eh!, me dijo, ¿es bella esa dama? "Yo respondí riendo: "Seguramente, es bella, y yo le encuentro un aire de emperatriz. – No te rías, me dijo seriamente Désirée, esta dama ha sido la amante de Napoleón; todo el mundo lo sabe aquí. Napoléon estaba loco; él la ha ennoblecido. Ha hecho grabar sus armas sobre todas sus joyas y sobre todos los objetos que posee en su casa."

«A las diez, el coche ya estaba allí, tomé mi linterna y acompañé al señor y a su invitada; mi señor subió en el coche con ella y me dijo: "No me espere, tengo mis llaves" » (*Souvenirs*, pág. 4-5).

Se trata, evidentemente, de Napoleón III, el cual también, poseía una muy repleta agenda de baile. No es necesario decir que jamás se sabrá quién era esa «dama».

Otro fragmento de carta, fechado por Jacques Suffel (¡con un signo de interrogación!) en noviembre de 1883. Esa carta estaba dirigida al barón Ludovic de Vaux, gran amigo de Maupassant, autor de *Tireurs au pistolet*, del que Guy redactó el prólogo.

«Mi querido amigo, no dejo pasar el rumor. Es cierto que me encontraba en Triel, no con una negraza, sino con dos blancas. Tu conoces a una de nombre, a la que me encontré allí, por casualidad. Acabas de crearme, por otro lado, un gran problema con un rumor ya antiguo. Cuando se trata de mí, todo esto me resulta absolutamente igual, pero había allí una historia de mujer; y esto lo convierte todo en un contratiempo.»

He aquí el género de «carta tipo» de Maupassant que poseemos. Nada es preciso. Es confuso. Todo es alusivo y se está desarmado. Es imposible, en la mayoría de los casos, aclarar las alusiones...

Otoño de 1883. Léon Fontaine, llamado «Petit Bleu», recibe esta breve nota:

«Una sola palabra, mi querido Léon, te ruego que me respondas mediante un despacho. Tendré necesidad del *Frére Jean* el jueves, para un muy misterioso paseo. No iré además a París. Me quedo en Maisons.»

Frère Jean era un barco. Maupassant dio ese día un paseo por el Sena, que debió concluir, casi con toda seguridad, en una habitación de un albergue.

He aquí una carta a un amigo anónimo, escrita desde el nº 10 de la calle Montchanin, por tanto posterior a 1884, en parte reproducida por Armand Lanoux (*O.C.*, pág 388).

Se apreciará el tono de esta carta, cuyo desahogo y naturalidad manifiestan, con toda evidencia, que el vocabulario utilizado por Maupassant en la «conversación corriente» no tenía ninguna relación con la del *escritor*.

«Una mujer que me empalma desde hace bastante tiempo y que se cerraba a todas mis llamadas, muy poco libre además, acaparada por su marido y familia, quiere cenar conmigo el 31 de diciembre y promete. ¡Listo!. Usted lo sabe ¿no es así? Un hombre

que se empalma no tiene más remedio que aceptar. Ahora bien, ella debe haber regresado a su casa a las 10 h 15 lo más tardar. Yo estaré entones en la suya a las 10h 30.

«Perdóneme, pero es el rabo quién conduce y gobierna a la cabeza en este caso.»

En 1885, poco tiempo después de la aparición de *Bel-Ami,* Guy de Maupassant y Paul Bourget recorren Italia. Helos en Roma, donde se encuentran con el conde Primoli, llamado «Geg », sobrino de la princesa Mathilde y gran amigo de Bourget. El conde, un perfecto hombre de mundo que busca diversificar las diversiones de sus huéspedes, los invita a un burdel.

Esta anécdota es muy conocida y ha sido en repetidas ocasiones reproducida. Yo no puedo resistirme al placer de dar la versión de Lumbroso (*O.C*., pág. 567), que dice mucho sobre los «tabúes lingüísticos» de la época.

«El conde Primoli condujo a sus dos amigos a una... ¿Cómo lo diría?... una casa Tellier de ínfimo orden: una casa de soldados, muy cerca del palacio Primoli, calle Tor di Nona, en frente al puente San Angelo.

«Maupassant, seducido por los encantos generosos de una de las chicas, abandona con ella el salón. Regresando, algunos instantes después, encuentra a Bourget sentado totalmente avergonzado, en un rincón: en el mismo rincón y en la misma posición en la que Maupassant lo había dejado.

«Entonces el escritor normando le gritó alegremente: "¡Ahora, querido, comprendo vuestra psicología!»

Decididamente, el futuro autor del *Disciple* no se le daba bien seguir el ritmo. Robert Pinchon, llamado La Toque, recibió numerosas confidencias, guardándose bien – convertido, como él decía, en un «hombre serio» – de divulgarlas. ¡En efecto, llega a ser cómplice! Tenemos este fragmento de carta no datada, que, no sé por qué milagro, ha escapado a la diligencia de las «manos piadosas» :

«Estoy en Rouen, pero no solo... No informes a nadie de mi paso por aquí. Necesito mantener el secreto por aquella que me acompaña, pues tiene un marido molesto...»

O aún, este otro párrafo, que Jacques Suffel data, hipotéticamente, en 1886:

«Mi querido La Toque, no te he respondido antes porque estoy enormemente perplejo: salgo para El Havre el sábado, con una muchacha que requiere muchas precauciones. Creo que me quedaré un par de días con ella en El Havre. Luego iré a pasar solamente tres días a Étretat; y estaré muy feliz de volverte a ver.»

François Tassart puede también testimoniar. Lo hace, reconozcámoslo, bastante a menudo, pero con las precauciones de rigor. Ningún nombre propio, ninguna fecha pueden ponernos sobre la pista. Como contrapartida pululan las misteriosas inciales, que, por lo demás, deben, en la mayoría del tiempo, conducirnos a las más delirantes fantasías. Con ayuda de la experiencia, Tassart se ha convertido poco a poco en un virtuoso del arte de borrar pistas.

Eso no impide que, aquí y allá, no se descubra, recorriendo sus *Souvenirs*, tal anécdota picarona (y reveladora):

«El 15 de diciembre, tenía un calendario en mi mano, cuando mi señor abrió la puerta del salón. Tenía el rostro sombrio.

«La víspera, había ido a una velada en casa de una persona importante y había acompañado a una extranjera de rizos rubios, no bonita, pero joven y bastante apetecible. Después de almorzar, ella se ausentó, pero no por mucho tiempo; a las 4 estaba de regreso; debió esperar hasta las 6 y a las 7 y media, regresando mi señor para cenar en la ciudad.

«Al día siguiente a las 9 de la mañana, ella estaba todavía allí. Esto durante cuatro días; después de lo que, mi señor me dijo: "Haga lo que quiera, pero no lo aguanto más... Me dice cada vez que marcha para Viena y vuelve todos los días... ¡échela fuera si le obliga!"» (*Souvenirs,* pág. 10)

Otro recuerdo de Tassart, que resulta muy significativo sobre la vida íntima de Maupassant y también sobre las profundas razones que le hacían cambiar de aires tantas veces.

«Una tarde en la que el señor había salido, una pequeña carreta inglesa totalmente amarilla se detuvo ante la casa; de ella descendió una joven dama enfundada en un traje de un hermoso gris, el

sombrero del mismo color. Yo le abrí, me preguntó brevemente si el señor de Maupassant estaba en casa. Le respondí: "No, el señor ha salido. —Bien, entro, me dijo ella – Déme algo con que escribir." Y sobre una hoja de papel escolar que se encontraba sobre el escritorio, escribió de arriba abajo esta única palabra: CERDO. Cuando mi señor entró, vio la hoja, la leyó y prorrumpió en carcajadas: "¡Que el diablo las lleve a todas!" exclamó de repente.Y añadió: "Esta joven marquesa, que escribe tan bien, es la hija de un antiguo ministro del Imperio. Pero no quiero volver a verla… Me ha llegado hasta el gorro… Por lo demás, le digo que no quiero quedarme más en París; aquí no me dejan respirar; ¡es una pesadez!... Acabo de alquilar en Chatou".» (*Souvenirs*, pag 73-74)

Un día llegó un tal M.L... que acababa de encontrar en el tren de París, a una Sra. N... «en un estado de sobreexcitación extraordinario. En varias ocasiones sacaba un revolver de su bolsillo y toda su cólera se dirigía hacia el Sr. de Maupassant».

La dama en cuestión entró como un huracán.

«– François, ¿está ahí el Sr. de Maupassant?

– No, señora.

«– No, no, repitió ella con tono airado, quisiera...

Cayó desvanecida sobre el pavimento. Tassart, no sin dificultad, consiguió que recobrara el conocimiento.

«Después de ser un poco remisa, tomándome las dos manos, comenzó a llorar unas lágrimas cálidas, y entre sollozos me dijo:" ¡François, se lo ruego, deme al señor de Maupassant, deme al señor de Maupassant o voy a morir! ¡Lo quiero! ¡Le digo que lo quiero!... No le haré ningún daño, esté seguro; se lo prometo… pero démelo.", repetía siempre…»

Entró Maupassant.

«De pronto me dijo: "Ya lo sé. Vengo a arreglar esto." Estaba tan tranquilo que daba la impresión de que se trataba de la cosa más sencilla del mundo.

Durante la velada, el señor, acompañado de esta dama, vino a la puerta de la cocina y, con la mayor naturalidad, como si nada hubiese pasado, me dijo: "François, el asunto ya está arreglado." La

extranjera añadió: "Sí, ahora somos buenos amigos…"» (*Souvenirs*, pág. 80-82).

¡Cuántas escenas de este tipo, tragicómicas o de opereta, han debido jalonar la existencia delirante de Guy de Maupassant¡

Por supuesto, cuando consigue pasar las fronteras, no se conforma con visitar los monumentos históricos.

En 1889, realiza un corto viaje a Inglaterra del que guarda un débil recuerdo: «Esos diablos de ingleses, esa seductora sociedad distinguida me han dejado en un estado increíble, ¡son aburridos, irritantes, fatuos y absurdos! ¡Verdaderamente insoportables!»

Pero, gracias a Dios, la estancia se aderezó con un agradable reencuentro, habida cuenta que la belleza en cuestión... no era inglesa.

«No he estado allí más que ocho días, y créame bien que si no hubiera encontrado en ese insípido país a una flamenca de Gante, de sangre generosa, con un extraordinario perfil y una garganta ¡oh, que garganta... de mármol como estoy seguro que Van Dyck, su gran pintor, no ha encontrado en su larga carrera!, con toda seguridad, sin esta belleza, ya habría regresado a las cuarenta y ocho horas…» (Tassart, *Souvenirs*, pág. 224-225).

Por último, ¿hay que creer a Alberto Savinio cuando afirma que, durante su estancia en Champel-les-Bains, cerca de Ginebra, en agosto de 1891, Maupassant se levantaba de su cama y se introducía «totalmente desnudo en las habitaciones ocupadas por mujeres casadas o solteras, intentando violarlas, para gran escándalo de dichas mujeres y del Sr. Glatz, el director del balneario»? (*Maupassant y el otro*, pág. 76)

Nada es imposible para este valeroso corazón...

Suzanne Lagier

Sarah Bernhardt

Genevieve Bizet

Axel Munthe

Catulle Mendès

XII

LOS SILENCIOS DE LA MADRE

La verdad sale de la boca de los niños.

Una exclusiva periodística – De la aplicación del método Coué – ¡No mezclemos las ramas! – Estado civil de los descendientes – Una misteriosa abuela – Algunos detalles inéditos – Una larga relación – Rápido balance de las anteriores investigaciones – Una juventud «agitada» – Una dorada infancia – Del arte de comentar los documentos administrativos –Un detalle revelador – Entrada en escena de François Tassart –Unos ladrones fáciles de identificar – Un padre previsor – De algunas reflexiones sobre el matrimonio – Como es que conviene desconfiar de las obras de ficción – «La más amada» – Los pájaros de mal agüero – Una inesperada revelación – El misterio (muy probablemente) resuelto.

El 11 de diciembre de 1903, algunos días después del fallecimiento de Laure de Maupassant, el periódico *L'Eclair* publicaba anónimamente, en primera página, una noticia necrológica, en el curso de la que se podía leer el siguiente párrafo, que debió estremecer de horror al «espíritu» de la intratable madre de Guy.

«Hay tres adolescentes en un encantador pueblecito de l'Yvonne que dicen ser sus hijos. El mayor está empleado en la banca; la siguiente es modista; Marguerite, la pequeña, espera tener la edad para aprender un oficio.

«Esta revelación, bastante reciente, topa con la incredulidad de la madre. Un íntimo se lo comenta. La orgullosa dama que no se levanta ya de su sillón, volvió los ojos hacia la biblioteca y con su delgada mano con agudas uñas, le señaló unos hermosos volúmenes religiosamente encuadernados: "¡Hijos, amigo mío, no le conozco más que estos!»

Bella frase, a inscribir en el florilegio de los adeptos al método Coué [11].

No, Guy de Maupassant no murió sin descendencia. En primer lugar, habida cuenta de su intensa actividad, es más que plausible, como lo he sugerido desde las primeras páginas de este libro, que Guy haya dejado «huellas vivas» de su paso... muy probablemente sin saberlo.

Pero en todo caso, poseemos testimonios precisos sobre tres de estos potenciales hijos, aquellos a los que hacía alusión precisamente, desde 1903, el artículo de *L'Éclair*. Se trata de los Litzelmann, el apellido de su madre, Joséphine Litzelmann: el mayor, un muchacho, Lucien, y sus dos hermanas, Lucienne y Marguerite.

La descendencia directa de Guy de Maupassant está representada, en nuestros días, por la familia resultante de esta relación. Y al respecto, tengo que precisar que, contrariamente a lo que ha sido afirmado en 1972 en el semanario *Nous Deux*, la esposa.

[11] Se trata de Émile Coué (1857-1926), psiquiatra francés, padre de la autosugestión consciente y del pensamiento positivo. (N. del T.)

de Louis de Funès[12] es una descendiente de Simone de Maupassant, hija de Hervé, hermano de Guy, y no del propio Guy.

Lucien Litzelmann nació en París, calle de las Damas, el 27 de febrero de 1883 y murió súbitamente, a la edad de sesenta y cuatro años, el 18 de junio de 1947, en Sens. Se había casado con Gabrielle-Augustine Millot, con la que no tuvo hijos.

Lucienne Litzelmann nació igualmente en la calle de las Damas en 1884 y falleció, según su sobrina, Sra. Paulette Dagois, el 18 de septiembre de 1954 en París, en el hospital Saint-Antoine. Lucienne permaneció soltera.

Marguerite Litzelmann, la más joven de los niños, vio el día en Vincennes, calle del Polígono, el 29 de julio de 1887 y falleció el 6 de enero de 1951 en Saint-Clément (Yonne). Se casó, en 1906, con Albert Belval, con el que tuvo dos hijas, Paulette, nacida el 12 de febrero de 1907, viuda del Sr. Dagois, y Denise, nacida el 14 de marzo de 1909, divorciada. Ambas personas viven todavía y son abuelas. Tanto como decir que la descendencia *directa* de Guy de Maupassant no está extinguida, ni mucho menos.

Lucien Litzelmann hizo carrera en la administración municipal de Sens, Lucienne se estableció de modista en París, calle de la Asunción, Marguerite educó a sus dos hijas y vivió en Sens, donde su marido, Albert Belval, ejercía la profesión de mecánico, habiendo realizado una brillante carrera deportiva. He tenido, recientemente, el privilegio de encontrar a este magnífico anciano hacia el que tengo que manifestar públicamente mi respeto y mi admiración.

¿Quién era Joséphine Litzelmann?

Sus propias nietas no poseen más que informaciones muy fragmentarias sobre su abuela, que permanece siempre, según su propia voluntad, muy secreta, incluso respecto a sus hijos. Era alsacinana, originaria, según la Sra. Dagois, de la región de Saverne.

Hasta ahora, los documentos publicados con respecto a ella, se reducen simplemente a la fecha de su muerte: 1920. He podido saber su edad. Joséphine Litzelmann murió a los sesenta y tres años. Había

[12] Louis de Funès, célebre actor cómico francés (1914-1983). Su esposa se llamaba Jeanne Barthélemy de Maupassant. (N. del T.)

nacido en 1857, y en consecuencia tenía siete años menos que Maupassant.

La Sra. Dagois, me ha confiado igualmente que su abuela había aprendido el oficio de modista, lo que induce a demostrar que era de origen humilde. Su segunda nieta, Sra. Denise Belval, me la ha descrito fugazmente, según sus propios recuerdos, morena, bastante alta y fuerte.

Jamás se ha sabido ni donde ni cuando Joséphine Litzelmann conoció a Guy de Maupassant. «Nunca lo supe, confesaba Lucien, el hijo mayor, a Léon Deffoux en 1926. Sin duda fue en París donde debió encontrarle» (*Mercure de France*, 1 de enero de 1927, pág. 250).

Según la Sra. Denise Belval, Joséphine Litzelmann habría acompañado a Maupassant durante un viaje a Inglaterra. ¿Se trataría del viaje en el transcurso del cual encuentra a la «bella flamenca»? Tal vez. En varias ocasiones, Joséphine habría intentado volver a ver a Guy, pero evidentemente sin éxito, cuando estaba internado en Passy. Igualmente habría querido asistir a las exequias de la Sra. Laure de Maupassant, en diciembre de 1903, pero le fue prohibido, *manu militari*, por François Tassart, – incidente que me parece extremadamente plausible, se comprenderá enseguida la razón.

Tales son algunas de las informaciones inéditas que he podido obtener concernientes a Joséphine Litzelmann, la cual, a semejanza de Juliette Herbert, el gran amor de Flaubert, ha querido, con toda evidencia, mantenerse en silencio – un silencio emocionante y respetable (pero muy decepcionante para los biógrafos) – sobre el que fue el gran amor de su vida. Y sobre el que fue también, así lo creo, el gran amor de Guy de Maupassant. «Mi suegra, me ha manifestado con vehemencia el Sr. Albert Belval, de la que he podido, en varias ocasiones, constatar su prodigiosa memoria, conoció a Maupassant durante quince años. Vivieron bastante tiempo en Vincennes, donde Maupassant compuso varias de sus obras.» Transcribo tal cual esta confidencia. Esto significa entonces que Guy y Joséphine se conocieron en los años 1875 o 1876. Habiendo nacido el primer hijo en 1884, puede medirse hasta que punto se trataría de

una relación completamente *incomparable* respecto de las demás. ¿Fue Joséphine «la más amada»? Yo tengo de ello una «íntima convicción».

Por el contrario, se disponen de detalles más numerosos sobre la «vida familiar» de los Litzelmann.

En efecto, la documentación, abierta en 1903 por el artículo de *L'Éclair*, fue retomada por el periódico *L'Oeuvre*, que publicó, el 22 de septiembre de 1926, un reportaje de Auguste Nardy, titulado «¿Dónde están los hijos de Guy de Maupassant? ¡Helos aquí¡». Este artículo fue completado, algunas semanas más tarde, por Léon Deffoux en el *Mercure de France* del 1 de enero de 1927. Armand Lanoux abrió de nuevo el dossier Litzelmann en 1965 en *Maupassant le Bel-Ami*, pero sin aportar datos verdaderamente esclarecedores. Ninguna novedad en la segunda edición de esta obra (1979).

En 1926, Auguste Nardy entrevista a los tres chicos. Lucien proporciona un buen número de detalles. Había conservado de su padre una viva imagen: «A menudo lo vuelvo a ver: sus ojos muy expresivos, su bigote negro y el pequeño lunar que tenía debajo del mentón. Cuando venía a vernos, siempre traía muchos juguetes. Recuerdo también el placer que experimentaba al preguntarnos. Había que explicarle todo, la historia de una miga de pan o de una mosca. Intentaba enseñarme las declinaciones latinas (...)» «Recuerdo muy bien mi juventud, añadía él. Estaba llena de viajes de los que tenía miedo. Era una vida muy movida, caótica. Vivimos en Montargis, donde fui al colegio, Clermont-Ferrand, Palavas (...). También vivimos en el hotel de Bourgogne en Sens. Él fumaba mucho. Escribía hasta muy tarde durante la noche y por la mañana su habitación estaba llena de trozos de papel. Debía recomenzar varias veces una frase.»

¿A qué época de su juventud hace alusión Lucien? Habida cuenta del hecho que no tenía más que diez años a la muerte de su padre, pienso que esta sucesión de residencias se refiere a los años inmediatamente posteriores a 1893. Montargis, seguramente («yo iba al colegio»). En cuanto a los demás, puede dudarse, pero sin

embargo es probable que la familia resida en París hasta la muerte de Maupassant. El siguiente pasaje (que Armand Lanoux extrañamente ha silenciado) parece confirmarlo: «En conjunto, mi juventud me parece enmarcada de lujosos salones donde circulaban criados en pantalón corto. Un gran piano de cola me había sorprendido. Luego, unas niñeras nos llevaban a los parques. Había un cerco más alto que yo. Queda lejos... Todo eso me viene por fragmentos...» Yo interrogué al respecto a las nietas de Guy. Ambas me han afirmado que su tío, su tía y su madre habían sido, hasta la muerte de Guy de Maupassant, «ricamente educados». Durante su vida, Guy de Maupassant no abandonó a sus hijos, bien al contrario. Se hacía cargo – ampliamente– de sus necesidades.

Lucien confía igualmente a Auguste Nardy, que él recibía a menudo – y misteriosamente – «unas revistas o periódicos hablando de su padre». Mejor aún, sobre un documento administrativo, una mano desconocida había trazado: ¡«hijo de Maupassant»!

Sus dos hermanas confirmaron estas declaraciones. Lucienne aporta algunos detalles suplementarios de un gran interés. Se sabe por ella, en efecto, que después de la muerte de Guy, los niños se encontraban «en el Instituto de Orléans» (muy probablemente vivían en Montargis). ¿Dónde está papá? preguntaban a su madre. «Papá viaja», les respondía ella. Y lloraba con frecuencia. Lucienne precisa también que a su padre «no le gustaban las fotografías y las rompía». Detalle muy revelador y que, por si solo, demostraría (si hubiese necesidad) la realidad de la filiación. «En 1927 había que ser a la vez un especialista muy avezado sobre Maupassant y un psiquiatra para conocer ese detalle», observa Armand Lanoux (*O.C.,* pág. 252).

Lucienne, «mujer muy sensible» según Léon Deffoux, precisa también: «Nosotros juramos a mamá no decir nada.» Y sobre todo, fue ella quién hizo esta confidencia determinante: «Vive en Niza, François, el mayordomo que siempre fue hostil a mamá. Él es el culpable de nuestras desgracias» (*Mercure de France*, 1 de enero de 1927. pág 251).

¿A qué se refería Lucienne? Muy probablemente – entre otros – al siguiente hecho:

Algún tiempo después de la muerte de Guy (pero nadie ha podido decir con exactitud en que año) la familia Litzelmann vivía entonces en Montargis. El apartamento que ocupaban fue robado. Se hurtaron (para destruirlas, evidentemente) todas las cartas, todos los documentos que Joséphine Litzelmann había religiosamente conservado de su relación con Guy de Maupassant. No se sabe si la Sra. Litzelmann presentó denuncia. Personalmente, no lo creo. Pero ella sabía perfectamente quién era la instigadora y el ejecutor de ese robo. Laure de Maupassant había decidido borrar toda huella material de la relación de su hijo, y el «fiel» François, que le profesaba una admiración tan beatifica como injustificada, se apresuró a «dar el golpe». ¡El «honor» de la familia estaba salvaguardado de cara a la indiscreta posteridad! El hecho me ha sido confirmado con mucha firmeza por los descendientes actuales, cuyo resentimiento hacia Laure de Maupassant y François Tassart permanece aún (se comprende) extremadamente vivo.

Fuese como fuese, Guy de Maupassant no abandonó completamente a su familia. No solamente, en vida, supervisa la educación de sus hijos, sino que decidió que tras su muerte, durante un tiempo, que desgraciadamente no se puede determinar de modo preciso, se remitiese regularmente y bajo mano, un subsidio a la Sra. Litzelmann. Lucien recordaba que su madre «recibía cartas certificadas. Ella acusaba recepción, dirigía su respuesta a París, a lista de correos, a nombre del Sr. Radziwill ». El príncipe Radziwill era un compositor, amigo de Emond de Goncourt y de Maupassant, al que éste le había confiado «alimentar» a su *otra* familia. Pero no iba a compartir con ella su fortuna. Como heredera universal, nombró a su sobina Simone.

Sus descendientes directos me han afirmado, en varias ocasiones, que Maupassant sin duda se habría casado con Joséphine Litzelmann si no hubiese estado constantemente «bajo el dominio» de su madre. Es posible. Desde luego, Maupassant multiplicó, en el transcurso de su vida, las declaraciones incendiarias contra la institución matrimonial, de la que es célebre esta famosa «definición»: ¡«Durante el día una mezcla de malos humores y por la

noche, una mezcla de malos olores»! Sin embargo ¿deben ser tomadas al pie de la letra estas bravatas? Parece ser, si se cree a Tassart (¿se debe creer a Tassart?), que conoció la tentación del matrimonio. El ilustre mayordomo refiere (*Souvenirs*, pág. 148) que su señor, aunque parco en confidencias personales, le había contado que «debió» haberse casado con una joven muchacha en compañía de la cual, un día, hizo una excursión en Suiza. «la que debía ser mi mujer estaba entre los turistas y yo no sé por qué, por qué circunstancia, otra mujer, una extranjera por así decirlo, se interpuso entre nosotros. Eso fue la muerte de nuestra proyectada unión… Pues, por desgracia, casi siempre en nuestra vida de miseria está la mujer honesta y a menudo víctima de la intrigante… A veces me pregunto si ese matrimonio no hubiese sido para mí la felicidad, pues conocía muy bien a esa joven, dotada de un bello espíritu, grande y generoso, muy instruida; la vida me hubiese sido muy generosa a su lado, ella tenía todo lo que hacía falta para apoyar mi obra… ¡Pero el destino!...»

¿Se trataba de Joséphine? No lo creo. Pero el hecho en si – en caso de ser real – es significativo. Hay que ser prudentes y no conceder a las declaraciones perentorias y provocadoras más que un valor relativo.

¡Cómo también hay que desconfiar del *escritor*! Que se relea *Mont-Oriol*: Allí se descubre un desprecio horrible hacia los niños, ¡esas «larvas humanas»! Confrontémoslo con las confidencias de Lucien y de sus hermanas. Ellos no inventaban. Cuantas veces no se ha reproducido la célebre «confesión» de *La lettre trouvée sur un noyé*: «Nunca he amado», para inferir unas conclusiones definitivas sobre la incapacidad de este obseso sexual en conocer el verdadero amor. Hay que ser prudente. Guy de Maupassant amó. Amó a esta mujer que le dio tres hijos. Incluso me atrevo a decir, pues estoy seguro de ello, que Joséphine Litzelmann fue la *única mujer* a la que Maupassant amó verdaderamente. «La más amada» fue ella, mucho más seguramente que esa «Señora X... » de la que nada se sabe.

Pero no supo (o no pudo) obtener de este amor la suficiente fuerza para sobreponerse a los prejuicios de su casta y afrontar las

voluntades altivas y despiadadas de su madre. Su enfermedad es probablemente, en gran parte, responsable de esta debilidad. Sus descendientes están convencidos de ello y yo participo de esa convicción. En todo caso, los dos responsables de este drama se llaman Laure de Maupassant y François Tassart. El uno y la otra, la cabeza y el brazo, han sacrificado, sin ninguna piedad y con un deliberado propósito, a una madre y a sus tres hijos.

Era impensable que un Maupassant se uniese a una buscavidas sin fortuna y que, por añadidura, siendo alsaciana, tenía la mala suerte de llevar un apellido de consonancia germánica. ¿Y, se insinuaba, si no sería judía por casualidad? ¡Cuanta abominación!

Decididamente, Joséphine Litzelmann no podía luchar en igualdad de armas. Sin embargo lo intentó. Desde luego, no se sabrá nunca todo, pero las confidencias que he recibido de sus nietas me han convencido que repetidas veces ella no vaciló en intentar imponerse. Sus reiteradas visitas a la clínica del doctor Blanche, su presencia – ¡provocadora! – en los funerales de Laure, lo demuestran. Esa mujer seguramente tenía carácter.

Y Tassart le tenía un implacable odio.

¿Entonces?

«La famosa Dama de gris, me han afirmado las nietas de Maupassant, era nuestra abuela. Ella adoraba el gris y lo vestía todo el tiempo. Nuestra tía Lucienne detentaba ese secreto.»

Así, *ninguno* de los historiadores de Maupassant que han intentado identificar a la Dama de gris, no han tenido la idea de emitir «la hipótesis Joséphine Litzelmann» quién, a priori, valía tanto como otra. Es curioso. ¿No es esto lo que, casualmente, una verdadera conspiración de silencio no intentaría para disimular la existencia de una descendencia directa de Guy de Maupassant? ¿Por qué, por ejemplo, Armand Lanoux ha censurado literalmente los recuerdos de Lucien Litzelmann? ¿Por qué ha omitido reproducir el pasaje capital, aquel en el que el hijo de Guy recordaba que sus dos hermanas y él mismo conocieron una verdadera «infancia dorada»?

No se puede impedir plantearse estas cuestiones. Decididamente, cerca de un siglo después de su muerte, se continúa

manteniendo el misterio alrededor de Guy de Maupassant. Las malas costumbres nunca se pierden.

Dicho esto, yo debía intentar «verificar sobre el texto» el fundamento de esta identificación y entonces volví a leer con especial atención los *Souvenirs* de Tassart dedicados a la « Dama de gris ».

Podría de entrada admitirse que Tassart haya «temido» que las visitas de la madre de sus hijos hubiesen tenido sobre su señor, a partir de 1890, una influencia nefasta teniendo cuenta su estado de salud que rápidamente se iba degradando. Eso tal vez explicaría como no se encuentra ninguna alusión a la Dama de gris, antes de esta fecha, en los *Souvenirs*.

En todo caso, no es más que a partir de la primavera de 1890 cuando Tassart la hace entrar en escena. Y eso, a fin de subrayar su «responsabilidad» en la evolución de la enfermedad de Guy. Y él acentúa los rasgos, voluntariamente. *Dramatiza*. Representa a Joséphine bajo el aspecto de una enigmática «mujer fatal», siempre evitando desvelar su identidad, – ¡sin ni siquiera atribuirle una inicial cualquiera! Pues el misterio añade el efecto buscado. ¡Es de una gran maestría!

Se diría que tales procedimientos implican una incuestionable práctica de escritor (puesta en escena, dosificación de efectos, construcción del relato, etc.) del que ese doméstico era incapaz. Pero todo el mundo lo sabe: los *Souvenirs* han sido «revisados y corregidos» por plumas profesionales. Se trata, muy precisamente, de Jules Case, novelista y periodista, y del doctor Henry Cazalis, médico y poeta, que publicaba sus obras bajo el seudónimo de Jean Lahor, uno de los fieles amigos de Maupassant e igualmente de Mallarmé y de Francis Jammes (cf. Armand Lanoux, *Maupassant le Bel-Ami*, pág. 169-170). Por otra parte, si se compara la edición de los *Souvenirs* de 1911 con el suplemento que Pierre Cogny publico en 1962 sobre un manuscrito *no revisado*, la diferencia deslumbra. Esos « Nuevos Souvenirs » de François Tassart, atiborrados de faltas de ortografía, están redactados torpemente, sino incorrectamente.

Los *Souvenirs* son por tanto una obra «construida»- Nada se opone a que no hayan sido también, en parte al menos, *novelados*.

De todas formas, la manera en la que Tassart pincela el retrato de la Dama de gris revela por su parte un odio completamente compatible con el incidente que se produce el día de los funerales de Laure. Y se comprende perfectamente que Lucienne Litzelmann haya afirmado que el doméstico fuese «la causa de sus desgracias».

Se podría objetar que François hace de la Dama de gris una «gran burguesa», mientras que Joséphine Litzelmann era de origen modesto. Pero no olvidemos que, precisamente, lo que Armand Lanoux ha silenciado, esta vida lujosa que los hijos de Guy conocieron durante su infancia, los «criados en pantalón corto», el piano de cola, las niñeras, etc. Joséphine podría muy bien dar la impresión de una «gran burguesa».

Queda un detalle de importancia que, a primera vista, no «pega»: el telegrama del 1 de enero de 1892. Las nietas de Maupassant me han confirmado que su abuela jamás estuvo en Oriente (ni en Orán). Me he planteado entonces esta objeción. A lo que se puede razonablemente responder que el melodramático relato de la tentativa de suicidio, relato que no brilla demasiado por su claridad (sin hablar de la hora cuando menos intempestiva de la distribución de ese famoso telegrama) parece finalmente, cuando se lo vuelve a leer detenidamente, ciertamente demasiado bonito para ser verdad. En última instancia, uno acabaría casi preguntándose si Maupassant ha intentado realmente suicidarse... Tassart (¿ayudado por sus « correctores »?) ¿no era, desde hacía tiempo, un maestro en el arte de borrar pistas? Sin duda, poseía más imaginación que estilo.

A fin de cuentas, la solución Joséphine Litzelmann me parece mucho más seductora y sobre todo infinitamente más verosímil que las demás.

¿Se ha descubierto entonces la identidad de la legendaria silueta gris?

Creo que sí.

Lucien Litzelmann

APÉNDICE

VELOS QUE SE LEVANTAN POCO A POCO

« Durante diez años, como un oscuro empleado de ministerio, Maupassant reparte sus horas de libertad entre desenfrenadas jornadas de remo y el duro aprendizaje literario dirigido por Flaubert. »

(*Encyclopoedia Universalis*, artículo « Maupassant », tomo X, pág. 629).

Se trata de un célebre proceso de reconocimiento de paternidad – Nuevos documentos – Una mujer que sabe lo que quiere – Un periodista que sabe lo que dice – Un médico listo más prudente – Un amigo fiel y bien informado – Donde se hacen esfuerzos para desbaratar las estrategias de las «manos piadosas» – Como se está obligado a plantear unas cuestiones – Consecuencias de la falta de atención – Un Diario revelador – Todavía, y siempre, unas preguntas – Un problema a debate.

En mi obra, *La vie érotique de Flaubert* (pág. 273-292), he abordado e intentado resolver la debatida cuestión que se ha planteado, en repetidas ocasiones, desde hace un siglo: ¿Guy de Maupassant era en realidad hijo de Gustave Flaubert?

Voy a completar aquí mi demostración anterior mediante algunos nuevos documentos, que reafirman mi convicción de que en efecto, Guy era hijo de Gustave Flaubert.

En primer lugar, un pasaje de una carta de Laure de Maupassant a Flaubert que, humildemente lo confieso, me había pasado desapercibida en mis investigaciones anteriores. He aquí lo que Laure escribía a Gustave el 10 de octubre de 1873: « El jovencito te pertenece de corazón y alma, y yo, yo soy como él, toda tuya ahora y siempre. Adiós, mi querido compañero, te abrazo con todas mis fuerzas.»

He aquí una «declaración» que, incluso por parte de una mujer tan exaltada como Laure, me parece cargada de subentendidos...

En *la Vie érotique de Flaubert*, había basado mi argumentación sobre la «confesión» de Laure a Paul Alexis, amigo de Zola, en el transcurso de la que ella había, me daba la impresión, «dejado escapar», involuntariamente, la verdad. Ahora bien, parece que en el transcurso de esa conversación, referida por Edmond de Goncourt en su *Journal* el 1 de octubre de 1883, Laure en realidad *midió sus palabras*. En efecto, se lee en una carta que ella escribió a Hermine Lecomte du Noüy el 13 de septiembre, o sea inmediatamente después de la entrevista con Alexis: «Acabo de ser visitada por Paul Alexis que se había encontrado tiempo atrás con Guy. Creo que tenía ganas de obtener algunos detalles sobre mi hijo y además había ido a ver al Sr. de Maupassant a Saint-Maxime. No le he dicho, puede usted creerme, más de lo que yo quería que fuese divulgado, pues no me ocultó sus deseos de escribir un artículo sobre el pobre desaparecido. Conozco a los periodistas y desconfío.»

En resumen, Laure ha «querido» que «fuese divulgada» la gran «revelación», lo que cambia todo. Y al respecto, recuerdo que ella no revela su secreto más que después de la muerte de Guy.

Igualmente había constatado, en *La vie érotique de Flaubert* (pág. 275) que, en vida de Maupassant, el periodista Henri Fouquier había ya afirmado, en un artículo aparecido en El *XIX^e siècle*, que Guy era el hijo de Gustave. Ahora bien, Maupassant no reaccionó en absoluto ante tal afirmación, había «dejado decir», lo que había parecido sorprendente. Debe saberse que Maupassant estimaba a Henri Fouquier, quién era uno de sus amigos más queridos. François Tassart anota en sus *Souvenirs* (pág. 189): «Entre los periodistas, el autor de *Bel-Ami* apreciaba mucho la pluma de su amigo Henri Fouquier.»

Yo había creído que el silencio de Maupassant se explicaba por el desprecio que tenía por la «prensa del escándalo». Debo revisar mi juicio. Maupassant no despreciaba en absoluto a Fouquier. En cuanto a Fouquier, ¿tendría tal vez permiso, en esas condiciones, para publicar una tan sensacional «primicia», sin haberse asegurado antes del beneplácito, más o menos implícito, de su amigo Guy? El cual debía ya entonces, por lo menos, dudar de la identidad real de su padre. ¿Le había confiado su madre el secreto tras la muerte de Flaubert? Yo comienzo a estar persuadido de ello. En este aspecto, Armand Lanoux indica juiciosamente que, en la novela *Pierre et Jean*, cuando Jean, el hijo natural, perdona a su madre, «todo pasa como si Maupassant sintiese, respecto a Laure, lo que experimenta Jean en la novela.» (*O.C.*, pág. 280).

En definitiva, aparece cada vez más claramente que la filiación Flaubert-Maupassant no generaba muchas dudas en el espíritu de muchas personas. En 1911, el doctor Maurice Pillet sugería, bajo cuerda, – ¡pero todo el mundo podía comprender! – que Maupassant debía, entre otras cosas, a Flaubert su «temperamento epiléptico»: «Hay quizás en la vida de Maupassant un secreto. Tal hecho, si es cierto, vendría a afirmar de un modo tan inesperado como irrefutable la existencia del temperamento epiléptico de Maupassant. Se trata de un problema hereditario. Pero actualmente no es posible aventurarse

más; es de los problemas que solo se pueden resolver pasado el tiempo» (*Le mal de Maupassant*, pág 27).

Por último, he tenido conocimiento de la existencia de una carta de Alexandre Dumas hijo a su secretario Albert Delpit, fechada en enero de 1893 (Maupassant estaba entonces internado en Passy), carta muy interesante como se podrá juzgar.

«Mi querido amigo, lo que usted me dice de Maupassant quedará entre nosotros. Yo intuía un drama en la vida íntima de ese muchacho al que amaba como habría amado a un hijo. Siempre había previsto que moriría joven. Me parece que le habría podido socorrer, si me hubiese hecho voluntariamente unas confidencias, lo que yo, naturalmente, no he querido provocar. Habría sido feliz de reparar en la medida de lo posible la mala influencia física y moral que Flaubert había ejercido sobre él.»

Las relaciones entre Dumas hijo y Maupassant siempre fueron extremadamente amistosas. El doctor Balestre escribía a Lumbroso que « Dumas era casi paternal con Maupassant » (Lumbroso, *O.C.*, pág. 564), lo que confirma explícitamente los términos de esta carta a Delpit, en la que yo subrayo sobre todo lo que Dumas dice de la « mala influencia *física* » de Flaubert sobre Guy. ¡No se puede expresar más claramente!

Personalmente, estoy cada vez más convencido de que en efecto Guy de Maupassant era hijo de Gustave Flaubert, el cual, de todos modos, no lo supo nunca, como lo he demostrado anteriormente. Guy, en todo caso, no habrá conocido la verdadera identidad de su padre más que después de la muerte de éste, el 8 de mayo de 1880.

Dicho esto, todavía permanece bastante mal conocido un particular aspecto de las relaciones entre Flaubert et Maupassant.

Hasta ahora, no se las conoce más que a través de las relaciones de «maestro» a «discípulo». Ver lo que dicen los manuales de literatura y el conjunto de los biógrafos y de la crítica.

Flaubert ha enseñado, literalmente, a escribir a Maupassant (cf. Prefacio a *Pierre et Jean*). pero ¿deben limitarse esas relaciones al ámbito estrictamente «profesional»?

Una vez más, hay que dar una patada al hormiguero de «ideas recibidas» y sobre todo denunciar vigorosamente la pusilanimidad, sino la espantosa hipocresía de las «manos piadosas».

A partir de 1875, la correspondencia actualmente publicada de Flaubert (esperando la terminación de la edición Bruneau para la «Biblioteca de la Pléyade ») en los tomos XV y XVI de las *Oeuvres Completes* (Club del Hombre Honrado), comprende unas cartas, bien directamente dirigidas a Maupassant, bien escritas a amigos comunes, y en las que trata de Maupassant. Estas cartas son aproximadamente unas cincuenta.

Ahora bien, hay unas en las que Flaubert responde a cartas de Guy, las cuales no poseemos. En efecto, Jacques Suffel, el editor de la correspondencia de Maupassant, no ha podido encontrar más que una parte del intercambio epistolar en el sentido Maupassant-Flaubert. ¿Por qué?

Por ejemplo, el 23 de julio de 1876, Flaubert informa a Zola que él ha recibido, la víspera, «de nuestro joven amigo Maupassant una carta muy agradable y llena de detalles de sus actos lúbricos con una mujer gorda». Nos gustaría conocer esos detalles. Por desgracia, esta «carta muy agradable» ha desaparecido misteriosamente... ¿Por qué?

En la página 124 de *Maupassant, le Bel-Ami*, Armand Lanoux reproduce un pasaje humorístico extraído de una carta de Guy a Gustave, en la que se sabe que el cerdo que comparte la soledad de San Antonio se queja a Flaubert – ¡amargamente! – de su amo. Y éste, con una ortografía «de cerdo» «me hace proposiciones obscenas que dan asco; resumiendo yo no puedo quedar con él, y vengo a solicitar que usted me acoja.» Obsérvese como Guy de Maupassant no desdeñaba la broma fuerte. ¿De tal padre, tal hijo? Ahora bien, esta carta no figura en *ninguna parte* en las diversas ediciones de la correspondencia de Maupassant. Y Armand Lanoux evita dar cualquier indicación que permita encontrarla. ¿Por qué?

¿Por qué las cartas de Flaubert a Maupassant han podido ser publicadas, cuando solamente algunas cartas de Maupassant a Flaubert nos han llegado? ¿Qué se « temía »? ¿Qué se «teme» *todavía hoy*, en 1986, más de cien años después?

Lo que se acaba sabiendo, a pesar de todo, es que ambos escritores no debatían exclusivamente entre ellos de los problemas teóricos del Realismo en el arte o de la estética de la Escuela Naturalista. Es tal vez (para algunos) extremadamente lamentable, pero es así.

Las cartas de Flaubert nos ponen sobre el camino. He aquí algunos extractos:

19 de julio de 1876:

«¿Cómo va ese corazoncito? ¿Y la polla? ¿Y luego el cerebro? Deme noticias, no olvide a su viejo.»

25 de octubre de 1876:

«Siempre las mujeres, ¡cerdito!»

29 de marzo de 1877, a Laporte:

«Guy pervierte completamente a Tourgueneff.»

11 de abril de 1877, a Laporte:

«¡El joven Guy ha realizado un...descubrimiento...enorme!: ¡Una casa de huéspedes frecuentada exclusivamente por lesbianas! Debo ser admitido allí. ¡Ese privilegio no se le otorga a todo el mundo!»

9 de octubre de 1878, a Goncourt:

«Mañana parto para Étretat donde veré al obsceno Guy.»

19 de mayo de 1879:

«Jovencito impuro, usted no ha respondido a mi última carta, ¿por qué? »

30 de octubre de 1879, a la Sra. Brainne:

«Espero dentro de ocho días a mi obsceno discípulo.»

2 de enero de 1880:

«Que 1880 os sea propicio, mi muy querido discípulo. Ante todo, que siga latiendo el corazón, salud para la querida mamá y un buen tema de drama que esté bien escrito y os aporte cien mil

francos. Los deseos relativos a los órganos genitales no vienen más que en último lugar, la propia naturaleza proveerá.»

Por el contrario, es completamente un hecho excepcional encontrar, en las cartas de Maupassant a Flaubert, actualmente publicadas, pasajes de la misma «naturaleza»-

Una carta, fechada el 5 de julio de 1878, parece sin embargo haber pasado a través de las mallas de la red, pero ¡«se» habían tomado sus precauciones! Que se juzgue:

«De vez en cuando, voy a pasar una hora o dos en casa de nuestra buena amiga Sra. Brainne, que es la mejor mujer de la tierra y a la que quiero con todo mi corazón. Le cuento muchas historias que me parecen, creo, un poco crudas. Ella me encuentra muy poco sentimental. Me cuenta sus sueños y yo le narro realidades.

«Enseño, bajo cuerda, a otras bellas damas que me encuentro en su casa, los arcanos de la lubricidad, y me desacredito en sus corazones porque no me encuentran lo suficientemente «arrodillado».

«En cuanto a las putas, no he follado mucho, porque son inabordables y los extranjeros las dejan extenuadas. Morirán más de veinte mil, tísicas, después de la Exposición. He encontrado unas indias que me excitan.»

Jacques Suffel, que publica esta carta en su edición, observa en una nota que «el último párrafo ha sido tachado por una mano extraña». (¡Al igual que en el pasaje en el que Maupassant informaba a Flaubert del «reblandecimiento» de Suzanne Lagier!)

Lo he comprobado sobre el original, que está conservado en la Biblioteca del Instituto de Francia, en Chantilly. Efectivamente, unos trazos horizontales hechos con tinta violeta enmiendan las frases, que se pueden, sin embargo, descifrar bastante fácilmente. Esta tinta violeta revela la identidad de la «mano piadosa»: se trata de Caroline Commanville,¡la sobrina de Flaubert!

En otra ocasión, Caroline descuida su atención, y deja pasar esta reflexión de Maupassant: «El culo de las mujeres es monótono como el espíritu de los hombres» (carta a Flaubert del 3 de agosto de 1878). Respuesta de Flaubert, el 15 de agosto: «Usted se queja del

culo de las mujeres que es «monótono». Hay un remedio muy sencillo, no serviros de él.» Dicho sea de paso, el padre Flaubert no carecía de aplomo y habría podido sustraerse de moralizar a su «discípulo», pues Dios sabe que ¡él no hizo demasiado uso de ese «remedio» en el transcurso de su existencia!

En resumen, las «manos piadosas» han conseguido, hasta el presente, «salvaguardar la reputación» de nuestros grandes hombres. Pues esas cartas de Maupassant existen en alguna parte, no han sido destruidas.

A principios de siglo, dos personas (al menos) las han leído: Louis Bertrand, autor, entre otros, de *Flaubert á Paris ou le mort vivant*, y Valette, el director del *Mercure de France*, quien se lo comentó a Paul Léautaud.

He aquí, en efecto, lo que se puede leer en el *Journal* de Léautaud, con fecha de jueves 1 de octubre de 1908:

« Louis Bertrand ha venido esta tarde a ver a Valette a propósito del volumen sobre Flaubert que debe publicar en el *Mercure*. Había pensado ampliarlo con unas cartas de Maupassant a Flaubert. Ante lo que contienen, ha debido renunciar. Las ha hecho leer a Valette que nos ha hablado de ello después de su marcha, diciendo que no había perdido su tiempo del todo con esa lectura. Esas cartas son curiosas en el sentido de que muestran en Maupassant a un erotómano consumado, obsesionado por los temas sexuales.

«Parece ser que hay una extensa carta que comienza así, más o menos: “ ¿Desea usted que le escriba una larga carta? Pues bien, hoy hablaremos del culo...”

«En otra, hay esto, que bordea realmente la enfermedad: “Yo huelo a coño. Por más que me limpio, tomando baños, yo huelo a coño, y todas las personas que pasan a mi lado se empalman.”

«Además, él manifiesta a Flaubert “que todas esas historias (le) provocan una erección”. Hay también una amplia carta en la que habla de dos jóvenes extranjeras con las que él se acuesta. Ellas no conocen ni una palabra de francés, él, ni una palabra de su lengua. Solo utilizan señales para comprenderse. Maupassant explica las

suyas: “Yo les enseño mi lengua, mi rabo, mi dedo.“ No tiene más que una preocupación, la de llegar a acostarse con ambas al mismo tiempo.

«Lo curioso en todo esto, es que, a pesar de todas las confidencias de sus cartas, Maupassant mantiene siempre una gran deferencia por Flaubert. Las cartas siempre terminan con una fórmula respetuosa: “Yo os estrecho afectuosamente la mano, mi querido maestro.” La sensación de Valette, tras la sorpresa inicial de encontrarse semejantes cartas dirigidas a Flaubert, es que a éste debían gustarle, divertirle. A menos que no le hubiesen interesado, como un *caso*.»

Mucho más recientemente, Armand Lanoux también ha leído esa correspondencia; el extracto que cita en la página 124 de su libro, y que no se encuentra por ninguna parte, lo prueba. Y hace notar muy justamente (sin embargo no reproduce el pasaje del *Journal* de Léautaud) que «Léautaud ha puesto el dedo en la llaga sobre el aspecto más singular de las relaciones entre Maupassant y Flaubert, que sería desde luego sencillo de silenciar, como han hecho Louis Bertrand y otros después de él» (*Maupassant le Bel-Ami*, pág. 124).

No lo comprendo. ¿Por qué, en esas condiciones, Armand Lanoux no ha publicado esas cartas? ¿Por qué no ha roto ese «silencio», que juzga, con razón, «demasiado sencillo»? ¿No se ha atrevido? ¿Se lo habrían prohibido? ¿Quién? Y recuerdo que la última edición de *Maupassant le Bel-Ami*, a la cual me he referido constantemente, data de... ¡1979!

Sea lo que sea, esas cartas son, por el momento, imposibles de hallar. Los comerciantes de manuscritos y originales a los que he interrogado, no han oído nunca hablar de ellas.

Entonces se plantea la cuestión: ¿Se puede, en nombre de no sé que sentimiento de «pudor» o de «respetabilidad», privar a los investigadores y al público de unos testimonios que permitan a la posteridad obtener unos juicios desapegados de toda idea preconcebida?

«Deseo, escribía Maupassant a un "destinatario desconocido" a finales de 1889, que todo lo referente a mi vida y a mi persona no se preste a ningún tipo de divulgación."

¿Tiene un «hombre público» el derecho de formular tal «deseo»? El debate está abierto.

ESBOZO DE UNA CRONOLOGÍA DE LA VIDA ERÓTICA DE GUY DE MAUPASSANT

A pesar de los muy numerosas e insalvables imprecisiones que se han podido revelar a lo largo de este libro, presento aquí una tabla cronológica – con referencias a los diferentes capítulos – necesariamente imperfecta, pero sugestiva.

1850 – *5 de agosto*: Nacimiento, en un lugar indeterminado y discutido, de Guy de Maupassant (ver La Vie érotique de Flaubert, pág. 275 a 278).

1856 – Nacimiento de François Tassart, sirviente y confidente de Maupassant.

1857 – Nacimiento de Joséphine Litzelmann (cap. XII)

1863 – *9 de agosto*: Nacimiento de Gisèle d'Estoc (cap. IX)
– Iniciación posible de Maupassant, sino probable, con su pequeña amiga Jeannette, de 14 años (cap. II)

1866 – Iniciación poco verosímil, pero principio de posibles relaciones con Ernestine Aubourg, llamada « la bella Ernestine » (cap. II y XI)

1868 – Expulsión del colegio de los jesuitas de Yvetot, a causa de un poema dedicado a una prima (cap. II)

1869 – *18 de julio*: Muerte del preceptor de Maupassant, Louis Bouilhet, amigo de Flaubert (cap. II).
– *Agosto*: Bachillerato, en Caen. Probables proezas eróticas (cap.II)

1870 – Guerra contra Prusia. Maupassant es movilizado. Deja atónitos a sus compañeros de regimiento por sus facultades genésicas (cap. I)

1872 – 1880 – Los « años de remo » sobre el Sena. La « banda de Prunier ». Berthe Lamarre y las « ranas del Sena ». La Unión de los Crepitadores. La sociedad de los Chulos. Maupassant multiplica las experiencias sexuales. (cap. II)

1873 – *Agosto*: Fundación de La Unión de los Crepitadores (cap. II)

1875 – *Febrero:* Primer relato, *La Main d'écorché*, aparecido en *l'Almanach Lorrain de Pont-à-Mousson*, bajo el seudónimo de Joseph Prunier.
.....– *13 de abril:* Primera representación de *A la Feuille de Rose, maison turque* (cap. II)

1875 o 1876 (?) – Posible inicio de la relación de Maupassant con Joséphine Litzelmann (cap. XII)

1876 – *Marzo*: Composición del poema pornográfico « La femme à barbe ». Entusiasma a Suzanne Lagier (cap. III).
– *22 de octubre*: Primera « crónica » de Maupassant, titulada « Gustave Flaubert », aparecida en la *République des Lettres*.
– *Diciembre*: Maupassant contrae la sífilis con una « rana del Sena» cap. (IV)
– El sobrenombre de « Germiny » (cap. II)
– Composición del poema erótico « Au bord de l'eau » (cap. III)

1877 – *Enero*: Primeros síntomas de la sífilis. Caída del pelo (cap. IV).
– *Febrero*: Maupassant conoce a Sarah Bernhardt. ¿ Relación ? (cap. XI).
– *10 de febrero*: Matrimonio de Hermine Lecomte du Noüy (cap. VI).
– *2 de marzo*: Carta a Pinchon. Maupassant se vanagloria de haber contraído la sífilis (cap. IV)
– *Marzo*: Composición del poema pornográfico «69» (cap. III).
.....– *31 de mayo:* Segunda representación de *A la Feuille de Rose, maison turque* (cap. II).
– *Agosto:* Cura en Louèche. Explosiones eróticas en Suiza (cap. IV)

1878 – *Enero:* Detención de la caída de pelo (cap. IV)
– *11 de marzo:* Carta a Flaubert. Retrato muy negativo de Suzanne

Lagier (cap. XI).
- *Julio:* interrupción del tratamiento antisifilítico (cap. IV)
- Maupassant interrumpe la redacción de su primera novela, *Une Vie*, para escribir el poema erótico «Venus rustique » (cap. III).

1879 – *1 de noviembre*: Publicación, en la *Revue moderne et naturaliste*, de «Vénus rustique » bajo el título *Une Fille* (cap. III).

1880 – *12 de febrero*: Proceso incoado contra *Une Fille* por la Fiscalía de Étampes. Intervención de Flaubert. Proceso desestimado (cap. III)
- *Marzo*: Triunfo de *Boule de Suif*, relato publicado en la antología colectiva *Les Soirées de Médan*.
- *Abril:* Publicación de la antología *Des Vers*(cap. III)
- *8 de mayo:* Muerte de Flaubert.
- Maupassant conoce a Frank Harris (cap. I)
- Primeros trastornos oculares (cap. IV)
- Posible relación con Marie Bidaut, la « aguadora » (cap. XI).
- *Diciembre*: Primera carta de Gisèle d'Estoc a Maupassant (cap. IX).

1881 – *Enero*: Maupassant se convierte en amante de Gisèle d'Estoc. Compone para ella el poema erótico «Désirs de faune » (cap. III y IX)
- Maupassant conoce a Hermine Lecomte du Noüy (cap. VI)
- Compra « La Guillette » en Étretat (cap. VI)
- Viaje a África del Norte (cap. IV).
- Publicación, en el *Nouveau Parnasse Satyrique du XIX^e siècle*, del poema erótico « La Source » y de los poemas pornográficos « La femme à barbe » y « 69 »

1882 – *1 de agosto*: Crónica en *Le Gaulois* dedicada a la « bella Ernestine » (cap. XI).
- Maupassant conoce a la condesa Emmanuela Potocka (cap. VII).
- Recibe cartas anónimas de una desconocida (cap. IX).
- Anécdota referida por E. de Goncourt, de la mujer del « importante universitario ». El disparo de revólver (cap. XI)

1883 – *27 de febrero*: Nacimiento de Lucien Litzelmann, hijo natural de Maupassant (cap. XII)

– *1 de noviembre*: François Tassart entra al servicio de Guy de Maupassant (cap. XI).
– *Diciembre:* Nacimiento de Pierre Lecomte du Noüy (cap. VI)
– Nuevos trastornos de la vista (cap. IV)
– Publicación de *Une Vie*.

1884 – *13 de marzo*: Carta a Emmanuela Potocka. Maupassant parece lamentar no ser su amante (cap. VII).
– *De marzo a mayo*: Correspondencia con Marie Bashkirtseff (cap. V).
– *Verano* (?): Posible encuentro (¿ y relación?) con Marie Bashkirtseff (cap. V).
– *31 de octubre*: Muerte de Maríe Bashkirtseff.
– *Noviembre*: « La Sra. X... » habría conocido a Maupassant (cap. VI).
– *Invierno*: Maupassant se hace (quzás) amante de Hermine Lecomte du Noüy (cap. VI).
– Nacimiento de Lucienne Litzelmann, hija natural de Guy de Maupassant (cap. XII).

1885 – Primeros fenómenos de desdoblamiento de la personalidad. Alucinaciones (cap. IV).
– Se inicia la « carrera mundana » de Maupassant (cap. VII).
– Maupassant (tal vez) conoce a Marie Kann. Posibles relaciones epistolares (cap. VIII).
– Relación de Gisèle d'Estoc con Pillar d'Arkaï (cap. IX).
– Anécdota del burdel de Roma. El Conde Primoli, llamado « Gegé ». Piadosa exhibición de Paul Bourget (cap. XI).
– Publicación de Bel-Ami.

1886 – *Enero*: Relación con Marie Blanche (¿ la esposa del doctor ?) (cap. XI).
– Maupassant seguramente es amante de Hermine Lecomte du Noüy (cap. VI).
– Continuación de la relación con Gisèle d'Estoc (cap. IX).
– Inicio de la correspondencia y relaciones con Geneviève Bizet, luego Straus. Relación poco probable (cap. XI).
– Publicación de *Trés russe*, de Jean Lorrain. Maupassant provoca a Lorrain en duelo. El duelo no tiene lugar (cap. VII).

1887 – *16 de junio*: Paseo en Chatou con « la Sra. X... » (cap. VI).
– *29 de julio*: Nacimiento de Marguerite Litzelmann, hija natural de Maupassant (cap. XII).
– *19 de diciembre*: Carta escrita desde Túnez a la « Sra. X... » (cap. VI).
– Maupassant vuelve a recibir cartas anónimas de una desconocida (cap IX).
– Publicación de *Mont-Oriol*

1888 a 1891 – Continúan las relaciones con Hermine Lecomte du Noüy y Gisèle d'Estoc (cap. VI y IX).

1888 – *Invierno*: Viaje a Argelia y Tunicia. Probable relación con « Allouma » (y sin duda con numerosas « indígenas ») (cap. XI).
– Publicación de *Pierre et Jean*.

1889 o 1890 – Relación con Yvonne X..., la bailarina de la Ópera (cap. XI).

1889 – *Julio*: Estancia en Triel con Hermine Lecomte du Noüy (cap. VI)
– Probable relación con Clemence Brun-Chabas (cap XI).
– Las « condesitas » (cap. VII).
– Las « bellas amigas » (Marie Kann y Lulia Cahen d'Anvers) (cap. VIII).
– Fenómenos de autoscopia (cap. IV).
– Mudanza de Maupassant a su último domicilio parisino, calle Boccador (cap. X).
– Publicación de *Fort comme la mort*.

1890 – *18 de mayo*: Aparición en escena de la « Dama de gris » en los *Souvenirs* de Tassart (cap. X)
– *Julio*: Aix-les-Bains. La princesa Olga Ourassof (cap. XI).
– *Otoño*: Ruptura de Marie Kann con Paul Bourget. Ella se convierte en la amante de Maupassant. Posible viaje de Maupassant y Marie Kann a Gérardmer (cap. VIII).
– Encuentro con Adrienne Legay (« Boule de Suif ») (cap. XI).
– Delirios de grandeza. Hipertrofias olfativas y auditivas. Agravamiento de los trastornos oculares (cap. IV).
– Publicación de *Notre Coeur*.

1891 – *Febrero*: La « Dama de gris » viviría en Cannes (?) (cap. X).
– *13 de abril*: Ultima « crónica » de Maupassant, titulada « Une fête arabe », aparecida en *l'Écho de Paris*.
– *15 de agosto*: Visita de la « Dama de gris » a Divonne-les-Bains (?) (cap. X).
– *Agosto*: Champel-les-Bains: irrupciones nocturnas de Maupassant en las habitaciones de las pacientes de sexo femenino (cap. XI).
– *20 de septiembre*: la « Dama de gris » en Paris (cap. X).
– *Octubre*: Correspondencia con la Señorita Bogdanoff, la « rusa de Cimiez » (cap. XI).
– *Navidad*: Supuesta cena de Noche Buena en las islas Marguerite con Marie Kann y Lulia Cahen d'Anvers (cap. VIII).
– Agrafía. Desatinos.
– Maupassant trabaja, sin poder finalizarla, en su última obra, la novela *l'Angelus*.
– Publicación de la *Psychologie de Jeanne d'Arc*, de Gisèle d'Estoc (cap. IX).
– *Finales de diciembre*: Carta a Cazalis. « Estoy absolutamente perdido » (cap. IV).

1892 – *1 de enero*: Tentativa de suicidio en Cannes (cap. IV, X y XII).
– Ingreso en la residencia de salud del doctor Blanche, en Passy (cap. IV).
– *Agosto*: Suicidio de « Boule de Suif » (cap. XI).
– La « Sra. X... » habría visto de lejos a Maupassant en la clínica del doctor Blanche (cap. VI).
– Hermine Lecomte du Noüy, Gisèle d'Estoc, Joséphine Litzelmann, intentan, en vano, ver a Maupassant en la clínica (cap. VI, IX y XII).

1893 – Crisis con convulsiones – Desvaríos (cap. IV).
– *6 de julio*: muerte de Guy de Maupassant.

Principales acontecimientos póstumos:

1897 – Publicación de *Amitié amoureuse*, de Hermine Lecomte du Noüy (cap. VI).

1900 – Hurto en el apartamento de Joséphine Litzelmann en Montargis. Destrucción de los documentos reveladores de su relación con Guy de Maupassant (cap. XII).

1903 – Publicación de *En regardant passer la vie*, de Hermine Lecomte du Noüy (cap. VI).
– Diciembre, muerte de Laure de Maupassant. Joséphine Litzelmann quiere asistir a los funerales y François Tassart se lo impide (cap. XII).
– Artículo de *L'Eclair* sobre los hijos naturales de Maupassant (cap. XII).

1905 o 1907 (?) – Muerte de Gisèle d'Estoc.

1907 – *12 de febrero*: Nacimiento de Paulette Belval, nieta de Maupassant (cap. XII).

1909 – *14 de marzo*: Nacimiento de Denise Belval, nieta de Maupassant (cap. XII).

1911 – Publicación de los *Souvenirs*, de François Tassart (cap. X y XII).

1912 – *20 de octubre*: Artículo de la « Sra. X... » en la *Grande Revue* (cap. VI)

1915 – Muerte de Hermine Lecomte du Noüy (cap. VI)

1920 – Muerte de Joséphine Litzelmann, a la edad de 63 años (cap. XII)
– Pillard d'Arkaï vende a Pierre Borel la correspondencia de Gisèle d'Estoc dirigida a Maupassant y el « Cahier d'amour ». Diversas transacciones. Intervención de Léon Fontaine, llamado « Petit Bleu » (cap. IX).

1926 – *22 de septiembre*: Artículo de Auguste Nardy en *L'Oeuvre* sobre los niños Litzelmann (cap. XII).

1927 – *1 de enero*: Artículo de Léon Deffoux en *Le Mercure de France* sobre los niños Litzelmann (cap XII).

1938 – *30 de noviembre*: Artículo de Axel Munthe en *Vendémiaire* respecto de Yvonne X... (cap. XI).

1939 – Publicación, en las *Oeuvres libres*, del « Cahier d'Amour » de Gisèle d'Estoc, por Pierre Borel (cap. IX).

1943 – Muerte de Emmanuel Potocka (cap. VII).

1944 – Publicación, por Borel, de *Maupassant et l'Androgyne* y segunda edición « revisada » del « Cahier d'Amour » (cap IX).

1947 – *18 de junio*: Muerte de Lucien Litzelmann, a la edad de 64 años (cap. XII).

1949 – Publicación de *La Pëche aux Souvenirs*, de Jacques-Émile Blanche (cap. VII).
– Muerte de François Tassart, a la edad de 93 años.

1951 – 6 de enero: Muerte de Marguerite Litzelmann, esposa de Albert Belval, a la edad de 64 años (cap. XII).

1956 – Muerte de Lucienne Litzelmann, a la edad de 72 años (cap. XII).

1962 – Publicación, por Pierre Cogny, de los *Nouveaux Souvenirs*, de François Tassart (cap. XII).

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Se han destacado en negrita las entradas correspondientes a las láminas

Abadie, doctor.....69
Adam, Juliette.....50
Alençon, Émilienne de.....101
Alexis, Paul.....82, 114, 115, 184
Alis, Harry..... 124, 129
Amic, Henri..... 89
Ampère..... 54
Arnaud, Michel.....16
Artinian, Artine.....8, 12
Aubourg, Ernestine. 21, 147, 148, 149, 193, 195
Babinsky..... 64
Baignières, Madame de..... 153
Balestre, doctor.....82, 186
Balzac, Honoré 54, 74, 91, 95, 96
Banville.....54
Barbey d'Aurevilly..... 54
Bashkirtseff, Marie. 6, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 148, 158, 196
Baudelaire.....64, 120
Beauvau, princesa de..... 153
Becker.....34
Belval.....
Albert... 8, 172, 173, 199, 200
Belval, Denise.....8
Belval, Denise 173
Béraud, Jean.....101
Bernhardt, Sara..... 149, 161, 194
Bertrand, Louis..... 8, 190, 191
Bidaut.....195
Bidaut, Marie..... 151
Bigne, Valtesse de la.....34, 35
Bizet, Geneviève....152, 153, 196
Bizet, Georges.....152
Bizet, Jacques..... 152
Blanche, doctor... 14, 69, 91, 100, 102, 157, 178, 196, 198, 200
Blanche, Jacques-Émile 100, 101, 102, 103, 104
Blanche, Madame..... 151
Boborikine..... 15, 16
Bogdanoff, Srta.....4, 77, 78, 158, 198
Bonnat.....101, 110
Borel, Pierre 47, 78, 91, 104, 120, 121, 122, 123, 129, 130, 131, 132, 145, 199, 200
Bouilhet, Louis..... 24, 40, 193
Bourdeau.....109, 112
Bourget, Paul.. 88, 100, 103, 109, 110, 111, 113, 124, 147, 160, 164, 196, 197
Brainne, Henri.....26
Brainne, Léonie.....26
Brainne, Léonnie31, 40, 188, 189
Bridoux, Henri..... 157
Bruck, Rosa.....161
Brun-Chabas, Clémence 154, 197
Cahen d'Anvers, Lulia..109, 113, 114, 115, 144
Cambronne.....54
Caro, Edme..... 103

Carrel, Alexis.....82
Case, Jules.....179
Cazalis, doctor. 70, 113, 179, 198
Charigot, Alice.....26
Charpentier..... 40
Chateaubriand.....54
Cogny, Pierre.... 7, 8, 13, 72, 113, 142, 143, 144, 179, 200
Colet, Louise.....86
Commanville, Caroline....68, 189
Cosnier, Colette..... 71, 72, 73, 75
Coué, Émile..... 171
Coulter, Stephan..... 154
Courbe, Alphonse..... 121
D'Estoc, Gisèle....6, 47, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 142, 144, 148, 159, 193, 195, 196, 197, 198, 199, 200
d'Arkaï, Pillard..... 129, 130, 196, 199
d'Estoc, Martial..... 122
d'Hubert.....161
Dagois, Denise.....172
Dagois, Paulette..... 8, 172, 173
Daremberg, Georges..... 115, 116
Daudet, Alphonse..... 64
Davray, Henry D.....14
Deffoux, Léon. 90, 173, 174, 175, 200
Delacroix.....54
Delpit, Albert..... 186
Demombynes, Godefroy.....144
Desault..... 67
Deslauriere, Charles.....32
Diderot, Denis.....84
Didon, R.P..... 123
Doche, Eugénie.....149
Drouet, Juliette.....84
Dumas, Alexandre..... 148
Dumas, Alexandre (hijo)..... 186
Dumesnil, René.....7, 75
Duval , Paul..... 99
Duval, Amaury..... 102
Élisabeth de Rumanía..... 85
Épinay, Madame de..... 84
Eugénie, emperatriz..... 154, 155
Feuillet, Octave.....54, 111
Flageollet, Marie-Josephine.Augustine..... 121
Flaubert, Gustave..5, 6, 7, 13, 16, 20, 24, 25, 26, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 39, 40, 49, 50, 57, 59, 64, 65, 66, 67, 68, 86, 97, 99, 104, 114, 148, 149, 150, 151, 154, 173, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 193, 194, 195
Flers, Robert de.....152
Fodére, René.....65
Fontaine, Léon..... 26, 28, 32, 91, 104, 123, 129, 130, 132, 163, 199
Fouquier, Henri.....185
Fournaise, Alphonse... 20, 26, 27, 41
Fournaise, Alphonsine..... 27
Franck, César..... 79
Funès, Louis de.....172
Gailly, Gérard..... 7, 104
Gálerant.....67
Galérant, Germain.....8, 65
Gauguin.....64
Gautier, Théophile..... 64
Gervex.....101, 102, 161
Giffard, Pierre.....67
Ginisty; Paul..... 10
Goncourt, Edmond.....32

Goncourt, Edmond de. 13, 14, 15, 16, 20, 31, 33, 34, 35, 54, 66, 68, 75, 97, 98, 108, 109, 110, 111, 114, 115, 153, 160, 161, 176, 184, 188, 195
Goncourt, Jules de..... 13, 64
Gouthéraud, Roger.....8
Gramont, duquesa de..... 153
Gregh, Fernand..... 152
Guerlain..... 101
Guilbert, Yvette..... 20
Guizot..... 54
Halévy, Fromental..... 152
Harnois, Virgine de.....140, 141
Harris, Frank... 14, 15, 16, 21, 63, 143, 144, 195
Hartoy, Maurice de..... 105
Hennique, Léon.....13, 15, 32
Herbert, Juliette.....173
Hoffmann.....67
Hohl, Claude.....8
Hugo, Víctor..... 40, 54
Huysmans, Joris-Karl..... 31
Jammes, Francis.....179
Joinville, Albert de.....26
Jullien, Louis.....64
Kann, Marie..... 6, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 144, 145, 148, 196, 197, 198
La Toque (Ver Pinchon, Robert) 57, 64
Lacassagne.....67
Lacharrière, Landreit de.....67, 68
Lacordaire, R.P..... 54
Lagier, Suzanne.. 34, 35, 57, 150, 151, 189, 194, 195
Lahor, Jean.....179
Lamarre, Berthe..... 28, 194
Lamartine.....54
Lamballe, marquesa de..... 128
Landolt, doctor.....69
Lanoux, Armand..... 7, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 31, 35, 41, 50, 59, 64, 67, 78, 83, 85, 88, 90, 91, 93, 100, 104, 113, 121, 129, 131, 132, 141, 144, 145, 153, 163, 174, 175, 178, 179, 180, 185, 187, 191
Lapierre.....49
Lapierre, Charles.....154
Laporte, Henri.....59, 68, 188
Lautrec, Toulouse..... 64
Le Chatellier..... 129
Le Poittevin, Alfred..... 25, 66
Le Poittevin, Louis.....23, 25, 29
Le Poittevin, Lucie.....131
Léautaud, Paul..... 190, 191
Lecomte du Noüy, Hermine6, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 93, 96, 131, 142, 145, 148, 184, 194, 195, 196, 197, 198, 199
Lecomte du Noüy, Mary...83, 84, 85, 93
Lecomte du Noüy, Pierre..82, 83, 85, 89
Legay, Adrienne..... 157, 197
Legrand, Georges...103, 112, 161
Leloir.....33
Lemaître, Jules.....61
Lespinasse, Srta. de.....84
Litzelmann, Joséphine..... 8, 171, 172, 173, 176, 177, 178, 180, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200
Litzelmann, Lucien..... 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178

Litzelmann, Lucienne... 171, 172, 175, 178, 180
Litzelmann, Marguerite 114, 116, 171, 172, 197, 198, 200
Lorrain, Jean..... 20, 99, 144, 194, 196
Luís XVIII..... 55
Luís-Felipe.....55
Lumbroso, Alberto.....21, 82, 83, 115, 154, 164, 186
Maizeroy, René.....81
Mallarmé, Stephane... 54, 64, 179
Mallarmé, Stéphane..... 39, 41
Manet..... 26, 64
María Antonieta.....128
Martel de Janville, Sybille de 121
Mathilde, Princesa..... 33, 164
Maupassant, Gustave de.... 34, 65
Maupassant, Hervé de.....66, 172
Maupassant, Laure de. 66, 82, 87, 91, 114, 115, 116, 148, 149, 171, 173, 176, 178, 180, 184, 185, 199
Maupassant, Simone de. 172, 176
Maureverte, Georges.....16
Maynial, Edouard..... 7, 12
Mendès, Catulle..... 31, 125, 160, 161, 162
Meyniés, Madame.....145
Michelet.....98
Millot, Gabrielle-Augustine...172
Mirabeau.....121
Mirbeau, Octave..... 33
Monet.....27, 148
Montalembert.....54
Morand, Paul.....7, 90, 102, 112
Moreau, Frédéric.....32
Morizot, Berthe.....26
Mugnier, R.P.....109
Munthe, Axel..... 155, 156, 200
Musset, Alfred de.....54
Nadar.....54
Napoleon I..... 55
Napoleón III.....162
Nardy, Auguste..... 174, 175, 200
Nerval, Gérard de.....64, 100
Neveux, Pol.....11
Nietzsche, Friederich..... 64
Noguchi.....65
Normandy, Georges.... 7, 92, 114, 115, 116, 141
Offenbach..... 148, 149
Oudinot, Camille.....86
Ouroussof, Alexandre..... 155
Ouroussof, Olga..... 155
Paravy, Gaston.....8
Pauvert, Jean-Jacques..... 3, 39
Pillet, Maurice.....67, 185
Pinchon, Robert.... 25, 29, 32, 33, 48, 52, 66, 150, 164, 194
Polignac, princesa de..... 96
Porto-Riche, Georges.....147
Potocka, Enmanuela. 6, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 109, 111, 112, 131, 144, 148, 161, 195, 196, 200
Potocki, Félix-Nicolas... 100, 104
Poulet-Malassis.....54
Primoli, conde109, 147, 164, 196
Proudhon, Sully..... 55
Proust, Marcel.....152
Prunier, Joseph25, 26, 28, 29, 33, 148, 194
Rachel..... 55
Radziwill, príncipe.....176
Rambuteau, conde de.....103
Raymond.....140
Récamier, Madame..... 55

Rendu, doctor.....69
Renoir, Jean..... 26, 27, 148
Richelieu, duquesa de..... 153
Ricord, Guy.....8, 67
Roosevelt, Blanche..... 14
Rostand, Edmond.....109
Rouër, Emma..... 123
Roujon, Henri..... 30, 31
Sainte-Beuve.....55
Sand, George.....55, 84
Sandeau, Jules.....55
Savinio, Alberto.....16, 167
Schaudinn..... 67
Schlumberger, Gustave.....103
Schopenhauer.....109
Shaw, Bertrand..... 14
Silvestre, Armand..... 162
Singer, Winnaretta..... 96
Sisley.....26
Stendhal..... 77, 87
Straus, Émile.....152, 196
Straus, Geneviève..... 152, 153
Sue, Eugène..... 73
Suffel, Jacques.... 8, 84, 105, 112, 113, 163, 165, 187, 189
Suflé, Jacques..... 28
Sylvestre, Armand..... 97
Tailhade, Laurent.....123
Taine..... 55, 110
Tassart, François..... 6, 30, 72, 78, 87, 95, 96, 97, 99, 116, 134, 135, 136, 137, 138, 140, 141, 142, 144, 145, 147, 154, 156, 161, 162, 165, 166, 167, 170, 173, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 185, 193, 196, 197, 199, 200
Thiers..... 55
Thomas, Louis..... 115
Tocqueville..... 55
Tourgueneff, Ivan29, 34, 68, 124, 188
Valette.....190, 191
Valmont, Guy de.....49
Van Dyck.....167
Van Gogh.....64
Vaux, conde de..... 100
Vaux, Ludovic de.....163
Verdi..... 55
Vernon, Madeleine..... 14
Vial, André..... 7, 12, 90, 151
Volland, Sophie..... 84
Wagner.....55
Wells, H.G..... 14
Widal, doctor..... 109
Wilde, Oscar..... 14
Zola, Émile13, 34, 70, 74, 75, 99, 114, 161, 184, 187

Este libro se acabó de traducir en Pontevedra en abril del año 2006